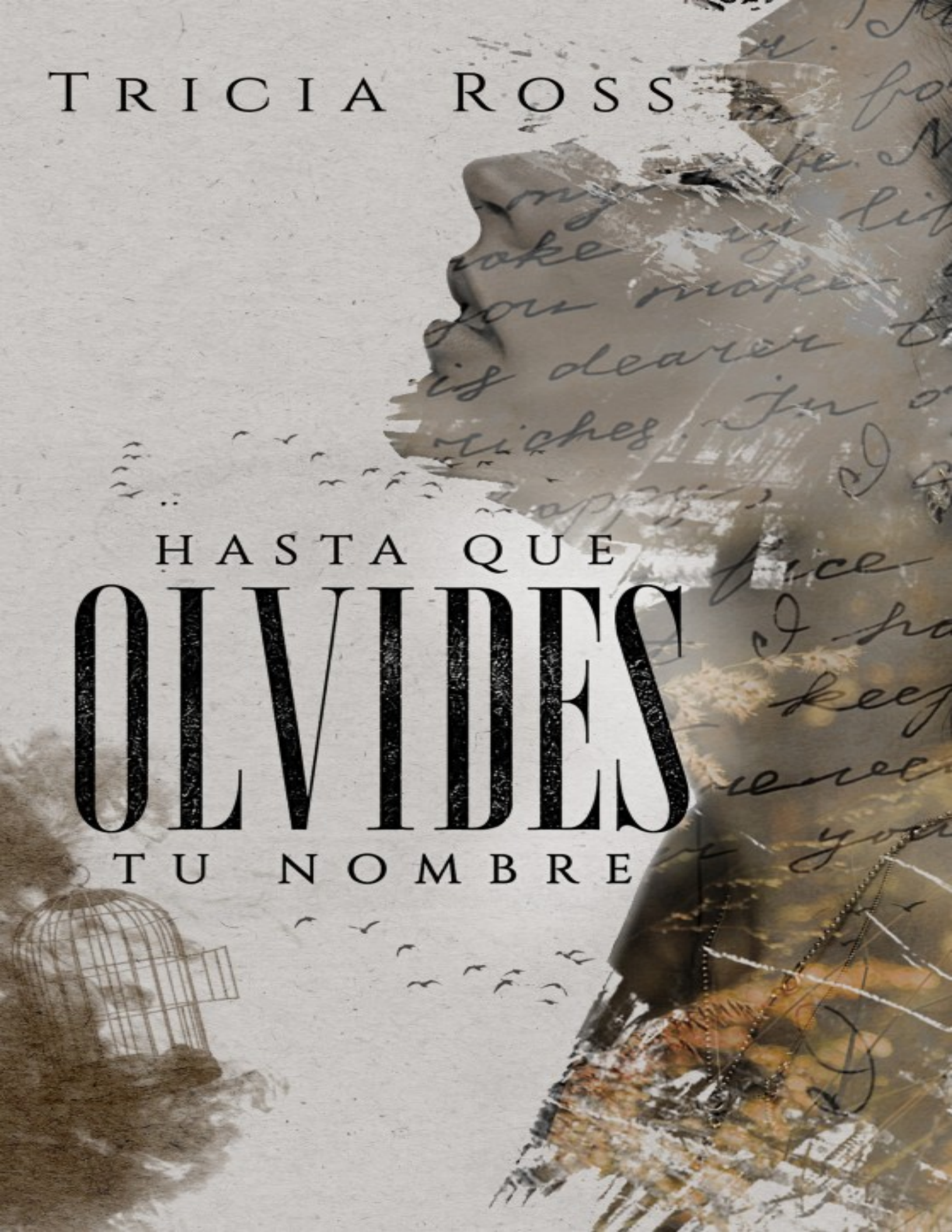
TRICIA ROSS

HASTA QUE OLVIDES TU NOMBRE



HASTA QUE OLVIDES TU NOMBRE



TRICIA ROSS

Copyright © 2026, Tricia Ross
De la portada: Daniela Triana (Primrosse Design)
Safe Creartive code: 2604255390114
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798198274518
Sello: Independently published

A todas las amantes del *true crime*, porque no sabemos por qué, pero sabemos que nos fascina el abismo.

ÍNDICE

Capítulo 1 6
Capítulo 2 7
Capítulo 3 9
Capítulo 4 12
Capítulo 5 14
Capítulo 6 18
Capítulo 7 24
Capítulo 8 29
Capítulo 9 34
Capítulo 10 39
Capítulo 11 42
Capítulo 12 46
Capítulo 13 49
Capítulo 14 54
Capítulo 15 57
Capítulo 16 64
Capítulo 17 66
Capítulo 18 72
Capítulo 19 76
Capítulo 20 84
Capítulo 21 88
Capítulo 22 93
Capítulo 23 96
Capítulo 24 100
Capítulo 25 104
Capítulo 26 113
Capítulo 27 117
Capítulo 28 123
Capítulo 29 126
Capítulo 30 130
Capítulo 31 133
Capítulo 32. Julia 137

Capítulo 33. Nerea 141
Capítulo 34. Julia 147
Capítulo 35 151
Capítulo 36. Rebeca 153
Sobre la autora 159

CAPÍTULO 1

Conversación por WhatsApp.
Domingo, 8 de junio a las 16:45.

Rebe: ¡Eh, cabrona! ¿Qué pasa contigo? Andas desaparecida.
Nerea: Perdona, ayer hubo mucho trabajo.
Rebe: Es lo que tienen los pubs. ¿Hoy curras?
Nerea: Sí, entro a las ocho. Mañana y el martes libro.
Rebe: ¿Te apetece un café el martes por la tarde? Así me cuentas lo de Iván.
Nerea: Uff… No sé si tengo ganas de hablar de ello.
Rebe: ¿Y me vas a dejar con la historia a medias? ¡Qué mala amiga!
Nerea: Es que no sé si he hecho bien dejándole.
Rebe: A ver, romper una relación de dos años duele, aunque seas tú quien lo deja. Es normal… cuando sientas la debilidad, piensa en por qué lo has hecho.
Nerea: Porque no íbamos a ningún lado juntos. Él solo pensaba en sí mismo, nunca tuvo un detalle conmigo, ni unas flores me compró. Parecía que tuviera que ir yo buscándolo todo el tiempo, menos cuando quería follar. Ahí, bien que venía.
Rebe: Nerea, a estas alturas no te puedes conformar con un crío en el cuerpo de un hombre, y eso es lo que es Iván.
Nerea: Amén, hermana.
Rebe: No te rayes, ¿vale? Y si quieres hablar, hablamos, o si no, nos damos al alcohol.
Nerea: Buena idea, me iría bien una peda de las que hacen historia.
Rebe: Ya cuadramos agendas. Te quiero mil, Reina.
Nerea: ¡Y yo a ti!

CAPÍTULO 2

Ahí está ella, detrás de la barra iluminada desde abajo con luz neón que cambia de color según el ritmo de la música, mezcla de *house* y *chill-out*. A él le llamó la atención nada más verla por primera vez. Sus facciones parecen cinceladas por un artista que conoce exactamente lo que le gusta: simétricas, delicadas, sensuales… Se mueve con gracia mientras prepara los cócteles que los clientes han pedido, y tiene talento. No son simples copas, son bebidas exóticas, premium… como lo es ella.

Hace poco que él acude a ese local, quería cambiar de aires. Fue una buena decisión.

Se sienta en un extremo de la barra y la mira, embelesado. Sabe que pronto se dará cuenta de su presencia y que irá para atenderle. Lo reconocerá de los últimos días, y él, por fin, podrá presentarse, conocer el nombre de ella y preguntarle alguna de esas cosas que se muere por saber, como por qué su pelo largo y castaño brilla tanto incluso en la tenue iluminación del pub, o qué perfume usa, que huele como si estuviera en medio de un jardín en plena primavera.

Lo admite. Se vuelve un poco idiota cuando está cerca de ella, le gusta demasiado.

Los ojos almendrados, con densas pestañas, de la chica se fijan en él y sonríe. Su corazón da un vuelco, y le devuelve la sonrisa. Pide un *whisky on the rocks*, de buena marca. Ella se lo sirve con gestos elegantes, su delicada manicura destaca bajo los focos luminiscentes. Le pregunta por qué está solo y a él le alegra pensar que despierta su interés. Le responde que le gusta el ambiente del lugar y el buen servicio. Ella ríe y le sigue la conversación. Cuando quieren darse cuenta, han pasado dos horas y, salvo en los

momentos puntuales en los que ella ha tenido que servir a otros clientes, no se ha despegado de su lado.

Él se queda hasta el cierre, esperándola. En la calle se dan el primer beso. Ella sabe a fresa, antes de salir ha comido una de esas gominolas que ponía en pequeños cuencos para acompañar a las bebidas de los clientes. A él le gusta su tacto, el calor que emana su piel. Le gusta toda ella, y él también parece gustarle.

Ambos presienten que ese puede ser el inicio de una historia realmente apasionante. Y lo será…

CAPÍTULO 3

El martes a las seis de la mañana mi teléfono suena, insistente, en mi mesita de noche. No tengo que levantarme hasta dentro de una hora, pero no es el despertador. Es una llamada.

—¿Diga? —murmuro con voz ronca.

—Rebeca, eres Rebeca, ¿no?

La voz compungida de una mujer al otro lado me obliga a incorporarme en mi cama de uno treinta y cinco con sábanas de Primark.

—Sí, ¿quién eres?

—Soy Blanca, la madre de Nerea.

—¡Ah, sí! Hola.

Respondo con torpeza. Mi cerebro, aún dormido, no es capaz de conectar causa y consecuencia, y, por tanto, todavía no saltan las alarmas.

—Perdona que te llame a estas horas, pero, ¿sabes algo de mi hija?

Es en ese momento cuando por fin la claridad me golpea.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, mientras un horrible presentimiento se instala en mi pecho, como una losa.

—Lleva dos noches sin venir a casa. ¿Está contigo?

—No, no…

—¿Sabes dónde puede estar?

Rápido, repaso en mi memoria lo último que sé de mi mejor amiga. La vi por última vez el viernes cuando salió del trabajo, tomamos una copa, pero nos recogimos pronto. Hablé con ella el domingo por la mañana por WhatsApp. No me había respondido a los mensajes de la noche anterior porque había estado liada en el pub. Quedamos en vernos el martes, es decir, hoy. No sé nada más,

y así se lo comunico a su madre que, acto seguido, empieza a gimotear, angustiada.

—Estoy preocupada, sabes que Nerea nunca va a ningún lado sin avisar, pero la llamo y su teléfono sale apagado. Como tenía días libres pensé que había hecho planes contigo o con Iván, pero ya no sé. Iván me ha dicho que hace dos semanas que no la ve, porque han roto.

—Sí, eso es verdad —le confirmo.

—¡Ay, madre mía! ¿Y dónde puede estar? ¿Tiene otro novio?

—No, no que yo sepa.

Me levanto y comienzo a pasear por mi habitación, nerviosa.

—Voy a escribir a algunas amigas y te llamo de vuelta, Blanca —le digo a la ansiosa mujer—. Tranquila, que la encontraremos.

—Gracias, cielo.

Cuelgo y escribo a Miriam y a Jessi. No creo que haya quedado con ellas, no sin decirme nada. Mientras espero a que respondan, miro las redes sociales. La última publicación del Instagram de Nerea es el domingo a las siete y media de la tarde, una foto en el espejo del ascensor de su edificio, luciendo modelito. No hay historias ni estados recientes. Se me encoge el estómago. Nerea nunca pasa veinticuatro horas sin subir nada a sus redes, a no ser que algo se lo impida, como cuando estuvo ingresada porque la operaron de apendicitis.

Decido dejar a un lado la paciencia y llamo a Miriam. Me responde, tan dormida como lo estaba yo hace diez minutos, y me confirma que no sabe nada de Nerea. Lo mismo pasa con Jessi. ¡Joder!

Llamo de nuevo al número de Blanca y le digo que denuncie la desaparición a la policía. Me pide que la acompañe y yo acepto. Quedo con ella en la comisaría de su barrio y me visto a toda prisa con miles de malos pensamientos poblando mi cabeza. ¿Y si ha tenido un accidente y está en algún hospital? Si ha tenido algún problema, ¿por qué no me ha llamado?

¿Dónde coño está Nerea?

CAPÍTULO 4

A muchas personas les desagrada el ambiente cargado y ruidoso del gimnasio, pero para él es como un chute de energía, una sensación familiar y agradable que le hace saber que, durante las siguientes dos horas, estará en su salsa. Y es que es adicto a las endorfinas que libera el ejercicio, es así. No se avergüenza. Mejor eso que estar enganchado a salir de fiesta y beber hasta ponerse ciego todos los fines de semana. Mejor eso que la droga, ¿no?

Además, últimamente tiene una razón extra para ir al gimnasio cada día, si el trabajo se lo permite. Y es ella.

La vio por primera vez en la sala de fuerza hace un par de semanas, haciendo pushes de banca. Parecía una diosa, con ese pelo brillante, la piel inmaculada, incluso tras hacer ejercicio, y un cuerpazo de escándalo. Se acercó, claro. Siempre aprovecha su buena apariencia y sus conocimientos de fitness para coquetear con las chicas guapas, pero con ella… de verdad quería acercarse a ella.

Ese día empezaron a hablar mientras él le guiaba con ejercicios adecuados a sus objetivos, y desde entonces han coincidido al menos tres veces por semana. Se pasan el rato riendo, coqueteando… pero hasta ahora él no se ha atrevido a dar el paso, a pedirle una cita o tomar algo al salir del entrenamiento. Hoy, sin embargo, es el día. Está seguro de que no lo rechazará. Y no lo hace.

Cuando ambos se encuentran en la puerta del gimnasio, tras la ducha, a él le sorprende ver que ella se ha quitado la ropa deportiva y luce un top ceñido y vaqueros. El pelo suelto y un maquillaje esmerado completan su impecable aspecto. Ha tardado un rato, pero ha merecido la pena la espera. Está preciosa, y lo que es aún más importante: lo ha hecho por él.

La lleva hasta un local que conoce bien, en el que sirven buena comida y la invita a comer. Ella se pide una ensalada y no para de flirtear, aleteando sus pestañas larguísimas y dedicándole medias sonrisas de labios gruesos y dientes blancos. Sin duda, es la mujer perfecta: guapa, saludable, coqueta y complaciente. Él se pregunta qué dirá si la invita a su casa a pasar la tarde. Es la prueba de fuego.

—¿Te gustaría tomar un café en mi casa? —propone, exhibiendo seguridad en mí mismo. En realidad quiere que lo rechace, es lo que debe hacer. Eso es lo que haría una chica decente.

Ella finge pensarlo.

—Creo que es pronto todavía para ir a tu casa. Tal vez la próxima.

¡Absolutamente perfecta! Él sonríe.

—Tienes razón, perdona. Es que me gustas mucho.

—Tú a mí también. Pero no soy de las que lo dan todo en la primera cita.

Desde luego que no.

—¿Me dejas que te lleve a tu casa, al menos? —pregunta—. Tengo el coche aquí al lado.

Ella lo medita de nuevo, y acepta.

—Voy un momento al servicio y luego podemos irnos.

¡Estupendo! Ni siquiera ha tenido que pensar en una manera de distraerla. Se lo está poniendo tan fácil que cree que, esta vez sí, podría ser la definitiva.

Rebusca entre los bolsillos de su mochila y enseguida encuentra lo que necesita. Mira a su alrededor solo para asegurarse de que todo el mundo está a lo suyo, centrados en su mesa, en su comida, en su compañía… Nadie lo ve verter dentro de la bebida isotónica de su acompañante los polvos blancos que la adormecerán durante el trayecto en el coche. Ella tampoco los notará. Apenas tienen sabor y aunque la bebida sea sin azúcar, el gusto del limón enmascarará el del medicamento.

Así, ella podrá ser suya para siempre.

CAPÍTULO 5

La comisaría de la policía nacional es un edificio grande en medio de una bulliciosa avenida que, a esa hora, casi las ocho de la mañana, está llena de gente que va a trabajar. Me bajo de un taxi que me ha costado veinte minutos conseguir y corro hacia la entrada. Me mezclo con las personas que van a realizar trámites cotidianos, como la renovación del DNI, y siento envidia. Ojalá pudiera ser uno de ellos.

Blanca ya está en la sala de espera. Tiene los ojos hundidos y la piel muy pálida. Al instante me vienen recuerdos de una época oscura.

Hace un par de años que no la veo. Desde que me mudé a mi piso ya no voy a casa de Nerea. Pero está igual que siempre, sin tener en cuenta la cara de estar pasando por uno de los peores momentos de su vida.

—¿Has puesto ya la denuncia? —le pregunto. Ella niega con la cabeza.

—Me dicen que todos los agentes están ocupados, estoy esperando.

Abro la boca para protestar cuando, de pronto, la pantalla frente a nosotras emite un pitido y un número aparece en ella. Blanca da un respingo y mira el papel que tiene en la mano.

—Es nuestro turno.

La sigo al interior de una oficina amplia con varios escritorios donde agentes de policía hablan con ciudadanos mientras escriben en viejos ordenadores.

Me siento junto a Blanca frente a un joven policía que tendrá más o menos mi edad, y ella empieza a relatar lo ocurrido.

Nerea Vega, de veintiséis años, lleva casi treinta horas desaparecida. Es camarera en un pub del centro llamado OXO. Su jefe la vio por última vez al finalizar su turno, hacia las tres y cuarto de la madrugada del domingo al lunes. Tenía los siguientes dos días libres, pero no durmió en su casa ni esa noche, ni la siguiente. Su teléfono móvil no da señal, no ha contactado con nadie cercano desde entonces y en sus redes sociales, donde era muy activa, no hay ninguna publicación nueva.

—Necesitamos una lista de las personas que puedan tener relación con ella, sus números de contacto y también una foto reciente de Nerea —dice el agente.

De inmediato cojo mi móvil y busco la fotografía que se hizo en el espejo de su ascensor, le hago una captura y se la muestro.

—Está bien, esa servirá. Podría ser la ropa que llevaba en el momento de su desaparición.

—Deberían hablar con su ex novio, Iván Sánchez se llama —le digo—. Lo dejó hace tres semanas.

El policía asiente y teclea en su ordenador.

—¿Cree que ese hombre podría ser alguien peligroso o violento?

No, lo cierto es que no lo creo. Iván era un buen chico. Un pan sin sal, un egocéntrico que todavía no había madurado, pero nunca pensé en él como alguien peligroso para Nerea.

—No lo sé. Diría que no, pero nunca se sabe.

A mi lado, Blanca llora.

—Nerea es muy independiente, pero nunca se iría tanto tiempo sin avisarme. Al menos me hubiera mandado un mensaje. No es normal.

—Está bien, señora, tranquilícese. Nos pondremos a buscar a su hija de inmediato, pero ahora usted debe volver a casa y esperar noticias.

—¿Cómo cree que voy a poder quedarme quieta en mi casa, agente? —replica la mujer, visiblemente alterada.

—Usted no puede hacer más. Nos ha dado toda la información que tiene, y si necesitamos algo más, se lo pediremos. Si se mete, podría obstaculizar el trabajo policial, ¿entiende? Deje a los profesionales hacer su trabajo.

Blanca gime como un animal enjaulado y yo siento compasión. La cojo de la mano y ella me la aprieta con fuerza. Por un momento, siento que no debería ser yo quien estuviera ahí, y pienso en el padre de Nerea, que murió de cáncer cuando teníamos quince años. No tienen a nadie más, Nerea no tiene hermanos. Blanca tampoco. Está sola.

Le paso el brazo alrededor de los hombros y trato de consolarla. Sé que Nerea haría lo mismo si estuviera en mi lugar, aunque dudo que mi madre llorase así. Pese a todo, siento una punzada de envidia que no encaja en ese momento.

Al mirar la expresión de profunda pena de Blanca, mi memoria viaja al pasado, a hace solo unos años, cuando mi propia madre me miró también con tristeza… pero de otro tipo. Está claro que nunca he sido lo que esperaban otros de mí, nunca he alcanzado el listón, pero con Nerea… con ella siempre pude ser yo misma.

La primera vez que comprendí que con ella siempre tendría un hogar fue cuando suspendí la selectividad. Ella no se había presentado, no quería ir a la universidad, pero sabía que yo quería estudiar periodismo y, al menos entonces, creí que mi sueño se había venido abajo, como un castillo de arena arrasado por la marea. Pero ella me arrastró a un parque con un par de latas de refresco y me dijo que un fracaso no nos define.

Pasamos la tarde riendo y recordando anécdotas de nuestra etapa en el instituto, que acababa de llegar a su fin, como si estuviésemos despidiéndonos de una versión nuestra que debíamos dejar atrás. Esa noche, cuando volví a casa, con la cara dolorida de tanto reír, ni siquiera la bronca de mis padres me pudo arrebatar la alegría de saber que, aunque todo lo demás desapareciera, siempre tendría a Nerea.

Nunca imaginé que ella también podía desaparecer.

Justo en ese momento, me suena el móvil. Es un mensaje de Jessi en el grupo que tenemos las cuatro.

Jessi: ¿Se sabe algo? Me has dejado super preocupada.

Rebe: Estamos en la comisaría, denunciando.

Miriam: Dinos si podemos hacer algo.

Rebe: La madre de Nerea está fatal, ¿alguna puede acercarse a hacerle compañía en su casa? Yo entro a currar a las 10.

Jessi: Tengo clase, lo siento.

Miriam: Yo tampoco puedo.

Frunzo el ceño. Jessi está sacándose un curso a distancia de secretariado y Miriam está en el paro. Pero es lo de siempre. Nunca están cuando las necesitamos.

Nerea y yo estamos mucho más unidas porque sí nos valoramos mutuamente. Somos amigas de verdad, de las que están en las buenas y en las malas. Miriam y Jessi son parte de nuestra pandilla desde el instituto, pero al terminar los estudios comenzamos a distanciarnos. Todas conocimos a otras personas, empezamos a movernos en ambientes diferentes, en otros centros de estudios, en el mundo laboral, e incluso formamos otros grupos de amigos; pero solo Nerea y yo mantuvimos nuestra estrecha relación intacta.

Cuando era más joven creía que los adultos estaban equivocados, que las amistades podían durar para siempre, pero al final es cierto que, al hacerte mayor, las amigas de verdad se pueden contar con los dedos de una mano…. y te sobran dedos.

—Blanca, vamos. Te acompaño a casa que me tengo que ir a trabajar.

—Les avisaremos en seguida en cuanto sepamos algo de Nerea —dice el policía, y Blanca, agotada, se deja guiar al exterior de la comisaría.

CAPÍTULO 6

Cuando abre los ojos se encuentra en una butaca de tejido suave. No distingue bien el color, porque está oscuro, pero parece gris. Le duele el cuello y la parte alta de la espalda, siente la boca muy seca y neblina mental. Le cuesta un poco recomponer sus últimos recuerdos, pero en cuanto los monta, como un puzle, un terror visceral se derrama por sus entrañas como un líquido frío y viscoso.

Recuerda que estaba con ese chico del gimnasio, que fueron a comer y que aceptó que él la llevase a casa en su coche. Se montó en el asiento del copiloto. Hacía calor y estaba cómoda, y empezó a sentir que le pesaban los párpados. Ni siquiera fue consciente del momento en que se quedó dormida, fue como si de repente alguien hubiera apagado el interruptor de su conciencia. Ahora le cuesta comprender qué ha pasado, o dónde está.

Mira a su alrededor. Es una habitación común y corriente, un dormitorio amplio con una gran ventana en la pared frente a la puerta. Tiene las persianas cerradas, no se filtra ni un rayo de luz, así que imagina que es de noche en algún lugar apartado, sin iluminación urbana. Hay una gran cama en medio de la estancia, con un edredón de aspecto mullido. Delante, en la pared, cuelga un televisor apagado, igual que la lámpara con aspas de ventilador que hay en el techo. En el suelo, de tarima, hay una alfombra peluda a los pies de la cama. El sillón donde se encuentra está a un lado de esta, junto a una cómoda con tres grandes cajones y un espejo de pie.

Ella intenta levantarse y, aunque siente su musculatura débil y agarrotada, lo consigue. Supera un leve mareo, y comienza a caminar por la habitación. Es entonces cuando descubre la cámara. El piloto rojo brilla en la esquina superior de la estancia. ¡Joder!

Va hacia la puerta e intenta abrirla, pero no cede. La angustia forma un nudo en su garganta que se aprieta cada vez que acciona el pomo. Pero la hoja no se mueve.

—¿Hola? —dice. Su voz sale ahogada, le raspa la garganta seca.

Busca en derredor por si algún alma caritativa le hubiera dejado un vaso de agua, y entonces ve la botella sobre una de las mesitas de noche. Se lanza a por ella y bebe un largo trago justo antes de comprender que quizá ha vuelto a meter la pata. Está claro que la han drogado, y solo ha podido ser una persona. Si él le puso algo en la bebida en aquel bar, quizá también ha puesto algo en esa botella. La tira, y el líquido se derrama por el suelo y sobre la alfombra. Al menos, ya puede hablar.

—Oye, ¿qué pasa? ¿dónde estoy?

Silencio.

—¿Hola?

Silencio. El pánico le muerde las entrañas.

—¡Hijo de la gran puta! ¿Qué coño quieres de mí? —grita.

En ese momento la televisión se enciende y comienza a reproducir un vídeo casero, en formato vertical, como si estuviera hecho para TikTok. En él aparece el chico del gimnasio junto a una chica. En el vídeo él parece un poco más joven, pero se le reconoce perfectamente: un morenazo con un cuerpo bien esculpido y los tatuajes que tanto le llamaron la atención a primera vista… La chica del video se parece mucho a ella. Tiene el pelo largo y castaño recogido en una coleta, las pestañas y las uñas hechas, un piercing en el ombligo y perfecto maquillaje. Realmente son como dos gotas de agua. Da escalofríos.

El vídeo es una tontería, es uno de esos *challenges* en los que las parejas eligen entre una opción u otra, señalando con el dedo mientras suena una música actual.

«¿Quién se acercó primero?»

Respuesta: Él.

«¿A quién le cuesta más decir te quiero?»

Respuesta: A ella.

«¿Quién es más probable que se enfade por una tontería?»

Respuesta: Él.

«¿Quién es el primero en decir que lo siente?»

Respuesta: Ella.

El vídeo se acaba, pero empieza otro. Sale esa chica en primer plano, esta vez sin maquillaje. Es realmente guapa incluso al natural. Se nota que este segundo vídeo es íntimo, no para las redes sociales. Parece que están en… ¿la cama? ¿Esa misma cama, en esa misma habitación?

—Gordo, deja ya de grabarme —dice ella. Su voz es profunda, pero con un tono dulce—. Estoy horrible.

—Qué va, eres la más guapa del mundo.

—Exagerado.

—Dime que me quieres, anda —pide él desde detrás de la cámara. Ella pone los ojos en blanco, pero no dice nada, solo se ríe —. Venga, dímelo. Si lo estás deseando.

—Vaaale —cede ella, y mirando a la cámara dice—: Te quiero.

De nuevo, la imagen cambia. Es otro vídeo íntimo en el que él la graba desde la puerta de la habitación. Ella se está maquillando frente al espejo de cuerpo entero, vestida como para salir. Se oye música desde un pequeño altavoz bluetooth, es uno de esos hits de Aitana, de hace unos años.

—¿A dónde vas? —pregunta él. Ella da un respingo, como si le hubiera asustado. Por alguna razón, la mirada que le lanza no tiene la misma calidez que en el vídeo anterior. Es más… fría.

—A la cena de empresa, ya te lo dije.

—¿Para qué, para que ese baboso de Jorge pueda intentar ligar contigo?

—Él puede intentar lo que quiera, lo que importa es que yo le pare los pies —replica la chica. Está claro que no le hace gracia tener que hablar de ese tema, como si fuese la milésima vez que lo repite.

El móvil que lo graba todo deja de estar en la mano de él para situarse sobre el colchón. Ya no enfoca a la pareja, sino al techo, iluminado por la luz diurna que entra por la ventana. Sin embargo, se oye su conversación.

—A mí no me hace ni puta gracia que un tío te mire, que te desee. Eres mía.

—Gordo, no seas así. Sabes que yo no tengo ojos para nadie más.

—Entonces no vayas —exige él—. Me dijiste que no irías si a mí no me parecía bien.

—Pero, es mi trabajo…

—Nena, yo solo lo digo por ti. ¿Y si ese pavo se pasa de la raya? Tendría que pegarle una paliza. Tú no quieres eso, ¿verdad?

—Yo…

Hay un silencio, no sabe qué está sucediendo, pero finalmente, la chica del vídeo vuelve a hablar.

—Está bien, no voy.

—Esa es mi chica.

La emisión se interrumpe en ese momento y, de pronto, las luces de la habitación se encienden. Atónita, la chica encerrada observa cómo se abre la puerta y aparece él. Parece tranquilo, impasible, como si no la hubiera drogado y encerrado contra su voluntad. Ella está tan impactada que no sabe cómo reaccionar, así que deja que el miedo la paralice. Mientras tanto, él se para en medio de la habitación y le tiende una bolsa con un bocadillo y otra botella de agua. Ella no lo coge, así que él lo deja sobre la cómoda.

—¿Quieres ir al baño? —pregunta.

—¿Q… qué?

—Que si necesitas ir al baño —insiste. Ella asiente.

Se plantea la posibilidad de escapar si le deja salir de esa habitación. Seguro que no es tan difícil. Aprovechará cualquier descuido y lo empujará o algo, y saldrá corriendo. Sí, puede hacerlo.

Se acerca despacio a la puerta, temiendo que esta pueda volver a cerrarse en cualquier momento. Él la sigue. Está tan cerca que siente su calor y un acceso de rabia casi la domina.

El pasillo al otro lado de la puerta es como el de cualquier casa normal, gira hacia la derecha y hacia la izquierda, y ella no sabe qué dirección lleva a la salida. Si echa a correr y se equivoca, podría salirle caro. El baño está muy cerca, justo la siguiente puerta, así que ya no tiene tiempo. Entra y, para su sorpresa, él entra también.

—¿Qué haces?

—Acompañarte.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué —dice, pero ella no lo sabe—. No voy a permitir que hagas lo mismo que la última vez.

¿De qué cojones está hablando?

De pronto, algo dentro de ella hace *click*. No entendía por qué antes de abrir la puerta le había obligado a ver esos vídeos con su novia, pero ahora todo cobra un macabro sentido. Y desea equivocarse, pero las siguientes palabras de ese cabrón psicópata confirman sus sospechas.

—Vamos, nena, no tengo todo el día. No sé de qué te avergüenzas, si ya te he visto todo lo que te tenía que ver.

Definitivamente, él cree que ella es esa chica, la de los vídeos. Está como una cabra y eso la aterroriza.

Con las manos temblando, ella se desabrocha los vaqueros y se los baja, después hace lo mismo con la ropa interior, y fuerza su bajo vientre para orinar, a pesar de tener la mirada de un completo desconocido fija sobre ella. Lo consigue, y rápido, se vuelve a vestir.

—Lávate un poco, estás sudada.

Lo obedece. Se frota las manos y la cara con agua y jabón. Su maquillaje ya estaba hecho un desastre, pero ahora está completamente emborronado. Teme que eso sea un problema.

—No… no tengo mis cosas. ¿Cómo puedo arreglarme? —murmura, muerta de miedo.

—¿Qué dices? Lo tienes todo en la habitación. Venga, vamos a ver una peli.

—¿Ahora?

—Sí, claro. Cena y peli, el plan de los viernes.

¿Viernes? ¿Ha estado durmiendo durante días o es que él la está engañando? Prefiere no preguntar, no saber qué día es no es lo más terrible de su situación.

—Es… está bien.

Termina de limpiarse el maquillaje de la cara y se ve arrastrada de nuevo a la habitación. Cena y peli, el plan de los viernes.

Lo que no sabe es que quedan muchos viernes por delante.

CAPÍTULO 7

He leído tres veces la misma línea y todavía no he sido capaz de comprender de qué va la noticia. Algo sobre unos okupas en un piso del centro. Sin duda un tema que está en el candelero, así que preselecciono el artículo para el programa de la tarde.

Son apenas las doce, llevo ya dos horas en la oficina y a estas alturas ya debería tener listo el primer borrador del guion, pero tengo la cabeza en otra parte. La coordinadora se asoma y me pide por tercera vez el contenido, pero no lo tengo listo.

Miro el móvil de nuevo. No hay ninguna llamada. Abro Instagram y compruebo que la cuenta de Nerea sigue inactiva. Me entran ganas de llorar.

Abro cuatro nuevas pestañas en el navegador y, sin pensar mucho, añado media docena de artículos a la lista del guion, sin haberlos leído siquiera.

—¡Rebeca! ¿Me mandas ya el borrador? —pide la coordinadora—. Vamos con retraso.

No es para tanto. Hay días que las últimas noticias se añaden solo media hora antes del programa, que empieza a las tres de la tarde, después de los informativos. Se colocan imágenes de archivo y listo.

Termino el borrador del guion y se lo mando por email. Luego me acerco a su mesa.

—Carmen, lo siento, pero me encuentro fatal. ¿Puedo tomarme el resto del día libre? —imploro.

—¿Estás de coña? —replica—. Estaba a punto de mandarte al piso okupa a ver si puedes conseguir algo bueno.

—¿Y por qué no mandas a un reportero? Ese no es mi trabajo.

Estoy harta de que me envíen a buscar noticias como si fuese un perro de rastreo. Cuando me contrataron, las condiciones

especificaban trabajo de redacción, y no solo me pagan una porquería sino que, día sí y día también, termino en la calle entrevistando a los transeúntes sobre cualquier noticia del día, pasando frío en invierno, calor en verano y mojándome cuando llueve. Siempre me he callado, bueno, más que callarme, he liberado mis frustraciones de una manera discreta, porque necesito el trabajo. Pero hoy mi mejor amiga podría estar muerta, y no me apetece ser paciente y conciliadora.

—Tengo varios días libres por asuntos propios, y nunca me los cojo. Hoy me los voy a coger —digo, firme—. No me esperes el resto de la semana. Y si hay algún problema, dile a Recursos Humanos que también tengo unas cuantas horas extra sin pagar, condiciones de riesgos laborales sin revisar y funciones que no me corresponden, pero que hago sin rechistar.

Carmen, perpleja, no me responde. No me quedo a esperar su reacción, cojo mis cosas y salgo a la calle, a pleno centro de la ciudad, con la angustia anclada en mi pecho y con un destino en mente: OXO.

A esa hora el pub está cerrado, pero igualmente necesito echar un vistazo. Intento asomarme a la ventana translúcida, pero el interior está muy oscuro. Entonces, de repente, la puerta, situada a mi izquierda, se abre de golpe y casi me caigo del susto. Aparecen en el umbral una pareja, un hombre y una mujer. Él es un poco más mayor que ella. Él, alto y pelado, pero con barba entrecana. Ella, rubia y con la piel pálida salpicada de pecas doradas. No sé por qué lo sé, pero tengo claro que son policías.

—¿Quién eres tú? —pregunta la mujer policía.

—Yo… es que…

El calvo me enseña la placa y se identifica como policía nacional.

—¿Por qué estabas fisgoneando?

—Han venido a investigar la desaparición de Nerea Vega, ¿no? —Les respondo con otra pregunta.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Soy Rebeca Vilanova, su mejor amiga. He estado con su madre en comisaría esta mañana, poniendo la denuncia. Quiero saber si hay alguna novedad.

—No eres familia, y no deberías estar aquí. Vete a casa y deja de meter las narices, chica.

Me enfurece el tono del policía calvo. Rebosa testosterona y autoritarismo tóxico, lo que más odio de los polis… y de los hombres.

—Déjame a mí, Rivas. Ve a pedir las imágenes de la cámara.

El gruñón calvo pone mala cara, pero obedece, y cruza la calle hasta la sucursal bancaria que hay enfrente del pub. El cajero tiene una cámara.

—¿Creéis que desapareció esa misma noche?

—Aún no creemos nada, y mi compañero tiene razón. No deberías estar aquí —dice la poli rubia.

—Oye, es mi mejor amiga la que ha desaparecido. ¿Podrías quedarte quieta si estuvieras en mi lugar, agente?

Ella pone los brazos en jarras.

—En primer lugar, es inspectora. Inspectora Julia Beltrán, de desaparecidos —replica ella—. Y, en segundo lugar, investigar es mi trabajo, no el tuyo.

—Para tu información, inspectora Beltrán, soy periodista, así que, técnicamente, investigar también es mi trabajo.

Ella se sorprende, sus ojos castaños se fijan en mí y yo me fijo en ellos por primera vez. Son muy bonitos. Acto seguido me reprendo a mí misma por pensar algo así mientras Nerea está en paradero desconocido, y quizá, en peligro.

—¿Estás diciendo que quieres saber detalles del caso de tu amiga para escribir un artículo?

—¡No, claro que no! ¿Por quién me has tomado?

Sus manos pasan de sus caderas a cruzarse frente a su pecho. Me parece que se ha cabreado.

—No vayas de lista, podría detenerte por obstrucción, ¿estamos?

Decido bajar un poco los humos y asiento.

—Vale, perdona. Es que me estoy volviendo loca…

—Si sabes algo que pueda ayudar, soy toda oídos.

Pienso un momento. No sé qué más decir. Me devano los sesos intentando recordar si hubo algún indicio, algo raro, en la última noche que pasé con Nerea.

Aquel viernes yo había salido a cenar con mis antiguas compañeras de la carrera. No es que fuésemos súper cercanas, pero una vez cada tres o cuatro meses quedábamos para poner verdes a nuestros jefes, quejarnos de las horribles condiciones laborales del sector y echar pestes de conocidos que habían tenido éxito —a menudo, inmerecido— en algo.

A eso de las tres me despedí de ellas y fui a OXO a por Nerea. Salió como siempre, cansada pero contenta. Llevaba un año en el pub y le gustaba. Había hecho un curso profesional de coctelería y disfrutaba preparando bebidas de esas que cuestan un riñón pero que saben a gloria. Fuimos a una discoteca, lo único que estaba abierto a esas horas y, a pesar del ruido ensordecedor de la música, pasamos una hora poniéndonos al día. Eran las cinco menos cuarto cuando llegué a mi casa. Le mandé un mensaje que no contestó, y durante el sábado tampoco supe nada de ella, por eso el domingo le regañé un poco por WhatsApp.

—¿Qué fue lo que te contó en la discoteca? —pregunta la inspectora Beltrán tras escucharme. Y la verdad es que, por más que intento recordar el detalle, lo tengo borroso. Me había tomado casi una botella entera de vino *Gewürztraminer* en la cena.

—Me dijo que se había apuntado a un nuevo gimnasio —digo entonces, aunque no podría recordar el nombre ni aunque mi vida dependiera de ello—. Dijo que estaba a 5 minutos de su casa.

La inspectora suspira.

—Está bien, buscaremos ese gimnasio por si acaso —asegura—. Pero tú haz caso, vete a casa y espera.

Quiero replicar, discutir… pero sé que no es buena idea.

—Ya sé que no soy familia, pero Nerea es como una hermana para mí. ¿Podrían avisarme si puedo ayudar en algo?

Ella me mira de nuevo fijo, con esos bonitos ojos del color del chocolate fundido. Está a punto de hablar cuando, desde la otra acera, su compañero la llama. Antes de acudir, busca algo en su bolsillo. Me tiende una tarjeta. Parece algo anticuado, dar tarjetas de visita, pero es más rápido y efectivo que sacar el móvil y dictar el número, así que la cojo.

—Escríbeme un mensaje con tu número, te avisaré si hay algo importante —dice—. Y llámame si recuerdas algo más.

Le grito un «gracias» mientras se marcha.

CAPÍTULO 8

Tras dos largas horas, los créditos de *Guardianes de la Galaxia* aparecen en la pantalla. Ella debería estar contenta de que la odiosa película haya terminado, pero en cambio la ansiedad vuelve como un torbellino, porque no sabe qué sucederá a continuación.

—¿Estás cansada? —pregunta él, con curiosidad.

Su cabeza va a mil revoluciones. Si responde que sí, él podría enfadarse. Si responde que no, podría querer pasar más tiempo con ella, hacer otras cosas, y dos horas cogiéndole de la mano, soportando sus caricias casuales y su simple proximidad, ya casi han podido con sus nervios.

—U… un poco —se anima a responder.

—Es normal, ha sido un día con muchas emociones.

Con una sonrisa tranquilizadora, él se inclina sobre ella y le da un beso en la frente. Su instinto la empuja a apartarse, pero lo reprime y apenas se nota su rechazo. Lo está haciendo bien, está cumpliendo su papel. Es una gran actriz.

—Buenas noches, nena. Te veo mañana —dice él, levantándose de la cama y caminando hacia la puerta—. Descansa.

Cierra con llave, se puede oír el chasquido de la cerradura, y ella se queda sola. Lo cierto es que lo prefiere. Está encerrada, pero al menos no tiene que fingir. Es agotador.

Se muere por darse una ducha, y también tiene hambre. Ese tío loco se ha comido un par de sándwiches de pan *keto* mientras veían la película, pero ella no ha podido probar bocado. Recuerda la bolsa que le ha dejado sobre la cómoda y su estómago ruge. Desenvuelve un bocadillo y lo huele. Parece atún. Lo observa con detenimiento y decide probar un bocado. ¿Qué podría pasar? Tal vez esté

envenenado, ¿y qué? Así no tendrá que esperar a ver qué planes tiene ese psicópata para ella.

Se lo come en tiempo récord y los quejidos de su estómago se acallan. Ahora lo nota: el cansancio extremo.

Nunca creyó que podría dormir en una situación así, pero se acuesta en la cama, que es bastante cómoda, de hecho, y se duerme de inmediato.

Cuando despierta, hay luz. Luz natural.

Se incorpora de un salto, ignorando el dolor de su espalda, y corre hacia la ventana. En algún momento de la noche ese tipo ha subido las persianas y ahora ella puede ver el exterior. Siente el peso helado de la decepción al ver que se encuentra en un piso elevado, que la ventana tiene barrotes y que al otro lado solo se puede ver una extensión de campo vacío y, a varios kilómetros, una carretera. Parece la autovía que circunda la ciudad.

Comprende que no está lejos de casa, pero siente que jamás regresará. Y, de pronto, las lágrimas acuden a sus ojos y no es capaz de detenerlas. Rompe a llorar encaramada a esa ventana, a pocos centímetros de la libertad que le está siendo negada, hasta que la puerta se abre de golpe.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —grita él.

El corazón de la chica se dispara, las lágrimas se secan y su cuerpo entero comienza a temblar. Siente que está a punto de orinarse encima, pero consigue pararlo.

—¡Lo tienes todo, joder! ¿Es que no es suficiente? —continúa bramando ese tipo, parece tan fuera de sí que ella teme que pueda golpearla—. Dime qué más quieres. ¡Es puto imposible hacerte feliz!

Ella siempre había deseado encontrar a un hombre que la hiciera feliz, y eso se traducía en alguien que quisiera estar a su lado, con quien compartir sus aficiones, sus gustos… ese tipo de hombre tenía que ser cariñoso y considerado, pero también masculino y fuerte. Era firme defensora de la idea de que una pizca de celos no pueden ser tan malos, demuestran el compromiso y el amor de un hombre que no quiere perder a su mujer. Pero, si había algo que ella consideraba indispensable en una pareja, era tener la seguridad de que, si alguna vez la veía llorar, iría a consolarla, fuese cual fuese la

razón. Un hombre que se enfurece al ver las lágrimas de una mujer a la que ama no está bien. Eso cree ella.

—Yo… yo…

—Es que siempre estás igual. Yo no paro de dar, dar, dar… ¿y lo único que recibo de ti es esto? ¡Me vas a volver loco!

—No, no es eso —dice ella, a media voz. Se le ha ocurrido algo. Ojalá funcione—. Lloro porque… porque he tenido una pesadilla.

La furia empieza a desvanecerse en los ojos de su captor.

—¿Qué?

—He soñado que… que algo terrible sucedía y… teníamos que separarnos —dice—. Por eso lloro. Porque yo… no quiero… tener que separarme de ti.

No sabe qué es peor: enfrentarse a su ira o sentir los brazos de ese psicópata alrededor de su cuerpo tembloroso, agotado, llevado al límite. Él la abraza, y ella contiene una náusea. ¿Cómo pudo haber sentido en algún momento la más mínima atracción por él? Debía de estar mal de la cabeza. Tiene que haber algo defectuoso en ella si su intuición, si su instinto de supervivencia, no le advirtió de la oscuridad en aquel chico. Ahora la ve, clara como el día.

—Tranquila, amor. No nos separaremos, te doy mi palabra —dice él. Ella se estremece.

—Perdón por haberme puesto a llorar —musita.

—No, yo lo siento por haberme enfadado. ¿Me perdonas?

Ella asiente. Quiere volver a llorar, es lo único que podría hacerla sentir mejor en ese instante, pero no puede. No volverá a llorar delante de nadie. Nunca.

—Entonces, ya estamos bien —dice, una amplia sonrisa se dibuja en su rostro y recupera un estado de ánimo brillante, entusiasta… psicótico—. Vístete, toca sesión de ejercicio juntos. Te espero en el salón.

Un momento… ¿Ejercicio? ¿Salón?

Él se marcha antes de que ella pueda preguntar, y, de todos modos, no está segura de atreverse a formular pregunta alguna. Le ha dicho «vístete» así que ata cabos y busca ropa en el interior de la cómoda. En el primer cajón encuentra varios conjuntos deportivos: mallas, tops, calcetines… y una faja de soporte lumbar.

Escoge un puñado de prendas y se las pone. Luego se recoge el pelo con un coletero. Tiene ganas de ir al baño, pero teme que entrar sola en el aseo avive de nuevo la furia de su captor, así que se aguanta.

Con cautela, sale al pasillo y lo recorre despacio. Hay un sonido que le resulta familiar, así que lo sigue. Gira hacia la derecha al final del corredor y se encuentra en un salón amplio, luminoso, casi desprovisto de muebles. Solo hay un sofá grande en una esquina, una mesa con cuatro sillas y un mueble con un gran televisor donde está conectada una consola Wii. El sonido es el de la música del videojuego Wii *Fit*. Lo usaba hace años, antes de empezar a ir al gimnasio con asiduidad. Comprende que ese pirado quiere que jueguen juntos, así que se fuerza a sonreír y le sigue la corriente.

Ella es una persona activa, le encanta enfrentar los días con energía, pero tan solo una hora después siente que sus músculos no pueden más. Si sigue saltando o haciendo sentadillas, se desmayará.

—Oye… estoy muy cansada. Creo que he entrenado demasiado últimamente —dice, con el corazón en un puño—. ¿Podemos dejarlo por hoy?

La tensión podría provocarle un fallo cardíaco, está segura, pero por suerte él asiente. No parece contento, pero al menos no está enfadado.

—Está bien —cede—. Ve a la ducha. Voy enseguida.

—¿Cómo?

De inmediato, el estómago se le revuelve y se arrepiente de haber puesto fin a la sesión de ejercicio, porque presiente que lo que sucederá ahora será mucho peor.

CAPÍTULO 9

Apenas he conseguido masticar un par de bocados de mi sándwich mientras miro las redes sociales de todos los conocidos que Nerea y yo tenemos en común. No me entra nada.

Sé que le he dicho a esa policía guapa, la inspectora Beltrán, que sería buena y esperaría en casa con paciencia a que llegasen las noticias. Pero a cada minuto que pasa me pongo más y más nerviosa. Nerea podría estar en peligro.

La imagen de mi mejor amiga, una de las personas más importantes de mi vida, sufriendo sin que yo pueda hacer nada por evitarlo, me hace querer gritar de frustración.

Veo entonces el nombre de su ex, Iván, en una cuenta de Instagram a la que no sigo, pero que, curiosamente, Miriam sí. Nunca me llevé demasiado bien con él. No me gustaba para Nerea, y él lo sabía, por eso nuestro trato siempre fue cordial pero distante.

Entro en su perfil y veo que no es privado. En una de sus últimas historias se puede ver un *selfie* en un espejo que parece el del recibidor de una casa común, no tiene nada de especial, salvo por una cosa: la chaqueta de Nerea sobre el respaldo del sofá, al fondo de la imagen. Me da un vuelco el estómago. La historia es de hace veintidós horas, el lunes poco antes del mediodía, así que está a punto de desaparecer. Hago una captura de pantalla y me lanzo a la calle, dispuesta a llegar hasta el fondo del asunto.

Conozco la dirección de Iván porque más de una vez fui a buscar a Nerea allí. Ella todavía vive con su madre mientras que Iván vive solo, así que, en la fase de inicio de su relación, cuando parecían conejos, siempre que quedábamos, ella estaba allí.

Llamo al portero automático de su casa, que no tiene vídeo. Cuando responde, yo digo:

—Iván Sánchez, carta certificada.

Abre. Si le hubiera dicho quién soy y qué busco, no me hubiera abierto.

Subo hasta el segundo piso, sabiendo que estará esperando en la puerta y, sin darle tiempo a reconocerme, lo empujo al interior del piso y cierro detrás de mí. Gracias al factor sorpresa, él no lo ha visto venir y no le ha dado tiempo de oponer resistencia.

—¡Eh! ¿Qué coño…?

Sé que lo que estoy haciendo es ilegal, pero me da igual. Nerea me necesita.

—Cállate, y escucha —digo, y él entorna los ojos. Me reconoce—. Soy la amiga de Nerea, Rebeca.

—Ya, sé quién eres —dice. La sorpresa ya ha dado paso al enfado —. ¿Se puede saber qué quieres?

—Nerea ha desaparecido. ¿Sabes algo?

No me ando con rodeos, y sospecho que él ya tenía esa información, porque no parece impactado. De hecho, casi podría decirse que esperaba mi visita.

—Ya ha venido la policía, y les he dicho todo lo que sé.

—Dímelo a mí.

—¿Por qué? Tú no eres poli.

Saco el móvil y le muestro la captura de pantalla.

—¿Saben ellos que Nerea estuvo aquí la noche antes de su desaparición?

Él me aparta la mano, con furia. Casi me tira el móvil.

—Sí, lo saben. Pero no tengo nada que ver con eso, ¿vale?

No puedo evitar una sonrisa de incredulidad.

—Eres su ex, te dejó hace unos días y desaparece de repente. Estadísticamente, el culpable siempre es el ex despechado, y tú das el perfil.

—Bueno, pues esta vez no es así —replica, se frota los ojos con gesto cansado—. Mira, ya sé lo que parece, pero no sé nada. Te lo juro.

La verdad es que parece sincero.

—¿Por qué debería creerte?

—Yo tampoco quería seguir con Nerea, y no te voy a mentir, echaba de menos el sexo —dice. Yo reprimo una mueca mientras él habla—. Pero decidimos ser *follamigos*, hace ya una semana que quedábamos sin compromiso, para mí era un trato de puta madre y ella estaba de acuerdo. No tengo razones para querer hacerle daño. Yo tenía lo que quería sin ataduras, ¿por qué cojones iba a estropearlo?

Lo miro. Evalúo su lenguaje no verbal. Todo el mundo me ha dicho siempre que tengo un don para captar a la gente, que se me da bien ver su cara oculta, el truco tras su número de magia, y lo cierto es que Iván no parece esconder nada.

—¿Y la chaqueta? —quiero saber. Sigue ahí, sobre el sofá. La policía no se ha dado cuenta y él no ha dicho nada del tema.

—Se la dejó ayer al marcharse. Se fue sobre las diez de la mañana, se duchó aquí y todo. Iba al gimnasio, me dijo.

—¿Te dijo algo más? ¿Iba a verse con alguien?

—¿Te refieres a un tío? —pregunta, yo asiento. Él se encoge de hombros—. No creo que me lo hubiera dicho. Sí que habíamos dejado la relación y solo follábamos, pero aún no estábamos en el punto de salir con otros y contárnoslo.

Lo entiendo. En realidad, tiene sentido.

—¿Le has dicho algo más a la policía?

—Cuando Nerea se fue yo tenía una clase online —explica—. Me conecté, así que han recogido los datos para verificar que estaba aquí en casa, que no me moví. Pero tú tendrás que creer en mi palabra.

Suspiro. Lo cierto es que le creo.

—Está bien —digo—. Perdón por el asalto.

—Sin rencores, pero lárgate ya de mi casa —dice. Así lo hago, pero antes de cerrar lo oigo decir algo más—. Espero que la encuentren.

Ya sola, en el rellano de ese edificio casi desconocido, me imagino a Nerea saliendo, con un plan para su día libre, contenta o agobiada, no sé, pero ahí… Y de pronto alguien se cruza en su camino y ya no está más.

Bajo las escaleras con una fuerte sensación de presión en el pecho. No puedo evitar pensar lo peor: ¿Y si está asustada, atrapada, sufriendo…? ¿Y si está muerta?

Nerea y yo hemos sido amigas íntimas durante quince años. Hemos compartido todas las cosas que merecen compartirse con una amiga. Nos consolamos en nuestro primer desamor, nos apoyamos en los baches de la vida, nos regalamos tiempo, consejos, cariño… Tengo más recuerdos de una vida con ella que sin ella, y no sabría cómo enfrentarme a un mundo en el que no esté.

Al llegar al último escalón, me paro. Gruesos lagrimones me recorren las mejillas y pierdo las fuerzas. Me dejo caer, y me siento en un saliente. Y lloro. Lloro ante la desconcertada mirada de algunos vecinos que pasan a mi lado y huyen, por si soy una loca o alguien necesitado. Da igual, pocos quieren involucrarse con ninguno de esos tipos de persona. Hasta que, de pronto, alguien me habla.

—¿Qué te pasa?

Levanto la mirada. Es una mujer mayor, de esas que tiene el pelo abuhonado, teñido de amarillo chillón.

—Nada, nada…

—¿Has venido a preguntar por la chica esa? —quiere saber.

—¿Qué? ¿Sabe algo de eso?

—Vino hace un rato la policía a hablar con el chaval del segundo, yo vivo enfrente y los vi por la mirilla —explica la mujer—. Pensé que vendrían a hablar también con los vecinos, pero se fueron rápido.

—Pero, ¿sabe algo usted? —insisto.

—¡Y tanto, hija! Yo lo sé todo, y me entero de todo —responde. Una pequeña llama de esperanza se enciende en mi interior—. ¿Te apetece un café y te lo cuento?

CAPÍTULO 10

Con la poca intimidad que su captor le ha ofrecido, ella va al baño, hace sus necesidades y se desnuda rápido para meterse, acto seguido, en la ducha. No sabe lo que va a pasar y tiembla a pesar del chorro de agua caliente. Se enjabona rápido. Tal vez, si se da prisa, cuando él llegue, ella ya habrá terminado. Pero apenas ha empezado con el pelo cuando la puerta se abre.

Sin mediar palabra y a través de la cortina de la ducha, lo ve quitarse la ropa. Siente un acceso de náusea y, por enésima vez, se odia por haber permitido que todo eso ocurra. Es su culpa, simple y llanamente. Si no fuese así, si supiese estar sola, si dejase de fijarse en tíos tarados, manipuladores y posesivos, no habría terminado encerrada en ese lugar con un tipo que cree que ella es su ex novia.

De pronto, una pregunta se forma en su cabeza, al tiempo que él echa a un lado la cortina y se une a ella bajo el agua de la ducha. ¿Esa chica, la ex novia, está muerta? ¿Se mató ella misma como insinuó él o fue de otra manera? ¿Y si ella solo intentaba escapar de él?

La comprende. De pronto, se pone en su lugar y sabe que ella haría lo mismo. Solo lleva dos días a merced de ese loco y ya tiene claro que, si no consigue escapar, la muerte será la única salida. Siente ganas de llorar de nuevo, pero se fuerza a sonreír mientras él se inclina sobre ella y pone sus labios pegajosos en su cuello. Ella se estremece, siente asco, pero, por suerte, él lo interpreta como placer. Continúa besando, lamiendo…

—¿Qué… haces? —se atreve a preguntar ella. Todo su cuerpo rechaza la idea de tener sexo en la ducha con ese tipo. Antes preferiría morir.

—Shhh

No quiere llorar, pero se lo está poniendo muy difícil.

Él la empuja contra la pared fría y húmeda de la ducha y le aprieta los pechos. Su primer impulso es apartarlo, pero sabe que podría significar más dolor si se resiste, así que cierra los ojos, aguanta la respiración y reza para que no dure demasiado. Él continúa manoseando y besando su cuerpo sin permiso, pero no va más allá. Siente cosas en las que no quiere pensar, partes de su cuerpo rozándose con su piel, y obliga a su mente a viajar a otro lugar, lejos de ahí. Piensa en sus amigas, en su familia… Se siente mal por haber deseado morir y se promete que luchará todo lo que pueda por ellos. Y entonces… escucha un jadeo y él se aparta de ella para ponerse bajo el chorro de la ducha.

—Sécate y vuelve a la habitación —le ordena. Su voz suena menos tensa, casi suave.

Ella se da prisa y sale del habitáculo de la ducha. Coge una de las toallas y se seca rápido para volver a ponerse la ropa de deporte, aunque esté empapada de sudor. ¡Es su oportunidad!

Un torrente de adrenalina la empuja a correr hacia el final del pasillo, hacia el lado opuesto de la habitación que se ha convertido en su cárcel. En lugar de a la derecha, hacia el salón, gira a la izquierda y encuentra tres puertas cerradas. Dos de ellas son simples y una es más gruesa y ornamentada, así que supone que será la principal. Por desgracia está cerrada con llave. A su alrededor no hay ningún mueble ni colgador de llaves, solo un espejo anclado a la pared que le devuelve un reflejo: su cara desencajada, llena de terror.

Desesperada, abre una de las dos puertas restantes y ve que es una pequeña alacena de apenas dos por dos. La cierra y se vuelve hacia la última. Es la cocina.

Es grande pero antigua, en el centro hay una gran mesa con los restos de un desayuno, pero no le da tiempo de pensar en el hambre que tiene porque, enseguida, sus ojos se fijan en la pequeña terracita que da a una calle principal. Abre y se asoma. Ve pasar un par de coches y lejos, a unos doscientos metros, una mujer camina por la acera. Coge aire para gritar, pero antes de poder

hacerlo, una mano se cierra sobre su boca y alguien tira fuerte de ella hacia el interior.

Está perdida.

CAPÍTULO 11

La mujer que me ha abordado se llama Quiteria y al cabo de quince minutos en su piso, habiéndome bebido ya la mitad del aguado café que me ha ofrecido, comienzo a sospechar que solo quería compañía y alguien con quien hablar. Me ha explicado ya dos veces que su marido murió hace diez años y que vive sola, pero está muy a gusto. Me ha hablado de que se acaba de cambiar las cortinas del salón, de que en la otra escalera se ha mudado una familia muy ruidosa, y que dentro de dos días hay reunión de vecinos para aprobar una derrama para arreglar la caldera, que no va bien. Comienzo a perder la paciencia.

—Señora, por favor, si sabe algo de mi amiga, dígamelo —le suplico, por tercera vez.

Ella arruga el gesto. Quería encontrar en mí una mejor disposición, pero no estoy de humor para seguirle el juego.

—Esa chica ha venido dos veces esta semana. Los he oído —asegura—. Su habitación está pared con pared con la mía aunque, por suerte, Dios no me ha conservado el oído tan bien como la vista.

Teniendo en cuenta que lleva gafas, me pregunto si de verdad está tan al corriente de todo en ese edificio como presume.

—Eso me da igual —respondo—. Quiero saber qué pasó ayer por la mañana, cuando ella se marchó.

—De casualidad, estaba tendiendo yo la colada, eran las diez más o menos, lo sé porque estaba empezando el programa que sigo todas las mañanas en la tele —dice—. La vi salir del portal y cruzar la calle. Tenía pinta de ir a la avenida a coger el autobús, pero entonces paró un coche a su lado, habló un momento con el conductor y se subió.

El corazón me da un fuerte salto. ¿Se fue con alguien en su coche? ¿Quién podría ser?

Estoy segura de que Nerea no se iría con nadie que no conociera.

—¿Recuerda algo del coche? ¿La matrícula?

—¡Ay no, hija! ¿Cómo me voy a acordar de eso? Tengo setenta y tres años, mi memoria ya no es lo que era.

—Pues dígame lo que sea, color, modelo…

—Era azul oscuro, muy brillante, y mediano. Creo que podría ser Seat… o no, un Peugeot. Mi marido tenía uno parecido y era Peugeot.

Suspiro. Está claro que no puedo fiarme de la palabra de esa anciana, pero ya tengo algo que la policía no tiene. Le doy las gracias a Quiteria y me despido, poniendo mil excusas para evitar que me retenga en esa casa con olor a café rancio. Salgo a la calle y mientras corro, poniendo distancia con ese edificio al que espero no tener que volver, cojo el móvil y busco el número de la inspectora Beltrán, que ya guardé en mi agenda. Tras dos tonos, contesta.

—¿Sí? ¿Quién es?

Ella no guardó el mío.

—Inspectora, soy Rebeca Vilanova, la amiga de Nerea Vega.

—Sí, claro. Dime.

—¿Podemos vernos? —pregunto—. Tengo información sobre el caso.

Oigo un sonido al otro lado, como un gruñido o un juramento entre dientes.

—Está bien, en la comisaría central en veinte minutos.

Cuelga antes de que pueda aceptar. No sé si hago bien, me da rabia compartir información con la policía cuando ellos, que son los profesionales, no han sido capaces de obtenerla por sí mismos; pero es lo más sensato. Si quiero recuperar a Nerea, tengo que hacer las cosas bien, aunque eso signifique tragarme mi orgullo.

Cojo un taxi, ya que en transporte público sería imposible llegar a mi cita a tiempo, y me apeo delante del edificio blanco e impersonal de la comisaría superior del cuerpo nacional de policía, en el centro de la ciudad.

Para mi sorpresa, la inspectora Beltrán está esperándome junto a la recepción y, nada más verme, sin cruzar siquiera un saludo, me guía hasta un despacho en la segunda planta.

—¿No te dije que no investigaras por tu cuenta? —Es lo primero que me dice en cuanto cierro la puerta detrás de mí.

—Hola a usted también —respondo, con sarcasmo.

Me mira con esos ojos castaños y un gesto severo, pero no dice nada. Quiero mantener mi fachada firme, pero cada segundo que pasa me cuesta más no rendirme. Es un pulso de miradas, y pierdo.

—Parece que ya han ido a hablar con Iván, el ex de Nerea —digo, y me adelanto a su pregunta—-. Me lo ha contado su vecina de enfrente, la radio patio del edificio. Deberían haber hablado con ella.

—Tenemos nuestros protocolos —replica—. Antes descartamos por completo a ese chico, Iván Sánchez.

—No fue él —añado—. La señora me dijo que a eso de las 10 de la mañana Nerea se montó en un coche azul. No sé de quién puede ser, pero sé que no se subiría al coche de un desconocido. Al menos debía saber quién era.

—Lo investigaremos.

—¿Han sacado algo de las cámaras de OXO? —quiero saber.

—Si así fuera, no te lo diría.

—¿Por qué? Yo puedo ayudar.

—Eres una civil, no es tu trabajo, ¿por qué no lo entiendes?

Julia Beltrán me mira con exasperación y yo… quiero gritar. Incluso quiero golpearla. Pero, en lugar de eso, rompo a llorar como una niña.

—Había oído que los policías sois gilipollas, pero deberían daros algún curso de empatía, joder —gimo, furiosa y triste, muy triste—. Es mi persona, mi otra mitad, y si le ha pasado algo… yo… ¿Cómo puedes ser tan cabrona?

—Si continúas insultando te puedo detener por desacato —replica, aunque su tono esta vez es menos duro, casi diría que hay cierta ternura en él.

Me seco los ojos e intento recuperar la poca dignidad que me queda.

—Bueno, solo así conseguirás que me esté quieta y no busque a Nerea.

Ella bufa, molesta, pero distingo una media sonrisa. Sus ojos brillan.

Al otro lado de la ventana de esa oficina pequeña y desordenada, está anocheciendo.

En ese momento, Julia Beltrán dice algo que me deja totalmente perpleja.

—Estaba a punto de ir a cenar algo, hay un buen italiano cerca, ¿quieres venir conmigo?

CAPÍTULO 12

«¿Por qué no coopera? ¿Por qué ha hecho esa estupidez?» se pregunta, frustrado, mientras la arrastra, del modo que más odia, por la fuerza, de nuevo a la habitación.

Es sencillo: si hace lo que él le pide, puede estar cómoda, tener todo lo que pida, regalos, comida… No es tan complicado.

Quizá se ha precipitado con la ducha compartida. A veces le pierde el ansia. Sabía que podía ser demasiado pronto, pero ella parecía haber comprendido las reglas, especialmente después del pequeño desliz con ese horrible llanto. Además, apenas la ha tocado, solo lo necesario para llegar al orgasmo. ¡No pretenderá que sea un monje!

Después de haber esperado tanto tiempo, observándola desde lejos, deseándola en silencio, deberían darle un premio por no hacerla suya de inmediato.

—¿Por qué me haces esto, hijo de puta? —gime ella, y tiene los ojos brillantes. Otra vez esas inútiles lágrimas. No las soporta.

—¡Te he dicho que no llores!

La arroja al interior de la habitación y cierra con llave. Suspira, tratando de controlar su rabia. Se ha despistado, ha confiado en ella demasiado pronto y no ha sospechado que intentaría escapar. Por suerte, nadie la ha visto desde la calle. Y si, dentro de algún coche, un pasajero la ha conseguido ver, habrá supuesto que simplemente era una vecina asomada a la terraza. ¡Calma!

Al otro lado de la puerta ella gime y golpea la madera con sus débiles puños. Grita que lo odia y pide que la libere, que la deje en paz. Pero no puede. La eligió, y ahora no hay vuelta atrás. Tampoco quiere volver atrás. Sabe que es la indicada y más pronto que tarde, ella lo entenderá. Dejará de odiarlo.

De hecho, no es a él a quien debe odiar, sino a Clara. Ella es la culpable por haberlo abandonado de esa manera cruel. ¿Acaso no se merece que lo amen? ¿No merece que las personas se queden con él?

Mientras se apoya contra la puerta, sudoroso y rabioso, un recuerdo de su infancia cruza por su mente, como un rayo en mitad de la tormenta.

Los escuchaba gritar en la cocina, otra pelea estúpida por cualquier tema absurdo que él, siendo todavía un niño, no lograba comprender. Escondido en su habitación, lloraba desconsolado porque su familia estaba en peligro.

—¿Te vas a ir otra vez? —preguntaba su madre.

—¿Para qué voy a quedarme? —respondía su padre—. En cualquier otro lugar se me trata mejor que en mi propia casa. ¿No sabes ser una mujer de verdad?

—Lo sería si tú fueras un hombre de verdad.

Desde su habitación, encogido detrás de la puerta, el niño escuchó un gruñido y un golpe, que no supo quién lo había efectuado ni quien lo había recibido. En cualquier caso, lo siguió el sonido de la puerta principal al cerrarse de golpe. Su padre había vuelto a marcharse, tal vez al bar, o a la casa de alguna de esas mujeres con las que pasaba el rato en lugar de con su esposa. Su madre siempre le hablaba de ellas y las llamaba «guarras», pero su mente infantil no terminaba de comprender por qué. Y, siempre que su padre los dejaba solos, escuchaba a su madre llorar en la cocina. No lo soportaba, solo quería que parase. Prefería verla enfadada, así que iba a sentarse a su lado, a acariciarle la espalda y a escuchar la misma diatriba de siempre:

«Nunca seas como tu padre, hijo. Nunca hagas llorar a tu mujer» o, «Si una mujer te quiere, estará siempre a tu lado, solo tendrá ojos para ti y solo se arreglará para ti. No te juntes con una guarra».

De vuelta al presente, rememora las palabras de su madre y se pregunta en qué se ha equivocado esta vez. Solo espera que sea algo temporal y no un error sin solución. Espera que la mujer de la habitación aprenda a amarlo como se merece, como él la amará a ella a cambio. Así estarán juntos para siempre, como debe ser.

CAPÍTULO 13

Es jueves, hace tres días que Nerea desapareció y siento que la investigación podría estar en un punto muerto. Desde esa cena con la inspectora Beltrán, no he sabido nada de ella; y aunque la he llamado varias veces, ella siempre ha rechazado la llamada.

Vuelvo a repasar en mi mente aquella desconcertante cena.

El restaurante era un italiano común, pero sí parecía auténtico. La pasta estaba buena, aunque mi estómago se negase a aceptar la comida. No era solo por la angustia que la desaparición de mi amiga me producía, también me sentía tensa por la situación. La presencia de Julia Beltrán me generaba sensaciones extrañas. Me sentía cohibida a su lado; la admiraba de alguna manera similar a la idolatría, y al mismo tiempo la detestaba por esa actitud soberbia y altiva. Cada vez que me miraba con esos ojos, a veces llenos de desprecio, otras, comprensivos, se me agarrotaban los músculos y olvidaba el hilo de mis pensamientos, ya de por sí bastante enredados.

Así fue como, después de medio plato de lasaña me encontré a mí misma, sin siquiera darme cuenta, contándole todo sobre mi vida con Nerea. No supe cómo, la inspectora había llevado nuestra conversación al punto en el que me había abierto en canal, contándole cómo mi familia me había echado de casa con veintidós años y Nerea me había acogido como a una hermana.

Su madre también se portó bien conmigo los primeros meses pero, conforme fue pasando el tiempo, comenzaron las miradas huidizas y los comentarios con doble sentido. Mi presencia también empezó a causar riñas entre madre e hija, y cada vez que peleaban por mí, me sentía más culpable, así que un año después, me

marché. No se lo tengo en cuenta. Durante mucho tiempo, Blanca se portó como una segunda madre, pero la hospitalidad tiene un límite.

Cuando me fui de casa de Nerea estuve un tiempo con una compañera del trabajo que tenía por aquel entonces, en una tienda de ropa, pero pronto comenzó a solicitar que pagase parte de su alquiler si quería quedarme. En aquella época no tenía ahorros y no podía hacer más horas en la tienda porque estaba terminando la carrera. Solo me quedaban unos meses, los últimos exámenes y sería libre. Así que también me marché y terminé durmiendo en pensiones de mala muerte, incluso en la estación de tren. Una noche hasta dormité en un banco de la calle. Pero nunca estuve realmente sola, Nerea siempre me ayudó. Me traía comida a la universidad y me prestaba algo de calderilla, ya que ella no tenía trabajo.

Fue una mala época que terminó gracias a Marianela.

Cómo terminé hablando de Marianela con la inspectora Beltrán era todo un misterio. Por suerte, me detuve justo a tiempo. No quería contarle a esa mujer tan imponente la historia de mi ruinoso primer amor.

Afortunadamente, Julia Beltrán no insistió. Parecía haber quedado satisfecha con lo que le había contado acerca de mi relación con Nerea. Esperaba que, después de aquello, pudiera entender mejor por qué no podía dejar de buscar a mi amiga.

Fue entonces cuando ella me dio un regalo, una brizna de esperanza a la que agarrarme.

—El teléfono de Nerea se apagó el lunes a mediodía —dijo—. Hasta ese momento estaba bien, y la triangulación sugiere que estaba en su barrio, cerca de su casa.

—¿Quiere decir que el tipo del coche azul la llevó a su casa?

—Es posible, cuando lo encontremos, lo sabremos.

—¿Cómo vais a encontrarlo?

—La policía tiene sus métodos, Rebeca —dijo, y escuchar mi nombre salir de sus labios por primera vez me provocó un estremecimiento raro—. Por eso, insisto en que dejes de meterte. Podrías entorpecer la investigación.

Sí, tenía sentido. Sabía que estaba siendo cabezota e irracional, que lo que la inspectora me pedía era lógico, era mi deber. Pero…

—Por favor —supliqué—. Déjame ayudar, te lo ruego.

Ella suspiró, esta vez con lástima. Mejor eso que el hastío.

—Te prometo que te llamaré, ¿vale?

Pero no me ha llamado, y estoy que me subo por las paredes. Alberto, mi compañero de piso que casi nunca está en casa, cruza el salón en ropa interior en dirección al baño, sin mirarme. Debe de estar medio dormido todavía, regresó anoche de viaje. ¿Dónde era esta vez? ¿Tailandia?

Es médico de urgencias. Trabaja turnos interminables y después pide vacaciones larguísimas para poder irse a lugares recónditos del planeta. A veces lo envidio, otras veces me pregunto cómo puede vivir así.

A los pocos minutos se oye la cadena del váter y Alberto regresa, medio zombi, a su habitación, para seguir durmiendo, mientras yo me destrozo las uñas esperando una llamada de la inspectora. Cuando por fin suena el teléfono, es Blanca quien me habla desde el otro lado.

—Siento molestarte, cariño, pero me preguntaba si podrías venir a casa un momentito.

Accedo, sin dudar. Tal vez sabe algo nuevo, quizá se ha acordado de que yo también quiero a Nerea con todo mi corazón y quería avisarme. Pero cuando llego, Blanca no tiene tampoco noticias que darme. En lugar de eso, me tiende un montón de papeles con la cara de Nerea impresa y me pide que los reparta por la calle.

Sé que ya ha contactado con una de esas asociaciones de personas desaparecidas y que la foto de Nerea está difundiéndose por internet. Personalmente, creo que la imagen que ha elegido no es la más adecuada, porque Nerea está maquillada y vestida de forma elegante. Es una instantánea tomada en la boda de su prima el verano pasado. Pero es su madre quien la ha escogido, es a ella a quien la policía llamará primero, aunque no sea quien mejor la conoce.

—Blanca, ¿podría pasar antes por la habitación de Nerea? —le pido a la mujer. En realidad, me da pena. Tiene unas profundas ojeras moradas bajo los ojos y su semblante triste me recuerda al

que tenía los meses después de enterrar a su marido—. Me gustaría comprobar algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Puede que algún objeto me llame la atención, no sé… podría aparecer alguna pista.

Blanca lo piensa un momento, pero finalmente acepta, y yo voy corriendo a la habitación de mi amiga antes de que su madre cambie de opinión.

Está todo revuelto, Nerea siempre ha sido bastante desordenada. Viví con ella casi un año en esa habitación, grande pero llena de trastos, así que lo sé bien. Será difícil encontrar algo que destaque entre el caos.

Observo la estantería llena de cosméticos, revistas y libros de los que tuvo que comprarse para varios de los cursos a los que se apuntó: grado medio de estética, itinerario profesional de maquillaje para eventos, curso de *sommelier*…

El primero lo terminó sin problemas, pero en cuanto empezó a trabajar en salones donde la tenían prácticamente como una esclava, decidió que la estética no sería su futuro laboral. El segundo lo completó a duras penas, y pronto se dio cuenta de que no tenía dinero para los materiales mínimos de calidad razonable con los que empezar a ofrecer sus servicios.

Finalmente, el de *sommelier* ni siquiera lo culminó, ya que conoció el mundo de la coctelería, y se enamoró. Bueno, de la coctelería y del profesor que lo impartía en la escuela de hostelería y restauración donde se había matriculado. Le permitieron cambiarse de titulación y en seguida encontró trabajo. Nerea era feliz y empezaba a asentarse profesionalmente. ¿Qué había hecho para que su destino diese aquel giro brutal?

En ese momento, mientras reprimo las lágrimas de rabia y preocupación que vuelven a inundar mis ojos, me fijo en algo colgado en el corcho sobre su escritorio. Es una de esas pulseras de plástico baratas que dan a veces como regalo publicitario. Pone: Pulse Fitness.

Recuerdo en ese instante que Nerea se había apuntado a un nuevo gimnasio y saco el móvil para buscar ese nombre. ¡Hay un

gimnasio Pulse muy cerca!

Seguro que ese es el centro donde Nerea está suscrita, y quizá, con suerte, puedo averiguar si pasó la mañana del lunes en el gimnasio. Cojo la pulsera y las hojas con la foto de mi amiga y salgo corriendo, en dirección a ese lugar.

CAPÍTULO 14

Sabe que lleva al menos veinticuatro horas encerrada, porque las persianas están subidas y ha podido ver cómo caía la noche y volvía la luz del día mientras ella permanecía sola en aquella habitación. Ese cabronazo no le ha dado de comer y tiene tanta hambre que podría llenar su estómago con cualquier cosa. Sí tenía agua, pero ha intentado no beber demasiado para no tener que orinar más veces de las necesarias en el interior de la papelera. No le ha quedado más remedio, ya que tampoco le ha dejado salir para ir al baño.

Y, por difícil que resulte comprenderlo, el hambre o las necesidades corporales no son lo más complicado de sobrellevar. Es la incertidumbre.

¿Qué piensa hacer ese loco con ella? ¿Va a dejarla morir de hambre o va a aparecer en cualquier momento con una motosierra?

Se pregunta constantemente por qué ella. Apenas conocía a ese hombre, no podía decirse que fuesen amigos. De hecho, aunque le dijo su nombre, que ahora supone falso, nunca supo más datos suyos: ni su apellido, edad o profesión.

¿Por qué ella?

Le ha dado vueltas y ha llegado a la conclusión de que él no cree que sea de verdad su ex, la chica de los vídeos. Más bien quiere que ella lo crea. Él quiere que ella asuma ese papel. Pero, ¿cómo espera obligar a una persona a ser otra? ¿Cómo demonios espera que no intente escapar a la mínima oportunidad?

Le da miedo pensar en los métodos que puede utilizar para hacerle pasar por el aro, pero lo que le aterra de verdad es no tener la voluntad suficiente como para resistirse. Ella no es la persona más firme del mundo, de hecho, es bastante manipulable y no sabe controlarse. Siempre que sale, bebe más de la cuenta, aunque sabe

que luego tendrá resaca. Gasta más de lo que debería, no se priva de caprichos. Suele liarse con sus ex y cometer más de dos veces el mismo error. No sabe lo que es mejor para ella y, en sus días malos, se atiborra de comida rápida y dulces, pensando que una semana a base de lechuga y gimnasio borrará su desliz. No es un ejemplo de fortaleza, por eso teme romperse y ya no poder recomponerse.

Por un instante, la idea de que ese loco aparezca con una motosierra y acabe con su vida no le parece tan terrorífica, no al lado de la perspectiva de seguir ahí, obligada a hacer cualquier cosa para sobrevivir.

Entonces, de pronto, se escucha un suave golpe en la puerta y su voz se filtra por las rendijas.

—Nena, ¿cómo estás?

¿Que cómo está? ¡Muerta de hambre, aterrada, agotada y deseando golpearle con saña hasta hacerle perder el sentido! Eso es lo que le gustaría decir, pero no es lo que debe decir.

—Bien —susurra—. Aunque tengo hambre y… Me siento mal por lo que he hecho. Me he equivocado, y sé que debes estar furioso conmigo.

—No, no estoy furioso. Estoy preocupado —corrige él—. Quiero abrir y darte de comer, pero tienes que prometerme que no intentarás escapar.

—Te lo prometo, te lo prometo.

Un segundo de silencio que parece pendido sobre su cabeza como una guillotina a punto de caer.

—Está bien.

El cerrojo da un chasquido y la hoja se abre. Él está en el umbral. Ella siente un acceso de rabia, tiene que apretar los puños para no levantarlos contra él, al menos hasta que ve el túper con comida. Su estómago ruge con fuerza y en los siguientes minutos no puede pensar en nada más, aparte del ansia por comer el guiso de carne con verduras que él le ofrece. Está frío, pero no le importa. Le sabe a gloria.

Al terminar, él le indica con un gesto que se siente sobre el colchón, a su lado. A pesar del desagrado, ella lo hace.

—¿Qué tengo que hacer para que confíes en mí? —pregunta. Es algo absurdo, ni siquiera tiene sentido.

—Yo… necesito… tiempo —consigue murmurar ella, con el alma en vilo. ¿Se estará arriesgando demasiado?

Él la mira fijo, y finalmente suspira.

—Vale, tienes razón —admite—. Te he presionado demasiado. ¿Qué te parece si hacemos borrón y cuenta nueva? Hoy toca plan de viernes: cena y peli.

—Vale.

CAPÍTULO 15

El Pulse Fitness es un local grande, impersonal, con una gran sala llena de máquinas ruidosas, gente sudorosa y música estridente. Para mí, un infierno, pero incomprensiblemente, a mi mejor amiga le encanta este ambiente. Dice que le motiva.

Entro y, algo avergonzada, pregunto a una chica con excesivo músculo y también demasiado maquillaje, que lleva una camiseta del color corporativo, azul eléctrico, con la palabra Staff. Sin embargo, me pone una cara rara y me dice que no puede darme información personal de los socios.

—A ver, si te digo yo el nombre y tú me confirmas si es socia o no, no me das ninguna información personal —trato de razonar tras varias negativas.

Se lo piensa un momento, no parece demasiado aguda.

—Es igual, es política de empresa. No puedo decirte nada.

—Pero…

—Por favor, vete o tendré que avisar a seguridad.

Me entran ganas de discutir, de gritar, de arrancarle de las manos el portátil que tiene y buscar el nombre de Nerea en la base de datos, pero el tamaño de sus bíceps es disuasorio.

Decido obedecer, abandonar el local y situarme en la acera de enfrente con los papeles de «se busca» con la cara de Nerea. Aunque me da todo el palo del mundo, empiezo a preguntar por ella a cada persona que pasa.

—¿Has visto a esta chica? ¿Te suena su cara? ¿La conoces?

Algunos dicen que sí, que les suena, pero lo único que quieren es enterarse del chisme. Tras veinte minutos empiezo a desesperarme, y es entonces cuando una voz conocida suena a mi espalda.

—¿Rebeca? ¿Qué haces aquí?

Es la inspectora Beltrán. Lleva mallas y un top deportivo que, para qué mentir, le sienta de muerte.

—¿Y tú? ¿Hay alguna pista de Nerea? —replico en cuanto me recupero de la sorpresa.

No le gusta mi reacción, ya que frunce el ceño.

—¡Shh! —indica, con un dedo delante de los labios—. No puedo decirte nada todavía.

—¡Qué novedad!

—¡Estoy en ello! —se defiende, molesta.

—¿Por eso has venido aquí? —quiero saber.

Ella suspira y asiente.

—Te informaré pronto, pero déjame trabajar.

Dicho esto, me deja con la palabra en la boca y entra en el gimnasio.

Medito un instante, la frustración burbujea en mi estómago y, unos minutos más tarde, tomo la decisión de entrar también. La chica musculada y maquillada me mira con hastío.

—¿Qué quieres ahora?

—Aquí dice que puedo probar el gimnasio durante una hora gratis —digo, señalando un cartel promocional.

—Sí —admite a desgana.

—Pues quiero entrar.

—No llevas ropa adecuada.

Cierto. Llevo vaqueros y un jersey de punto. Pero veo que tienen un *corner* de productos Pulse ahí al lado de la recepción: toallas, cantimploras, barritas energéticas y… entre todo eso veo un chándal feísimo con el logo azul eléctrico.

—Pues me llevo uno de esos.

La mujer pone los ojos en blanco, pero me lo vende.

—Si das problemas te echaré —advierte.

—Solo voy a ver las instalaciones y a probar algunas máquinas.

Frunce los labios cubiertos de *gloss* y me permite el acceso.

—¡Te vigilo! —dice antes de verme desaparecer por el pasillo.

Yo la ignoro y entro al vestuario. Me cambio rápido y voy a la sala de máquinas que huele a sudor espeso y a plástico. Miro a mi alrededor y localizo a Julia Beltrán. Está en una bicicleta elíptica,

haciendo ejercicio a buen ritmo. Intento no distraerme admirando sus formas.

Aún no me ha visto, y quiero evitarlo, de modo que busco una máquina a su espalda, a la que llego dando un rodeo largo e innecesario. Es uno de esos artilugios para trabajar la parte interna de los muslos y las caderas, cosa que no me vendría mal, así que me siento y comienzo a ejercitarme con el peso mínimo, mientras observo a la inspectora.

Pocos minutos más tarde, Julia deja la elíptica y, con la piel perlada de sudor, camina lento hacia la zona de fuerza.

Se acerca a un chico que está en un banco de pesas y habla con él. Se mueve raro, como balanceándose, atusando su pelo, poniendo un mechón tras la oreja y sonriendo de forma coqueta.

Él se aparta y le deja espacio en el banco. Su actitud es orgullosa, como la del gallo de un corral. Me siento como si estuviera viendo un documental de *National Geographic*, y me genera un rechazo visceral, así que aparto la mirada durante un rato.

Mis piernas arden y busco otra máquina desde donde ver sin ser vista. Localizo una para hacer remo que está vacía, de modo que la ocupo y paso otros veinte minutos machacándome los brazos hasta que, de pronto, veo al chico despedirse de Julia y dirigirse al vestuario. Pocos segundos después, ella lo sigue. ¿Qué hace?

No puedo evitar ir detrás, movida por una irresistible curiosidad. La veo entrar por el pasillo del vestuario masculino y un desagradable escalofrío me recorre al valorar la posibilidad de que se vaya a liar con ese *gymbro*. El corazón me late muy fuerte cuando entro a la zona de taquillas, que está vacía. Se oye el sonido de una ducha y hay humedad en el ambiente.

Entonces escucho un chasquido y descubro a Julia, mirando en el interior de una taquilla.

—¿Qué haces? —murmuro. Noto su sobresalto.

—¡Joder, Rebeca! —masculla—. ¡Vete!

La comprensión me golpea como un mazazo y me siento estúpida. ¡Ese tipo es un sospechoso! Por eso la inspectora estaba hablando con él, por eso lo ha seguido… Esta vez he metido la pata de verdad, así que intento obedecer cuanto antes.

Me dispongo a darme la vuelta para irme cuando el grifo de la ducha se detiene. Hay muy poco tiempo para esconderse.

Me acerco a Julia, la cojo del brazo y la arrastro al fondo del vestuario, hacia los cubículos de los inodoros. Nos encierro a ambas en uno de ellos al mismo tiempo que el sospechoso sale de las duchas.

Miro a Julia Beltrán a la cara. Sus ojos castaños destilan furia candente, está realmente enfadada y no es para menos. Desvío mi mirada. Estoy avergonzada y no sé qué hacer para enmendar semejante error. Tendré que ponerme de rodillas y suplicar si quiero ser informada de los avances del caso.

Me fijo en las gotas de sudor de su cuello, en su respiración, silenciosa pero superficial y algo acelerada, en su piel salpicada de pecas doradas, su abdomen plano… Me está entrando mucho calor. Levanto la mirada de nuevo. Sus ojos no se han movido, siguen fijos en mí y, de pronto, en el fuego de sus pupilas distingo algo que no es ira, sino, ¿deseo?

Nunca se me han dado bien estas cosas. Aunque tenga buen ojo para la gente como periodista, para tomar decisiones siempre me baso en los datos, en los testimonios, en palabras. En asuntos del corazón no suelo dejar que la intuición tome las riendas, pero en ese momento, algo en mi cabeza me grita que la electricidad que siento entre nosotras no es una alucinación. No sé cuánto tiempo ha pasado cuando escuchamos al sospechoso salir del vestuario, pero ninguna de las dos se mueve. Entonces, sus ojos abandonan los míos y se posan en mis labios. Y lo sé. Sé que ella se siente igual que yo.

Por un momento me olvido de Nerea y de toda la preocupación que apenas me ha dejado vivir en los últimos días, y dejo que mis hormonas tomen el control. Coloco una mano en la nuca de Julia Beltrán y la beso, y ella me devuelve el beso con ansia. Lame, muerde y saborea mis labios, y yo me derrito. Su cuerpo es firme y cálido, sus manos aprietan mi cintura, acercándome más a ella, mientras yo le rodeo los hombros con los brazos, hasta que un golpe seco en la puerta del cubículo nos saca de aquel frenesí.

—¡Fuera, pervertidas! —dice la voz de la chica de la recepción—. Y no volváis por aquí.

De nuevo en la calle, me siento caminando sobre la cuerda floja, más que nunca. Julia no parece alterada, está muy seria y no me mira. Justo en el momento en que estoy a punto de hablar, suena su móvil y responde de inmediato.

—Dime, Rivas… ya…. no, aquí no he conseguido nada… entiendo…. adelántate tú, yo tengo que zanjar un asunto.

Está claro que yo soy el «asunto», y me estremezco al pensar en lo que se me viene encima. Cuelga y, sin mediar palabra, me veo arrastrada al interior de un coche aparcado a un par de calles del gimnasio. Julia me empuja al asiento del copiloto y después ocupa el del conductor. Se toma medio minuto para ordenar sus ideas y luego, habla.

—Ese hombre se llama Omar Rodríguez y es el dueño del coche que recogió a Nerea el lunes por la mañana. Es, además, cliente habitual de OXO —revela—. Tiene antecedentes por acoso sexual y es muy posible que tenga algo que ver con la desaparición de tu amiga, porque tenemos la certeza de que estuvo con ella en el gimnasio. Pero alrededor de las once y media de aquella mañana se marchó. Poco después Nerea desapareció de forma extraña. Dejó todas sus pertenencias en la taquilla: su móvil, su ropa, unas compras que hizo… todo. Algo pasó que la hizo salir del gimnasio apresuradamente, y Omar podría ser la clave. Pero por tu culpa he perdido la oportunidad de encontrar indicios suficientes para detenerlo. ¿Entiendes lo que has hecho?

—Yo…

Lo entiendo. Claro que lo entiendo. Acabo de cagarla a lo grande.

—Hasta ahora lo que sabemos es que Omar recogió a Nerea sobre las diez junto al piso de su ex, luego la trajo al barrio y, al parecer, la acompañó a una tienda cercana. Mi compañero está con el dependiente comprobando si efectivamente fue Omar quien estaba con ella —explica Julia, más para sí misma que para mí. Aunque se lo agradezco, siento que no merezco la información, pero ella continúa—. En el móvil de Nerea consta una llamada sin responder sobre las doce del mediodía, pero el número no está

registrado. Si conseguimos vincular a Omar con ese número, tendríamos algo sólido para detenerlo e investigar dónde estaba

Antes de que pueda hablar, el móvil de Julia vuelve a sonar, esta vez a través del manos libres del coche. A pesar de mi presencia, ella responde.

—Dime, Rivas.

—Confirmada la coartada del dependiente, estuvo toda la mañana en la tienda —dice la voz grave del poli calvo y gruñón—. Ha reconocido a Omar, y acepta testificar. Si el gimnasio ya no es una opción, nos queda el pub.

—Esta noche entonces —responde Julia—. No podemos fallar.

—Organizaré el operativo.

Se despiden y Julia se gira para mirarme. Yo aparto la cara, consciente de que tengo las mejillas surcadas de lágrimas. ¡Joder!

—Ahora llorar no sirve de nada —dice, y tengo ganas de mandarla a la mierda, pero me contengo—. Todavía puedo detener a ese tío, pero esta vez necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —Eso me sorprende.

—Creo que yo no soy su tipo. Es posible que tú sí lo seas —dice, con una sonrisa irónica—. Quieres ayudar, ¿verdad? Pues ven esta noche al OXO y trata de descubrir el número de Omar Rodríguez, o lo que sea que pueda ayudarnos.

No puedo creer lo que estoy escuchando. Por un momento, creo que me está poniendo a prueba, que quiere detenerme por algún delito que ni siquiera conozco para que deje de meter las narices.

—¿Va en serio?

—Solo tenemos una oportunidad, y haré lo que sea necesario —tercia, y me mira con burla—. ¿Qué? ¿Ahora tienes miedo?

Me reta. No sé si está tan loca como para meterme en todo esto o es que está muy desesperada. Y si es lo segundo, significa que el caso ha llegado a un punto crítico.

—Si no conseguimos algo en las próximas horas nos relevarán y le darán el caso al grupo de homicidios.

—¿Qué? Pero no saben si Nerea está muerta.

—Estadísticamente, las desapariciones como la de Nerea que no se resuelven en las primeras 48 o 72 horas pasan a considerarse

delitos violentos, aunque no haya cuerpo.

Lo pienso un instante. No es lo mismo buscar a alguien secuestrado o retenido que buscar un cadáver. En el primer caso, hay que ser cautos, calcular cada paso y evitar llamar la atención para que el malo no se sienta acorralado y mate a la víctima. Pero si deciden que Nerea ya está muerta…

—Está bien, ¿qué tengo que hacer?

CAPÍTULO 16

La observa desde el otro lado de la acera, porque conoce perfectamente el piso. La siguió desde el gimnasio, que está a solo un par de calles, y se fijó en dónde vivía. Es el primero, la galería acristalada del salón da al exterior, y cuando las finas cortinas no están echadas, se puede ver casi todo el interior. La habitación de ella no se puede ver desde la calle, pero se las ingenió para descubrir bastantes datos durante las semanas que la estuvo observando, gracias a la cámara espía que colocó en su bolsa de deporte. Así, poco a poco, descubrió que ella era exactamente lo que buscaba. Perfecta para el papel.

Se había tomado unos días libres para que nadie pueda interceptarlo por casualidad. Sabía que iba a haber policías merodeando por la zona, es lo lógico cuando alguien se marcha sin avisar, sin decir a dónde ha ido. Aunque en ese nuevo destino vaya a estar mejor.

Pero ya se le han acabado las breves vacaciones y debe regresar a la rutina. No le desagrada. Sabe que le irá bien estar separado de ella unas horas al día, darle algo de espacio para que se acostumbre a esa nueva vida y comience a mostrarse como realmente es: amable, cariñosa, complaciente…

Observa un movimiento en el piso que está vigilando. Es la madre. Va de un lado a otro. Habla por teléfono, cuelga y llora. Recibe la visita de una vecina, es breve, se nota que es por compromiso y no por una preocupación real. Así son las personas: interesadas.

Él comprende la angustia de no saber el paradero de una hija, pero no puede evitar pensar en que, si tanto la quería, debería haberla valorado más cuando estaba con ella.

Las madres… Aman a sus hijos más que nadie en el mundo, pero de una manera completamente egoísta. Los aman porque creen que son suyos. Eso no es amor, es posesión. Ellas los crearon, los gestaron, les dieron la vida, y solo por eso se creen con derecho a decidir por ellos, a imponer sus opiniones y su visión del mundo. A cargar sobre los hijos el descomunal peso de las expectativas propias, de los sueños incumplidos, de las metas que no han podido alcanzar por sí mismos. Las madres ven a sus hijos como su segunda oportunidad, y eso es injusto. Por eso él no quiere tener hijos, y ella está de acuerdo. ¿Qué necesidad hay? No se le ocurre una mejor vida que ellos dos solos, juntos, dedicados el uno al otro para siempre, por decisión propia y sin la presión de cumplir los deseos de una familia que no escogieron.

¡Mierda! Ya la echa de menos, y solo han pasado un par de horas desde que la dejó en casa. ¿Qué estará haciendo?

Coge el móvil y mira la cámara de la habitación. Ella está recostada sobre la cama, leyendo una de esas revistas de cotilleo. Desea que el resto de la jornada pase más rápido para volver a su lado y, a regañadientes, abandona su vigilancia y regresa a las tareas que debe cumplir para que su jefe esté a buenas y le permita cogerse más días libres en cuanto sea posible.

CAPÍTULO 17

No es la primera vez que estoy en el OXO, por eso quizá siento una punzada en el pecho al ver que no hay señal alguna de la ausencia de Nerea. Me da rabia que ni siquiera hayan colgado un cartel, como si no les importase nada su desaparición.

Todo sigue igual: la misma música machacona, el ambiente de neón y las luces estroboscópicas. Hay otra chica sirviendo cócteles y un chico en la barra, atendiendo clientes. Es raro… el OXO sin Nerea no tiene ninguna gracia, pero nadie más que yo parece darse cuenta. Siento un acceso de ansiedad, pero me obligo a recomponerme. Estoy ahí con una misión.

Me he puesto un vestido muy ajustado y muy incómodo, y me he maquillado como si fuese una *influencer* de TikTok, como Nerea me enseñó en cuanto tuvimos edad para ir de discotecas. Estoy a tope, pero no es ni medianoche y los tacones ya me están matando.

Al llegar he encontrado a Julia, esperándome junto a la puerta, y me he sentido torpe y pequeña, a la vez que ilusionada. Si no le importase, no estaría ahí, velando por mi seguridad. O eso quiero pensar.

Ella también se ha arreglado y parece una jodida actriz de cine, por lo que no puedo evitar pensar si puede ser cierto que ese tal Omar tenga el mal gusto de preferirme a mí antes que a ella.

—Hola —me ha saludado al verme llegar.

No me ha pasado desapercibida su mirada, que me ha recorrido entera antes de detenerse en mi cara. De inmediato, el beso que hemos compartido esa misma tarde ha asaltado mi memoria, haciéndome estremecer. Solo han pasado unas horas y no hemos hablado nada sobre el tema. Ha sido como un pacto tácito, ambas

hemos decidido fingir que no ha pasado, pero ahora me pregunto si eso es realmente lo que quiero.

—Estás perfecta —ha dicho ella, echando por tierra cualquier comentario no relacionado con lo que estoy a punto de hacer—. Vamos adentro, mis colegas ya están en sus puestos. Han visto entrar al objetivo hace veinte minutos.

Ya en el interior del local, lo localizo junto a la barra.

El objetivo: Omar Rodríguez. El tipo con antecedentes de violencia sexual. El posible secuestrador y quizá asesino de Nerea. El cabrón que ha puesto mi vida patas arriba.

—Estamos vigilando, así que no te preocupes, no te pasará nada —me dice Julia, animándome por si estoy nerviosa. Pero estoy más que decidida. Haré lo que sea por descubrir qué le ha pasado a mi amiga, así que me acerco, con fingida seguridad y me sitúo cerca de él en la barra.

Los hombres no son lo mío, lo sé prácticamente desde la pubertad, pero no es la primera vez que dejo que coqueteen conmigo a cambio de copas gratis. En la época anterior a Marianela incluso experimenté un poco. Nada más allá de besos y manoseo, algo que ahora me da bastante asco, pero siempre he pensado que mejor vivirlo todo a arrepentirse más tarde. Para mí, la vida consiste en un largo camino lleno de baches y desvíos, de vías muertas y obstáculos. Todos cargamos con una mochila de experiencias que pueden hacer ese camino más fácil. Por eso, cuantas más experiencias de todo tipo metas en la mochila, dispondrás de más herramientas para el trayecto. Puede resultar una idea algo simplificada, pero a mí me sirve.

Mientras rememoro alguna de esas desagradables experiencias, intento llamar la atención del camarero. Sé que Omar me está mirando, y espero a que actúe. Debo ser su tipo, como Julia ha vaticinado, porque no tarda mucho en acercarse.

—¿Qué pasa, guapa?

Le sonrío.

—Hola… guapo —digo, haciendo una pausa deliberada mientras lo miro con detenimiento. Es un tipo que se podría considerar atractivo, no lo niego. Pero lo que más odio en este mundo son los

hombres que se creen sexis y que, por eso, creen que pueden tratar a las mujeres como objetos. Reprimo un gesto de repugnancia.

—Te invito a una copa —ofrece, acto seguido—. ¿Qué tomas?

—Un *Sex on the beach* —respondo, sugerente. Su sonrisa es lasciva.

Consigue pedirme la copa y brindamos. Me pregunta mi nombre, le miento, por supuesto, y comienza a hablarme de rutinas de gimnasio, de viajes, de coches… un aburrimiento que finjo encontrar súper interesante.

—Por cierto, ¿me das tu número? —pregunto, sacando el móvil. Con suerte, me seguirá el juego.

—¿Qué prisa tienes? —quiere saber—. ¿Viene a recogerte la carroza, como a Blancanieves?

Me gustaría corregirle: «Es Cenicienta, gilipollas», pero en su lugar me río como una tonta.

El plan A no ha funcionado, y por mucho que odie la perspectiva de ejecutar el plan B, debo hacerlo.

—No tengo toque de queda, pero no me gustaría despertarme y, con las prisas, irme sin tu número.

Él me mira, primero a los ojos, luego a los pechos, estratégicamente enfundados en un escote generoso, y finalmente, a los labios. No tarda ni dos segundos en lanzarse a besarme, pero yo me aparto con delicadeza.

—Aquí no —murmuro en su oído—. No me gusta tener público.

Lo cojo de la mano, que está sudorosa, y lo guío hasta una zona de reservados, más tranquila y, sobre todo, el lugar acordado con la policía.

Se trata de un pasillo oscuro salpicado de mesitas bajas con sofás, separados por ligeras mamparas al estilo japonés. Hay una libre, justo al lado de una pareja que charla y bebe sus combinados. Una mujer rubia y un hombre calvo. La miro de reojo, a Julia, mientras paso, tirando de la mano de Omar. Ella me regala una media sonrisa y siento mis ánimos renovados. ¡Puedo hacerlo!

—Ven aquí —dice Omar, en cuanto nos sentamos, acercándome a su regazo.

Comienza a besarme el cuello y termina con un húmedo y asqueroso beso en los labios. Cierro los ojos e imagino que es otra boca, otras manos… Entonces le quito la chaqueta, donde sé que ha guardado el móvil, y la lanzo al otro extremo del sofá. Ahí, Julia puede alcanzarlo a través del hueco de la mampara.

Distraigo a Omar, guiando su mano hacia mi pecho, y dándole otro beso profundo. No sé cuánto tiempo pasa, seguro que son apenas un par de minutos, pero a mí se me hace eterno. Finalmente, comienza el momento álgido. Una voz a mi espalda grita mi nombre inventado, me doy la vuelta y me hago la sorprendida.

—¿Qué coño haces aquí? —grita Rivas, el policía calvo.

—¡No es lo que parece, cariño! —grito, apartándome de Omar de un salto.

—¿Quién es este? —quiere saber Omar.

—Su novio, hijo de puta —responde Rivas, con expresión de furia absoluta. Casi me lo creo, se le da bien la actuación.

Todo termina siendo un caos de gritos y testosterona que atrae en segundos a la seguridad del local, dos hombres con las dimensiones de dos armarios roperos que expulsan a Omar del pub sin miramientos. En medio de la algarabía, noto la mano de Julia cerrándose en torno a la mía y me arrastra al exterior por la puerta de atrás. No dice nada, simplemente me lleva de la mano varias calles más allá del OXO, hasta una avenida principal del centro de la ciudad.

—¿Cómo estás? —me pregunta, al final.

—Bien —respondo—. No ha sido para tanto.

—Se notaba que le iban más las morenas —dice Julia con una sonrisa—. Como a mí.

Río un poco. Al final me he terminado tomando dos copas, así que estoy algo achispada.

—¿Ya estamos en paz? —pregunto.

—¿En paz?

—No me entrometeré más, lo prometo —digo, y noto que las lágrimas empiezan a quemarme en los ojos. Después de toda la tensión de esa noche, me está dando el bajón—-. Solo quiero que encontréis a Nerea. Por favor, Julia.

Ella me mira otra vez con esa extraña ternura, y de pronto hace algo inesperado: me abraza. Es un abrazo estrecho, puedo notar todo su cuerpo pegado al mío. Es cálido y confortable, y huele de maravilla.

—Haré todo lo que pueda, Rebeca —me asegura.

—Gracias.

Tras un minuto, se separa y me coloca un mechón de pelo, un gesto íntimo que lanza chispas a todas mis terminaciones nerviosas.

—¿Sabes que me has sorprendido ahí dentro? Eres buena, una periodista de raza.

Me río de nuevo, con los ojos húmedos.

—Quería impresionarte.

—Pues lo has hecho —confiesa—. Eres muy valiente.

Me muerdo la lengua para no sacar el tema del beso. Me pongo nerviosa y ella lo nota.

—Siento si te he confundido esta tarde, en el gimnasio —dice—. Me gustas y me he dejado llevar… pero no es el momento de…

Sé que va a rechazarme. A decirme que soy estupenda pero que no está disponible emocionalmente, que no tiene tiempo, que no es el momento adecuado, o cualquiera de las múltiples excusas baratas que me han dado todas y cada una de las mujeres que me han interesado en los últimos años. Pero esta vez, al menos sé que es cierto. Nerea ha desaparecido, y no es lo adecuado liarme con la policía que la está buscando. Me consuela y también me apena, porque creo que es una despedida.

—Ya, ya… —interrumpo, algo frustrada—. Tranquila, no pasa nada. Lo comprendo.

—¿Quieres que te acompañe a casa?

—No, cogeré un taxi.

—Necesitamos que vengas a comisaría a firmar tu declaración como colaboradora del operativo. ¿Puedes mañana?

—Sí, claro.

—Gracias, Rebeca.

Me gusta cómo dice mi nombre. Le sonrío por última vez, y me doy la vuelta para detener a un taxi con la luz verde que acaba de girar en nuestra dirección.

CAPÍTULO 18

La luz del sol le anuncia que comienza un nuevo día. Viernes otra vez, como siempre.

Todavía no comprende del todo cómo es capaz de dormir en esa situación, siempre ha tenido problemas de insomnio, pero supone que el agotamiento físico y mental que le causa ese infierno al menos le proporciona la oportunidad de descansar de noche.

Se despereza y se acerca a la ventana, como cada día. Es algo que la consuela y la tortura a partes iguales. La incertidumbre y la frustración la consumen, pero poder ver el cielo, el campo, le proporciona una agradable sensación de alivio. La claustrofobia se calma y la sensación de encierro se siente menos pesada.

La idea de libertad empieza a convertirse en su cabeza en una quimera, en algo casi divino. Inalcanzable. Como un animal en un zoo, resignado a vivir tras los barrotes de una jaula, olvidando poco a poco el lugar de donde viene, hasta dudar de si realmente existió alguna vez.

Dudar es, quizá, lo que hace que no se vuelva loca. Pensar que tal vez no es tan malo estar ahí. Si se convence de ello, sufrirá menos.

Ese día hace viento, lo nota en las copas de los árboles, bailando al son de una melodía que su oído no puede escuchar. Pero, si cierra los ojos, casi puede sentirlo. El viento.

Se pregunta si su madre seguirá buscándola. Hace ya más o menos una semana desde que despertó por primera vez en esa habitación. Es demasiado tiempo y, a la vez, demasiado poco. ¿Y si se ha dado por vencida?

No hay nada que vincule a su secuestrador con ella, solo hacía unos días que iba a ese gimnasio y nunca habló a nadie, ni siquiera

a sus amigas, del chico que le coqueteaba entre sesiones de entrenamiento. Ni siquiera sabía su nombre ni tenía su número de teléfono, así que es posible que nunca sospechen de él. Le da rabia. Se pregunta si ese loco habrá hecho algo así más veces, o si ella es la primera. Está claro que a su ex, la chica de los vídeos, sí la tenía emocionalmente anulada.

Abuso narcisista, cree que se llama así. Lo de manipular a la gente, hacerle luz de gas y maltratarla psicológicamente hasta que se rompe. Lo vio en uno de esos documentales de *true crime*.

Eso intenta hacer con ella también.

Siente un acceso de llanto, pero lo contiene. Se vuelve y se observa un instante en el espejo. Ha perdido peso y está demacrada, se le marcan los pómulos y las ojeras parecen maquillaje emborronado.

Sabe que pronto él aparecerá, así que se viste con un conjunto deportivo y lo espera. Comienza la rutina diaria: primero, ejercicio con la Wii y luego la ducha. Por suerte, él no ha vuelto a meterse con ella, y lo agradece, aunque una parte de ella teme que en cualquier momento ese dique de contención se rompa y sea mucho peor. Mejor no pensar en eso…

Después de la ducha, el desayuno. Al principio se lo daba en la habitación, pero hace un par de días que le permite comer con él en la cocina, en la amplia mesa de madera. Así ha podido ver con detenimiento la estancia y, a través de las ventanas, el exterior de la casa. Están en un segundo piso y la pequeña terraza por donde se asomó en aquella ocasión da a una carretera rural, transitada por bastantes vehículos, pero muy pocos viandantes. Pedir ayuda desde ahí había sido un riesgo enorme, ahora lo sabía. Sin embargo, durante esos desayunos había descubierto dónde dejaba él las llaves, seguramente las que abrían la puerta de entrada. Estaban en un cuenco de porcelana, junto al microondas. Tenía que estar atenta ante la más mínima oportunidad de hacerse con ellas para escapar. Una posibilidad pasaba por encontrar la manera de abrir la puerta de la habitación en los ratos que él no estaba en casa. Otra, la más arriesgada, sería aprovechar cualquier despiste de su captor en el tiempo que ella estaba fuera de la habitación. ¿Se atrevería a

intentarlo, llegado el momento? No estaba segura. No confiaba siquiera en sí misma.

Tras el desayuno, él volvía a encerrarla en la habitación donde permanecía unas ocho horas. Hasta ese momento no se había preguntado dónde iba él en ese tiempo, pero supuso que iba a trabajar. Estaba claro que vivía solo en esa casa tan grande y de algún sitio tenía que sacar dinero. Se preguntaba qué tipo de profesión tendría. No lo veía en una oficina, nada sedentario ni sesudo; pero tampoco lo imaginaba en una tienda o cuidando de otros con cariño y empatía.

En cualquier caso, durante esas horas sola, comenzó a acostumbrarse, y llegó el aburrimiento. Podía ver la televisión, aunque no estaba conectada a ninguna antena ni tenía internet, así que solo podía poner DVD de películas que no le gustaban. Comenzó a pedirle cosas para matar el tiempo, como revistas, un reproductor de música y un cuaderno con lápices para dibujar. Terminó escribiendo cartas secretas, casi todas a su madre. Alguna también a su ex.

Su ex. Su primer amor. Estuvieron juntos varios años y creía que romper había sido una buena idea. No eran compatibles, no le gustaban muchas de sus actitudes, pero ahora, comparándolo con el psicópata que la ha secuestrado, le parece un príncipe azul. Lo escribe en las cartas, luego las dobla hasta que quedan muy pequeñas y las esconde en las costuras de la ropa, o bajo la plantilla de las deportivas. Donde él no pueda encontrarlas.

Se siente mejor sabiendo que ha dejado por escrito sus pensamientos, por si nunca más puede volver a expresarlos libremente. Le hace sentir persona, y no algo que ha quedado reducido a la mínima expresión, que solo asiente y sonríe, que teme moverse, hablar o incluso respirar. En eso la ha convertido. Y lo odia. Lo odia.

Esa noche ven una película de acción. Es una de Liam Neeson titulada *Venganza*. Es vieja, pero ella no la conocía. Por eso, al ver de qué trata, siente un acceso casi irreprimible de rabia que amenaza con desestabilizar la máscara de sumisión que ha construido durante días. Pero es superior a ella. Su captor, sentado a

su lado, jalea al protagonista, que trata de salvar a su hija de un secuestro. Está de su lado en la ficción, pero es incapaz de ver que, en la realidad, él es el malo. ¿Cómo es posible?

Ella consigue terminar de ver la película sin perder los nervios, pero cuando él le pregunta si le ha gustado, no puede evitarlo. Responde con ira y un desprecio palpable.

—Ha sido horrible. No entiendo cómo has pensado que me gustaría.

Por un momento, la expresión en la cara de su captor se torna peligrosa, pero ella no reacciona. Siente tanta rabia que el enfado que ha provocado en él le resulta indiferente, no, incluso le gusta. Ella también está enfadada, mucho, y él no puede arrebatarle eso también. Es su emoción, es suya y es legítima. No le dejará quitársela.

Finalmente, él claudica.

—Cómo te pones, es solo una peli —comenta, contrariado—. La próxima puedes elegirla tú, pero no pongas una de esas pastelosas tipo *El diario de Noah*, por favor.

Dicho esto, se levanta de la cama, le da un breve beso en la frente y abandona la habitación. Y por primera vez en lo que parece una vida entera, ella siente que ha ganado. Es una victoria pequeña, casi insignificante, pero para ella es un mundo.

CAPÍTULO 19

Conversación por WhatsApp.
Lunes, 16 de junio a las 11:20.

Miriam: Rebe, ¿has visto lo que dicen en la tele del caso de Nerea?
Rebe: ¿En la tele?
Miriam: Mira, te paso el enlace htttp://www.veronline/mañanasaldia/lunes170625
Miriam: ¿Es verdad que han detenido a un violador? Dicen que iban al mismo gimnasio y que sospechan que la tiene retenida o que la ha matado.
Miriam: ¿De verdad Nerea está muerta?
Rebe: No, Nerea está viva.
Rebe: Y no te creas todo lo que dicen estos programas. Sé de lo que hablo.

—

Me apresuro a abrir el enlace, es un corte de un programa de esa misma mañana, de la sección de sucesos, emitida hace poco más de una hora. *Mañanas al día* es un magazine muy similar al que hacemos en mi trabajo, en otra cadena privada. Es uno de esos programas de actualidad asustaviejas en el que tertulianos y pseudo expertos se pasan horas hablando de temas aparentemente catastróficos o determinantes, pero que no lo son tanto, como la ocupación de viviendas, los carteristas en zonas turísticas o el aumento de precio en la lista de la compra. No estoy orgullosa de trabajar en telebasura, pero es el primer paso que me llevará a los informativos.

Así pues, en la sección de sucesos, la presentadora ha hablado del caso, explicando, sobre un rótulo en el que se lee: «¿Dónde está Nerea Vega?», que la policía lleva una semana buscando a una joven

desaparecida y que el principal sospechoso es un hombre con antecedentes de violación que acaba de ser liberado por falta de pruebas. En el fragmento que Miriam ha compartido hablan del crimen que consta en los antecedentes penales de Omar Rodríguez y que en nada se parece a lo sucedido con Nerea. Aun así, la mitad de los contertulios está convencida de que él sabe algo y que la policía es una incompetente por no descubrirlo, mientras que la otra mitad asume que, sea como sea, Nerea está muerta y, si no ha sido Omar, habrá sido otro tipo muy parecido.

Se me revuelve el estómago.

—Ese tipo lo hizo una vez y ha podido volver a hacerlo. Sabemos que los criminales van a peor, simplemente esta vez se le ha ido la mano —propone una mujer con pelo rubio cardado y mucho maquillaje—. Recordemos que fue condenado por violar a una chica usando drogas durante la Nochevieja de hace cuatro años. La condena fue casi anecdótica y claro, si no hay castigo, no hay arrepentimiento.

—A mí, perdonadme, pero no veo las similitudes. Uno fue una agresión en un contexto nocturno, de fiesta, y con alcohol de por medio. Esto es un secuestro planificado en el mejor de los casos, y un asesinato en el peor —responde un hombre con bigote.

—Es posible, pero entonces, ¿el vínculo de este hombre con la víctima, es casual?

—Puede ser, o no. Solo digo que la policía debería seguir buscando. Algo no encaja.

El corte termina y yo no puedo evitar pensar como el hombre del bigote. Omar Rodríguez no encaja. No, si creo que Nerea sigue viva. Y, como le he dicho a Miriam, lo creo. Quiero creerlo.

Marco entonces el número de Blanca, preocupada por si está viendo ese estúpido programa. Contesta al cuarto tono.

—Hola, cariño.

Su voz suena cansada, apenas un murmullo apenado.

—Blanca, ¿cómo estás?

—Te puedes imaginar. Esperando noticias.

—Oye, ¿qué te han dicho sobre la detención de ese tío, el del gimnasio?

—Nada, que no han conseguido que les diga nada útil —responde —. No me han llamado en todo el fin de semana.

—Dime que no se están conformando, que les estás insistiendo.

No quiero ser dura con una madre destrozada, pero la policía solo la escuchará a ella.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te han dicho si van a seguir investigando? No pueden colgarle el muerto al primer sospechoso, sin más.

Me arrepiento al instante de la expresión que he usado, pero Blanca no parece darse cuenta.

—Sí, claro que siguen investigando. La están buscando por todas partes.

—Ya, pero no me refiero solo a que busquen a Nerea, sino a que busquen al hijo de puta que le ha hecho esto.

Un sollozo al otro lado de la línea me hace saber que me he pasado un poco.

—Mira, yo solo quiero que encuentren a mi niña y poder despedirme de ella en paz —gime Blanca, rota—. Tú eres su amiga, ¿no quieres que esto termine ya?

Comprendo entonces que Blanca ha perdido la esperanza y cree que Nerea no va a volver viva a casa. Ya tiene a alguien a quien culpar: Rodríguez. Y si ella lo cree, es que la policía no le ha dado ninguna esperanza de lo contrario.

—Blanca, Nerea no está muerta —repito, como si de un mantra se tratase.

El llanto de su madre ocupa la línea durante un largo minuto.

—Ha pasado… una semana, Rebeca. Pre… prefiero pensar que mi hija no está sufriendo, que ya se ha ido… ¿Puedes entenderlo?

Quiero decirle que eso es negación, que es egoísta pensar lo mejor para sí misma, solo para sentir consuelo, en lugar de seguir buscando la verdad. Si Nerea está ahí fuera, en algún lugar, pasándolo mal, lo que querría es que sus seres queridos siguieran luchando para encontrarla, para salvarla. No puedo ni imaginar el dolor que sentiría si la diera por perdida y después descubriera que me estuvo esperando. No podría vivir con ese peso en la conciencia. Pero escuchar la desesperación de Blanca me hace pensar por un

instante desde el otro extremo, desde su posición. Blanca perdió a su marido de manera trágica, y tampoco tiene más familia en la que apoyarse. Es una mujer sencilla, frágil, que pasó los primeros años de su viudedad tomando antidepresivos como gominolas. Probablemente haya vuelto a tomarlos. Esconderse de la realidad es la única forma que conoce de afrontar lo que está sucediendo. Hundirse es lo único que es capaz de hacer. No puedo juzgarla.

—Déjame hablar con la policía en tu nombre —le pido—. Yo quiero seguir buscando al que le ha hecho esto, incluso aunque Nerea ya no vaya a volver.

Durante unos instantes solo escucho gemidos y balbuceos.

—Por favor, Blanca —presiono.

—Va… vale. Hablaré con el inspector Vallejo.

¿Cómo? ¿Quién es ese? Estoy a punto de preguntar cuando escucho el tono de la línea cortada. Ha colgado.

Decido entonces llamar a Julia Beltrán. Después de firmar mi declaración, el viernes por la mañana, no he vuelto a hablar con ella. Necesito saber qué ha pasado.

—¿Rebeca? —Parece sorprendida al descolgar.

—¿Podemos vernos? —pregunto directamente—. Solo serán unos minutos.

Accede más rápido de lo que esperaba y, en menos de media hora, me recibe en su despacho, en comisaría. No tarda nada en darme motu proprio la noticia: la han apartado del caso de Nerea.

—Como te dije, ha pasado a homicidios.

—Pero, ¿y si Omar Rodríguez no es culpable?

—No lo es —confirma, con fría calma—. Se han retirado los cargos. Su número no coincide con el de la llamada al móvil de Nerea, además, tiene una coartada sólida. Hemos comprobado en sus redes sociales que salió del gimnasio una hora antes que ella, estaba haciendo un directo en Instagram, y después quedó con amigos que le han dado la coartada. Omar la conocía, la recogió en su coche, la acompañó a comprar un cosmético y fueron juntos a entrenar. Estuvieron unos cuarenta minutos y él se marchó. Eso es todo.

Medito sus palabras durante un instante.

—Vale, pero… si lo saben, ¿por qué permiten que la prensa haga creer a todo el mundo que él es el culpable y que Nerea está muerta?

—No lo sé, te digo que me han apartado del caso —replica, con dureza. Comprendo que he tenido poco tacto. Para ella debe ser frustrante verse obligada a dejar la investigación a medias, a asumir el fracaso.

—Lo siento —musito. Ella suspira.

—Pero si tuviera que apostar, diría que es la estrategia de Vallejo, el inspector de homicidios —añade—. Quieren que el secuestrador se confíe, que crea que ya no le buscan. Solo así podrá cometer un error. Aunque…

—¿Aunque, qué?

—Estoy segura de que Vallejo y su equipo trabajan con la hipótesis de que Nerea ya está muerta y que solo deben recuperar el cadáver y encerrar al culpable. No es un rescate.

Me cabrea escuchar eso, tanto que tengo que reprimirme para no golpear la papelera que hay a mis pies.

—¡Que no, joder! Que Nerea no está muerta. Si lo estuviera yo… yo lo sabría. Estoy segura de que lo sentiría.

Julia me mira con curiosidad.

—¿Estás enamorada de ella? —pregunta de repente, como si hubiera tenido una epifanía.

—¡No! —respondo al instante.

Parece no creerme, así que intento buscar las palabras para explicarle algo tan raro e incomprensible como lo que nos une a Nerea y a mí.

—Yo no creo en el amor romántico —confieso—. Mi primera y única pareja me destrozó la vida y la autoestima, tanto que llegué a creer que nadie podría amarme nunca. Mi familia me repudió, nadie me ha ayudado nunca de corazón… solo Nerea. Ella ha estado conmigo en mis peores momentos, y yo con ella. Es mi familia, aunque no sea de sangre.

Mantengo una pausa antes de decir algo más. Julia se mantiene expectante.

—Cuando mi ex me abandonó no tenía trabajo, ni dinero, ni salud mental. Lo último que quería era volver a vivir en la calle, volver a sentirme como basura. Quise matarme, pero Nerea me salvó. Ella sintió que estaba en peligro, y apareció para evitarlo. Por eso yo sé que, si ahora ella estuviera en esa situación, yo lo sabría.

Julia suspira de nuevo. Me mira fijo un buen rato, analizándome.

—Está bien, voy a confiar en eso —concluye.

Noto una lágrima resbalar por mi mejilla y la seco rápido. Carraspeo, el ambiente está demasiado tenso y estoy incómoda.

—Ya no llevas el caso, pero, ¿hay algo que podamos hacer?

Julia niega con la cabeza.

—Estoy obligada a decirte que no. Pero, si quieres intentar hablar con personas del gimnasio de Nerea, especialmente con una chica pelirroja con tatuajes, no seré yo quien te detenga —dice, con una media sonrisa.

Siento una esperanza brotar en mi pecho. La miro a los ojos, esos ojos castaños que comenzaron mirándome con frialdad y que ahora resultan tan cálidos.

—Gracias, Julia.

—Tu lealtad es muy rara de ver, Rebeca. Ojalá yo tuviera a alguien como tú en mi vida.

No sé qué responder a eso, de modo que mantengo el silencio.

—Te acompaño a la salida —señala ella.

Juntas, calladas, caminamos hacia el vestíbulo del edificio mientras me devano los sesos tratando de encontrar algo que decir, un modo de despedirnos sin parecer ni ansiosa ni desinteresada. Un término medio.

Justo cuando lo encuentro, una figura se interpone entre nosotras.

—¿Es usted la inspectora Beltrán? —pregunta una mujer de mediana edad con aspecto desaliñado—. ¿Lleva el caso ese de la chica desaparecida?

—Sí, soy yo; pero ya no llevo el caso.

—Perdone que la moleste, pero tal vez pueda revisar el caso de mi hija, es parecido, quizá haya sido el mismo criminal.

—Señora, lo siento, pero…

—Por favor, llevo ya mucho tiempo esperando.

La mujer llora y veo a Julia conmoverse. Le palmea el hombro.

—Espéreme aquí un momento, enseguida estoy con usted.

La mujer asiente y se aparta. Julia se vuelve hacia mí para despedirse, y entonces noto su agotamiento. A pesar de la profesionalidad, de la firmeza que trata de mostrar, lo siente. Se implica en sus casos. Sufre y sangra con ellos.

—Ya es la tercera hoy —comenta—. Te sorprendería la cantidad de desapariciones sin resolver que hay en una ciudad como esta. Y cada vez que una se hace mediática, aparecen los familiares de otras, pidiendo que se revisen sus casos. Es lo de siempre, lo más difícil de soportar es no saber.

Asiento, de acuerdo con ella. La incertidumbre es la peor tortura.

—Bueno, cuídate, Rebeca.

Está a punto de darse la vuelta cuando extiendo el brazo y le agarro de la manga de su camisa.

—Puedes tenerme en tu vida, si quieres —digo. Y no parezco ansiosa ni desinteresada, sino estúpida.

—¿Cómo?

—Ya no llevas el caso de Nerea, y has dicho que te gustaría tener cerca a alguien como yo. Solo quiero que sepas que, si me llamas, estaré encantada de responder.

Me mira y sonríe, y yo seguro que estoy roja como un tomate. Pero quien no arriesga, no gana.

—Entendido.

Me doy por satisfecha con su respuesta y me voy, con una mezcla extraña de emociones contenidas: decepción, frustración y angustia por Nerea y el devenir de la investigación que ahora está a cargo de homicidios. Pero también expectación y cierto optimismo, porque por fin tengo un sitio al que dirigirme y una certeza: que Omar Rodríguez no es el culpable.

CAPÍTULO 20

La cena de la noche anterior fue comida china. La detesta. Pero, mientras engullía los fideos tratando de no saborearlos demasiado, al tiempo que fingía escuchar con interés la verborrea de su captor, que parecía haber tenido un buen día, se le ocurrió un plan.

Ha tenido que esperar a que él se marchara a trabajar, pero, en cuanto nota que la casa está vacía, saca de la pernera del pantalón el palillo de madera que escondió, y se acerca a la puerta.

El ángulo de la cámara no enfoca a la puerta y sabe que él no podrá ver lo que está haciendo. Pero si se queda ahí mucho tiempo, sospechará, así que de vez en cuando se arrima a la puerta y trata de manipular la cerradura desde dentro con el palillo.

Es una casa vieja. Los bombines de las cerraduras son antiguos y la llave que él usa es una gruesa, por eso pensó que tal vez llegaría con el palillo al mecanismo interno para poder activarlo. Pero, tras más de una decena de intentos, y habiendo roto el palillo en varios trozos, se da por vencida.

Quiere llorar, pero mantiene su promesa de no hacerlo; en lugar de eso, saca papel y boli y escribe una carta. Una especial, una para él.

A través de la tinta exorciza de su corazón toda la rabia que siente. Se libera como puede, porque sabe que él no la leerá, ella no lo permitirá, aunque fantasea con que lo haga, con poder decirle lo mucho que lo odia, con dejarle claro que, aunque ese encierro dure mil años él no conseguirá su objetivo. Ella no va a olvidar quién es. Nunca será lo que él quiere.

Después de escribirla, dobla la carta hasta que es tan fina como el boli y la esconde dentro del marco de la ventana, donde sabe que la mecánica lente de la cámara tampoco alcanza.

En ese momento, escucha el sonido de la puerta principal y pasos. Él ha vuelto.

No se mueve de la ventana y espera, mirando las luces del atardecer apagándose sobre la autopista.

—Hola, cariño —la saluda en cuanto abre la dichosa puerta.

Lo siente abrazándola por detrás y dándole un beso en la coronilla. Reprime las ganas de sacudirse para quitárselo de encima y, en lugar de eso, compone una sonrisa y lo mira.

—¿Has tenido un buen día?

—He ido a nuestro antiguo piso y he traído cosas. ¿Me ayudas a revisarlas?

Ella se vuelve y ve que ha dejado una voluminosa caja de cartón sobre la alfombra.

—¿Nuestro antiguo piso?

—Sí, ya sabes —La expresión de ella sigue llena de confusión—. No te acuerdas, pero estábamos en plena mudanza cuando tuviste el accidente. Lo he dejado todo en pausa hasta tu recuperación, y he pensado que traer tus cosas puede ayudar.

Lo entiende. Él ha inventado una razón por la que ella no recuerda nada y, aun así, hacer que todo encaje en su fantasía. El «accidente», como él lo llama, afectó a su memoria. Es la chica de los vídeos, solo que no se acuerda. ¡Qué apropiado! Casi siente ganas de reír.

Él abre la caja y le tiende un marco de fotos con una imagen de ellos en algún sitio turístico de playa.

—¿Recuerdas ese viaje? —dice, alegre—. Llevábamos solo unos meses saliendo. Te picó un pez araña y pasamos la noche en el hospital… no hubo sexo, claro.

Ella se estremece. Es la primera vez desde aquella primera ducha en la que hace alusión a la intimidad entre ellos. Sabía que tarde o temprano tendría que afrontar ese tema, lleva días haciéndose a la idea de que la paciencia de su captor se agotará más pronto que tarde, y sabe lo que tiene que hacer. Debe sobrevivir para poder escapar. Muerta nunca volverá a casa. Él la enterrará en algún punto de aquel inmenso campo que puede ver a través de la ventana, y su familia nunca sabrá qué le sucedió. Eso no puede permitirlo.

Compone una expresión divertida y responde.

—Sí, claro que me acuerdo. ¡Fue horrible!

Se acerca a la caja y empieza a revisar su contenido. Muchas fotos, peluches, bisutería barata, ropa… y entonces coge una carpeta llena de folios impresos con lo que parecen capturas de pantalla de chats.

—¿Qué es esto?

—¡Ah! Son los primeros mensajes que compartimos en cuanto me diste tu número.

—De… de esto no me acuerdo —dice, intrigada—. ¿Me lo puedo quedar para leerlo?

—Claro, nena.

Pasa un minuto. Él saca objeto tras objeto de la caja y lo va colocando en la habitación: un frasco de perfume sobre la cómoda, un cojín estampado en la cama, marcos de fotos en la mesita de noche…

Entonces, de pronto, da un respingo que la sobresalta.

—¡Mierda! Se me ha olvidado que hoy tenía que ir a visitar a mi madre —dice—. Se lo prometí. Tardo menos de una hora, ¿vale?

Ella asiente, confundida. Pero antes de que él salga, cerrando con llave tras de sí, se atreve a hacerle una pregunta.

—Oye, ¿sabes cómo está mi madre?

Él no la mira. Parece tenso y, por un instante, ella cree que no va a contestar.

—La vi por casualidad el otro día. Sigue en contra de lo nuestro, así que no hay cambios. Pero parecía estar bien de salud… si eso te consuela.

Ella baja la mirada para que él no vea la humedad en sus ojos. Respira hondo y responde.

—Sí, me consuela. Gracias.

CAPÍTULO 21

Conversación por WhatsApp.
Lunes, 16 de junio a las 19:03.

Jessi: ¿Habéis visto lo que dicen en TikTok de Nerea?
Miriam: Sí, ¡qué fuerte!
Miriam: ¿La policía no puede hacer nada para pararlo?
Rebe: ¿Qué es?
Jessi: tiktok.com/@loquescondenlmc/video7856654195274
Jessi: Este tío dice que han visto a Nerea en una fiesta en Ibiza. Que hay pruebas de que se ha ido con un *Sugar Daddy* millonario.
Miriam: ¿De verdad? ¿Y Iván?
Jessi: Pero si rompió con él hace un mes o así…
Miriam: ¡Flipo! ¿Y si rompió con él por irse con un viejo con dinero?
Rebe: De verdad… sois lo peor. ¿Y os llamáis sus amigas? Si de verdad conocéis a Nerea estas cosas os cabrearían, pero como ya no se os ve el pelo, os lo creéis todo.
Jessi: ¿Qué dices tú ahora?
Rebe: Pues eso, que hace mil que no quedamos, que estáis muy ocupadas con vuestras vidas y no movéis el culo ni aunque vuestra amiga desaparezca. Y lo único que hacéis es cotillear por redes y mandar mensajes, pero preocupación real, cero. ¡Pedazo de zorras!
Miriam: ¿Quién eres tú para decir si estamos preocupadas?
Jessi: ¡Eso! ¿Te crees que por ser la sombra de Nerea eres más importante o mejor amiga?
Rebe: Que os jodan… Cuando Nerea vuelva, no se os ocurra llamarnos.

Rebe salió del grupo

Miriam: Pero, ¿y esta? Se le ha ido…

Jessi: Déjala, siempre nos ha tenido envidia. Se nota mil.
Miriam: Yo es que alucino, ¿de qué va?
Jessi: Ya te lo he dicho alguna vez, yo creo que le gusta Nerea y por eso no nos traga. Desde el instituto que estamos así. Y ahora que Nerea no está, la paga con nosotras.
Miriam: ¿De verdad crees que se ha ido voluntariamente?
Jessi: Mira, no sé… Pero Nerea siempre ha sido un poco putón. No es tan raro desaparecer con un tío que te va a pagar todos tus caprichos, ¿no?

—

La recepcionista del gimnasio vuelve a mirarme con recelo, pero no me importa. Estoy aquí con una misión y, aunque me lleva más de dos horas, por fin localizo a una chica pelirroja con tatuajes a punto de entrar al local.

—Eh, oye, espera.

Lleva auriculares inalámbricos y se los quita, sobresaltada, al verme llegar.

—Perdona, puede que te parezca rara la pregunta, pero, ¿la policía habló contigo sobre una chica desaparecida?

—¿Qué? —pregunta, visiblemente incómoda—. ¿Quién eres?

—Por favor, ¿puedo hablar contigo un minuto?

—Oye, ¿te está molestando? —pregunta en voz alta la recepcionista a la pelirroja.

Ella me mira, con una mezcla de confusión y sorpresa. Por suerte mi expresión debe ser lo bastante desesperada como para causarle compasión. Consigo arrastrarla hasta la calle, hasta el portal de al lado, y sé que no tengo mucho tiempo. Su paciencia tiene límite.

—Me he enterado de que la policía habló contigo y que les diste una buena pista, ¿podrías decirme qué fue lo que les dijiste?

Ella frunce el ceño.

—¿Por qué te lo diría?

—Es una historia larga —respondo, pero siento que ella no cederá si no le doy una buena razón, así que, tratando de ser clara a la vez que breve, le explico quién soy y por qué necesito esa información.

—Pero, a ver, ¿por qué no dejas que la poli haga su trabajo?

—¡Es que ellos no creen que siga viva!

Lo veo, veo en su expresión que ella tampoco lo cree. Me mira con pena.

—Mira, lo entiendo. Tiene que ser super duro, no quiero ni imaginar lo mal que lo estarás pasando, pero es que no sé si debo…

—Por favor, te pagaré, haré lo que sea.

Ella suspira, se nota lo incómoda que está y sé que he entrado en el tiempo de descuento.

—Mira, sé que mi amiga puede estar muerta, pero no puedo vivir tranquila si no intento encontrarla. Su madre está hundida, solo quedo yo.

—Vale, vale —cede finalmente—. Les conté que la vi en el vestuario, ella acababa de entrar y yo salía de la ducha. Entró rápido porque sabía que la estaban llamando al móvil, creo que llevaba uno de esos relojes inteligentes. Respondió a la llamada y dijo algo así como que iba enseguida, que la esperase un minuto porque estaba cerca. Me llamó la atención porque salió corriendo sin cerrar la taquilla con el candado. Me pareció raro, había dejado el móvil dentro y todo…

De pronto, rompo a llorar. Nerea siempre es caótica y despistada. Dejarse la taquilla abierta es propio de ella. También lloro porque lo que la chica pelirroja me cuenta no es nada revelador ni nuevo. La policía ya investigó esa llamada.

—Lo siento, no puedo decirte más —añade, y me da una palmada en el hombro—. Espero que la encuentren pronto. Adiós.

Se va rápido, seguramente dispuesta a evitar por todos los medios que vuelva a intentar retenerla, pero no podría, aunque quisiera. Un desánimo terrible se apodera de mí, me consume. No tengo nada. Nada. No tengo información, no tengo amigas, no tengo apoyos…

Y, de pronto, algo destaca en mi mente, una idea que brilla como un faro en medio de un mar nocturno, oscuro e insondable. El smartwatch.

El reloj inteligente de Nerea fue un regalo mío. Es un Fitbit y, aunque no es el último modelo, recuerdo perfectamente que incluía GPS. Además, yo le ayudé a configurar la cuenta.

Cojo rápido mi móvil y descargo la aplicación. Entro en su cuenta sin problemas. Conozco sus contraseñas para todo y solo he tenido que probar un par de veces hasta encontrar la adecuada. En un primer vistazo, siento que me da un vuelco el estómago. Los datos marcan cero en todo: cero pasos, cero actividad, cero latidos por minuto…

Retrocedo una semana en el calendario de la app y comienzo a ver los últimos datos captados por el aparato. Se ve perfectamente reflejada la última sesión de ejercicio que finalizó el lunes 9 de junio a las 12:10. Accedo a los datos del GPS y trazo su último trayecto que finaliza en… No puede ser.

Salgo corriendo del portal y no paro hasta llegar al punto exacto donde se detuvo el GPS de Nerea ese lunes a mediodía. Es una calle estrecha de un solo carril a tan solo unos metros de su casa y, por tanto, del gimnasio. Una calle donde apenas hay locales comerciales, ni portales de viviendas. Es una calle corta, de apenas veinte metros de largo. La recorro de arriba abajo, buscando algo que llame la atención y, entonces, en el hueco de un árbol ornamental, medio enterrado en el barro, encuentro el reloj de mi amiga.

Ahí desapareció. Fue a ese insólito punto al que se dirigía tras recibir aquella misteriosa llamada.

—Disculpe, señorita —dice entonces una voz a mi espalda—. ¿Dónde ha encontrado eso?

Es un policía uniformado que acaba de salir de un coche detenido a la vuelta de la esquina.

—Eh, estaba aquí. ¿Por qué?

—Por favor, suéltelo. Es la prueba de una investigación en curso.

—¿La han encontrado? —pregunto, esperanzada.

—¿Cómo?

Un hombre aparece detrás del policía entonces. No lleva uniforme, pero está claro que también es un agente de la ley.

—Tú debes ser Rebeca Vilanova, la audaz amiga —adivina. Luego me tiende la mano—. Soy el inspector Vallejo, estoy a cargo del caso de Nerea. Beltrán me ha hablado de ti.

CAPÍTULO 22

El ambiente está tan cargado que parece que cada palabra tiene que abrirse paso a cuchillo, siempre es así en la casa de sus padres. Él come en silencio, tratando de no responder a las provocaciones de sus progenitores, mientras piensa en acabar pronto esa velada para volver con ella.

—Diego acaba de recibir un ascenso, ya hacía tiempo que se lo merecía —comenta su padre, que acaba de llenar su segunda copa de tinto—. ¿No has pensado en volver a la consultoría, hijo?

Otra vez lo mismo. Si no es sobre su hermano y la vida estupenda que lleva, la conversación gira en torno a su trabajo, sin dejar de demostrar lo decepcionados que están por las decisiones laborales que ha tomado en los últimos años.

—No —responde solamente.

—Creo que deberías reconsiderarlo —insiste su padre—. Lo que haces ahora es insignificante, y además, mal pagado.

—Estoy bien —insiste él.

—Si decides volver, puedo hablar con Fabián, te puede ofrecer un puesto en su consultoría.

No responde, se lleva un trozo de carne a la boca y lo mastica. El silencio reina en la mesa durante unos minutos.

—Dijiste que tenías novia, ¿no?

Él hace un ruidito de asentimiento.

—Pues a ver cuándo nos la presentas. Ya hace años de…

—Lo que tu padre quiere decir —interrumpe su madre—, es que nos alegramos de que hayas encontrado a alguien y tenemos ganas de conocerla.

—Aún es pronto —dice él.

—Bueno, tienes ya ¿qué? Treinta y tantos.

—Treinta y dos, Arturo —señala su madre.

—La cuestión es que es hora ya de que sientes la cabeza. Diego ya tiene dos hijos, y solo os lleváis un año.

Comienza a sentir la ira burbujeando en sus venas. Está harto de que lo comparen con el Don Perfecto de su hermano, que siempre tuvo suerte en todo. Conoció a una mujer que lo adora cuando apenas tenía veinte años, no ha tenido que pasar por lo que él pasó.

—Arturo —le advierte su madre.

—Pero bueno, ¿es que digo alguna mentira? —insiste el patriarca, a quien el vino parece estar subiéndosele a la cabeza—. A veces, simplemente hay que tomar la vida por los cuernos, hijo.

Él cuenta hasta diez. Es lo que le enseñó aquel psicólogo al que fue durante un tiempo después de lo de… Bueno, de todas las tonterías que le dijo ese comecocos eso es lo único que realmente le funciona. A veces. Cuando su padre no es un maldito cabrón persistente.

—Los reveses de la vida hay que superarlos, ¡mira a Diego! Cuando aquel trepa le robó el ascenso, él podía haberse echado a llorar, pero siguió luchando y ahora lo ha conseguido. ¿No podrías hacer tú eso? ¿No podrías ser un poco más como tu hermano?

—¡Arturo!

No puede más. Ni contar hasta mil le ayudaría con la rabia que siente. Se ríe, no puede evitarlo. Rompe a reír a carcajadas.

—¿Qué es tan gracioso? —quiere saber su padre, contrariado.

—Si Diego es tan perfecto, ¿por qué no está aquí cenando contigo por tu cumpleaños, papá? ¿Por qué siempre tiene una excusa para no venir a veros, mamá? —dice, con una frialdad que transforma las expresiones de sus padres. De la confusión a la preocupación, e incluso el miedo—. Si yo soy tan malo, ¿por qué no me dejáis en paz? ¿Por qué seguís metiéndoos en mi jodida vida?

—Hijo, nosotros…

Su madre intenta salvar la situación, pero ya es tarde. Está harto.

—¡No os he pedido ayuda! ¡No os necesito!

Se levanta y barre la mesa con los brazos, tirando al suelo la vajilla, los cubiertos, la comida… Todo ello causa un estrépito al caer. Su madre ahoga un gemido, su padre lo mira con ojos desorbitados.

—Dejadme en paz, no me llaméis, ¿está claro?

Su padre aprieta la mandíbula. Su madre asiente, temblorosa.

Satisfecho, o al menos todo lo satisfecho que puede estar con un desenlace como aquel, él se da la vuelta y sale, airadamente, de la vivienda. Está deseando volver a casa, con ella, pero sabe que con la adrenalina que siente y el enfado todavía anclado en su pecho, no es buena idea. Decide salir a correr un rato, a quemar energía. Luego, una ducha caliente y seis o siete buenas horas de sueño. Y mañana la verá. Sí, mañana.

CAPÍTULO 23

No sé cómo he terminado así, pero, antes de poder darme cuenta, estoy siendo esposada y llevada contra mi voluntad a la comisaría. Bueno, en realidad sí comprendo el por qué. No quería darles el reloj de Nerea. Me he negado en redondo, incluso lo he metido en mis pantalones para que no me lo arrebataran, aunque no ha servido de nada. La verdad, no tengo claro por qué he hecho una tontería así, pero mientras el coche patrulla, conmigo dentro, se desplaza a través del tráfico de la ciudad, lo medito. Llego a la conclusión de que lo he hecho porque ese hombre, el inspector Vallejo, no me inspira confianza. Acaba de llegar, no sabe nada de mí o de Nerea, no tiene ni idea… ¿Por qué no es Julia la persona que tiene que encontrar a Nerea?

Al llegar a comisaría una mujer policía de mediana edad me cachea y me saca el reloj de los pantalones. Cuando se lo da a ese inspector siento como si me estuvieran arrancando algo doloroso, como un mechón de pelo o incluso una uña del pie.

—Oiga, ¿sabe lo que está haciendo? —le grito a Vallejo—. ¿Tiene alguna puta idea de cómo encontrar a mi amiga?

Él, que estaba a punto de marcharse, se da la vuelta y me mira con ojos oscuros. Es un hombre de unos cincuenta, alto y con buena planta. Imponente. Un madurito resultón, como dirían la mayoría de heteros, pero tiene algo… algo extraño, una oscuridad que me estremece. Sobre todo, cuando me sonríe.

—Señorita Vilanova, no sé quién se ha creído que es usted, pero ahora la investigación es mía y no voy a permitir que se interponga. Yo no soy Beltrán —dice, calmado y frío—. Si es necesario la enviaré a la cárcel. Puedo hacerlo, tengo contactos.

Mentiría si dijera que no me ha entrado un pavor descarnado al escuchar esa amenaza, aunque la furia sigue predominando.

—¿Sabe que soy periodista?

Sonríe más ampliamente.

—Una simple reportera de tres al cuarto, sí.

No me permite continuar hablando, se marcha y yo me quedo ahí, mientras la agente que me ha cacheado tramita el papeleo.

—Señorita Rebeca Vilanova, ¿sabe que por resistencia a la autoridad puede caerle hasta un año de cárcel y por encubrimiento, hasta dos años? —dice.

—Yo no encubro nada.

—Si me permite, ¿por qué no le ha dado al inspector el reloj?

Suspiro, hastiada.

—Porque no quiere buscar a mi amiga viva —replico, furiosa y frustrada. Siento cómo las lágrimas comienzan a agolparse detrás de mis párpados y la garganta se me cierra—. No le importa, le da igual si está viva.

—Laura, ¿qué pasa? —dice entonces una voz conocida a mi espalda, justo a tiempo. Estoy a punto de romper a llorar como una cría.

—Inspectora Beltrán —la saluda la agente. Julia se acerca a la mesa y me mira con curiosidad. No puedo evitar enrojecer hasta la raíz del pelo—. El inspector Vallejo la ha traído por negarse a entregar una prueba para el caso de la chica desaparecida.

Ella suspira.

—Yo me encargo.

—Tengo que coger sus datos para la multa.

Julia aguarda mientras la agente termina de ponerme una multa y después, me arrastra consigo al exterior del edificio. Me señala un coche que me resulta familiar y me subo en el asiento del copiloto. Ella se pone al volante y arranca.

—¿A dónde vamos?

—Tienes que dejar de hacer esto, Rebeca —dice.

—Ya lo sé.

—No, va en serio —dice, incorporándose a una de las principales avenidas de la ciudad. Sigo sin tener ni idea de a dónde me lleva—.

Vallejo es un hijo de puta obsesionado con su trabajo, lo conozco bien. Es un perfeccionista obsesivo que cree con firmeza que el fin justifica los medios, aun siendo policía. Si Nerea fuese mi amiga, estaría tranquila con él al mando, porque no importa si buscan el lugar donde la tenga retenida o su cadáver, no importa lo mucho que el secuestrador se esconda, Vallejo no parará hasta ganar. Porque odia perder. Créeme y hazte a un lado, o no volveré a sacarte de un apuro, Rebeca.

Mi naturaleza me empuja a protestar de nuevo, pero estoy cansada, con el cerebro a mil revoluciones y… Julia tiene razón. Ya he notado que el inspector Vallejo no es como los demás. Da miedo y, en cualquier otra situación, me preocuparía saber que un policía pueda tener una moral cuestionable. Pero ahora no. A mí tampoco me importa lo que tenga que hacer para encontrar a Nerea.

Pasan los minutos en silencio mientras Julia conduce. Se detiene finalmente en el parking exterior de un edificio residencial en las afueras de la ciudad. Es una zona tranquila, de calles ajardinadas y amplias aceras. Un sitio genial para vivir en familia. Me pregunto si vivirá allí, pero enseguida, Julia resuelve la incógnita.

—Vamos a mi casa —revela.

La sigo, curiosa y algo intimidada, hasta el tercer piso de un bloque de seis. Al entrar, siento de inmediato el calor de un hogar. Algo que hace mucho que no siento.

La última vez que supe algo de mis padres fue en Navidad, mamá me llamó para saber si estaba bien, si tenía trabajo y también si seguía siendo lesbiana. Lo de siempre.

Nada más traspasar la puerta, dos grandes siluetas se acercan. Me asusto, pero comprendo pronto que se trata de dos perros.

—Estos son Rex y Lassie, mis compañeros de piso. Son muy buenos, no te harán nada.

Rex es un pastor alemán y Lassie un cruce indeterminado con el pelo largo, canela y blanco, y cara inteligente. Julia no es muy original con los nombres.

—Me encantan los perros.

Es cierto, siempre he querido tener mascotas, pero en mi apartamento no están permitidas.

Julia me invita a pasar y observo el salón, grande y decorado de forma minimalista: un sofá, un mueble de Ikea lleno de libros y una mesa con 4 sillas, poco más.

—¿Vives sola? —quiero saber—. Es decir, aparte de Rex y Lassie.

—Es la casa donde me crie, hace tres años mis padres se jubilaron y se fueron a vivir al pueblo —explica—. Justo entonces me ascendieron y decidí comprarles la casa. Así que sí, vivo sola.

Me doy la vuelta y la miro. No parece incómoda, pero sí expectante.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Porque quiero vigilarte, que no la cagues más con Vallejo —responde—. Pero, sobre todo, porque me gustas. Quiero pasar tiempo contigo y conocernos mejor.

Aquello no me lo esperaba y, como si mi vida de pronto se hubiera convertido en una novela cliché, siento un cosquilleo en el estómago. Casi me entran ganas de reír, pero estoy tan triste, agobiada y agotada que, sin darme cuenta, empiezo a llorar.

Me siento en el sofá, sollozando, y los perros se me acercan para lamerme las manos. Así que lloro con más fuerza.

—Interesante reacción, no sé cómo tomármelo —dice Julia, sentándose a mi lado y acariciándome la espalda con ternura. Y entre lágrimas, también me río.

CAPÍTULO 24

Despierta con un papel pegado a la mejilla. Cayó dormida mientras leía esas íntimas conversaciones entre su captor y la chica que, ahora sabía, se llamaba Clara.

Sus inicios parecían la historia típica de dos jóvenes atraídos por un exterior llamativo, que terminan congeniando poco a poco. Nada especial en realidad.

Clara trabajaba en un bar de copas y, una noche, por casualidad, él se fijó en ella. Volvió a verla, noche tras noche, haciéndole notar su interés, hasta llamó la atención de la chica. No la culpa, a todas las mujeres les gusta gustar.

Ella pudo leer el paso a paso del proceso: su primer beso, inesperado, al salir del bar una noche cualquiera, su primera cita solos, su primera vez… Y, entre tanto, las constantes manipulaciones y la luz de gas que él le hacía.

Si Clara dudaba sobre algo, al final él conseguía que escogiera lo que él quería, haciendo parecer que había sido una elección libre. Si alguna de las personas cercanas a Clara manifestaba recelos o dudas sobre su relación, él conseguía distanciarla de ellos con una facilidad pasmosa. Si alguna vez Clara sentía que algo no iba bien, terminaba disculpándose con él, incluso rogándole que no la dejara, que se moriría sin él a su lado.

Ya lo ha leído tres veces. Piensa que, con esas conversaciones, podría algún día escribir un manual de *red flags* pero, acto seguido, se recuerda a sí misma que ella cayó enredada en sus garras tan rápido que siente una vergüenza punzante.

Poco después del amanecer lo escucha acercarse a la puerta. Se prepara.

Espera la rutina de siempre, la de los viernes, pero en cuanto él cruza la puerta le anuncia que es sábado y que toca limpieza general.

Comienza a contarle que establecieron esas normas en su antiguo piso, aunque ella no lo recuerde. Que cada sábado hacen una limpieza general, porque a ninguno de los dos les gusta vivir en la inmundicia, así que se pasan la mañana quitando el polvo, barriendo, fregando… Ella se siente perdida por primera vez en días. Al menos, los continuos viernes le traían algo bueno: la rutina.

Ahora, ¿qué podía esperar? ¿Qué venía después de la limpieza?

—Oye, nena —le dice él, mientras frota con intensidad las baldosas de la cocina—. He pensado que podríamos planear un viaje. Ya sabes, una escapada romántica. Tengo vacaciones dentro de dos semanas.

Aquello es raro, muy raro. No cree que lo diga en serio, pero aun así no puede evitar que una brizna de esperanza brote en su corazón.

—Claro, me encantaría —responde.

Ella está limpiando el microondas. Sin poder evitarlo, sus ojos se deslizan hasta el cuenco de cerámica donde descansan las llaves que, seguro, abren la puerta de esa cárcel. No solo la de su habitación, sino también la de la entrada. Siente vértigo. Unas ganas locas de extender el brazo, cogerlas y salir corriendo. Pero sabe que tendría un trayecto muy corto, y que después, cuando él la alcanzase, las consecuencias podrían ser mucho peores. Ha aprendido del día que se asomó al balcón y sabe que, si quiere tener una mínima oportunidad, debe planearlo bien, con lógica, pensando en la reacción a cada una de sus acciones.

Está tan sumida en sus pensamientos que, cuando él se acerca y, de pronto, la coge de la cintura, ella responde con un grito. Le golpea en la cara. Él la suelta y se lleva las manos a la nariz.

—¡¿Pero qué coño haces?!

¡Mierda! No puede ser…La ha cagado.

—Lo siento, lo siento… gordo —se acerca, sus manos temblorosas le acarician los hombros, anchos y fibrosos—. Perdóname, es que no me lo esperaba.

—Estoy empezando a cansarme, ¿sabes?

La mira fijo, parece furioso y ella se estremece de terror.

—¿De… qué?

—De no poder tocar a mi novia. De tener paciencia.

Se le encoge el estómago. No sabe qué hacer, está paralizada, atrapada… así que cuando él la agarra de ambos brazos y se inclina para besarla, solo puede quedarse quieta, aguantando la respiración, soportando la repulsión que le produce el contacto de su boca contra la de ella, el sabor de su lengua, que se abre camino sin pedir permiso ni perdón.

Antes de poder procesar nada de lo que está ocurriendo, se encuentra a sí misma presa entre el cuerpo de ese hombre y la pared de azulejos recién limpios, completamente abrumada, petrificada. Él sigue besándola cada vez con más fruición, y nota cómo sus manos tantean sus curvas, su piel por debajo de la ropa. No puede evitarlo, es mucho más fuerte que ella. Empieza a llorar. Y él se da cuenta.

Se aparta durante unos segundos, dándole aire por fin, solo para levantar la mano y propinarle un fuerte bofetón en la cara. Ella se hubiera caído, si no fuese por el brazo de él, que continúa rodeando sus hombros. No se atreve a gemir, pero tampoco encuentra la manera de detener sus lágrimas.

—¡Para! —le grita, la sacude, clavándole los dedos en los brazos —. ¡Deja de llorar, joder!

Pero no es capaz, simplemente no puede.

Tampoco puede resistirse cuando él la arrastra hacia la habitación. Es mucho más fuerte que ella, y aunque trata de evitarlo, rogándole, en pocos segundos se ve de nuevo encerrada.

Sin comida, sin contacto humano, rodeada de incertidumbre y con una pesada losa de miedo y arrepentimiento sobre su cabeza. Así transcurren los siguientes dos días. Así toma la única decisión posible: luchar o morir en el intento.

CAPÍTULO 25

Estoy un poco aturdida. Esta mañana me he despertado en el comodísimo sofá de la casa de Julia después de haber estado hablando con ella, acompañadas de una pizza y una botella de vino, hasta las tantas. Y, sin embargo, ahora mismo, me encuentro cruzando la calle en dirección a las oficinas de redacción donde trabajo para volver a una rutina laboral que, ahora mismo, me parece un castigo sádico. Mi vida ha dado un giro tan brusco, es tan extraño todo, que la simple idea de volver a bucear en artículos frívolos y revistas del corazón para guionizar un programa de telebasura, me supera. Aun así, mis días de vacaciones han terminado, no me quedan excusas, y sí facturas que pagar.

En cuanto traspaso las puertas acristaladas de la sala principal, donde decenas de redactores nos dejamos la vista en las pantallas de los ordenadores a diario, muchos se giran para mirarme. Al principio no le doy importancia, es normal que tengan curiosidad, la mayoría saben que la chica desaparecida es amiga mía. Sin embargo, cuando llego a mi mesa y veo que está vacía, que mi portalápices, mis cuadernos, mi calendario de Míster Wonderful y mi cojín de cuello han desaparecido, comienzo a preocuparme. No pasan ni treinta segundos cuando escucho la voz de Carmen, la coordinadora, gritando mi nombre. Demasiado pronto para pedirme el borrador.

—Ven a mi despacho —dice.

Es evidente lo que va a suceder y, en los escasos veinte metros que me separan de la puerta de ese despacho, me hago a la idea de que, en menos de lo que dura un parpadeo, estaré en el paro y buscando trabajo. Me angustia, pero al mismo tiempo, me siento extrañamente aliviada.

Para cuando salgo del edificio de la cadena de televisión, con una bolsa de El corte inglés con mis cosas, siento que he dejado atrás algo que verdaderamente me lastraba. Odiaba esa redacción y, sobre todo, odiaba el programa que hacíamos. Pero da igual cuánto odies tu trabajo, a nadie le gusta ser despedido, mucho menos con la cantidad de calificativos insultantes que Carmen me ha dedicado al comunicármelo. Ni siquiera he tenido el ánimo de responderle. Podía haberle dicho: «Eres la peor jefa que he tenido en mi vida» o «¿Qué se siente al llevarse el mérito del trabajo de tantas personas con talento sin tener tú ninguno?», pero, como suele ocurrir, estas frases lapidarias solo se nos ocurren tiempo después, cuando todo ha pasado.

Me sorprende habérmelo tomado tan bien. Pero todo es en realidad una ilusión, porque al llegar a casa comienzo a notar el bajón. En cuanto cierro la puerta de mi apartamento, a mi espalda, la ansiedad ha tomado el timón y comienzo a notar que me cuesta respirar. No es un ataque de pánico, el aire todavía fluye a través de mi garganta sin problema, pero sí noto esa desagradable sensación de pesadez en el pecho y la cabeza embotada. No quiero llorar de nuevo, anoche lloré bastante para cubrir el cupo de todo el año, pero aun así se me humedecen los ojos.

En ese momento, Alberto aparece. No sabía que estaba en casa. Sus horarios son un caos.

—Rebe, ¿qué te pasa?

Lo miro y río con desgana.

—Me han despedido.

—¿Qué?

Termina preparándome un té y escuchando con paciencia toda la historia. Han pasado solo ocho días, pero cuando le cuento con todo detalle lo sucedido desde el día de la desaparición de Nerea, parece que haya transcurrido una eternidad. Él se sorprende hasta el punto de enfadarse consigo mismo por no haberse enterado de nada. Vive tan centrado en su propio mundo que casi nunca es consciente de lo que pasa a su alrededor. Siempre he pensado que vivir así no es bueno, pero en ese momento lo envidio un poco.

—Entonces, ¿qué dice la policía? —quiere saber.

—A mí, nada —respondo—. Una amiga que está en el cuerpo me dice que siguen buscándola, pero muchos creen que ya ha pasado demasiado tiempo. Llevo días tratando de asimilar la idea de que Nerea puede estar muerta, pero… es que no puedo. No termino de creerlo. No hasta que lo vea con mis ojos.

—Es normal, tía —me consuela Alberto—. Hay veces que las familias no lo asumen ni siquiera teniéndolo delante.

—Es horrible no saber. No sé si Nerea está viva o muerta. No sé si algún día mi vida volverá a ser normal y ahora, por no saber, no sé ni siquiera si el mes que viene podré pagar el alquiler.

Alberto me da una palmada amistosa en el hombro.

—Mira, por eso no te preocupes. Yo te puedo prestar dinero unos meses, y me lo devuelves cuando encuentres otro trabajo.

—¿Harías eso por mí?

Alberto me sonríe. Es cálido y amable, nunca se queja por nada, siempre está de buen humor y, cuando está en casa y tiene tiempo, lo pasamos genial juntos. Detestaría tener que cambiar de compañero de piso…

—Claro que sí, tonta —responde—. Aunque en realidad no lo hago por ti. Llevamos dos años viviendo juntos y no me gustan los cambios. ¿Quién iba a tomarse tan bien el hecho de que nunca esté en casa y que no colabore en las tareas?

—Pero si no estás, ¿por qué deberías limpiar?

—¡Pues eso! —confirma, y me hace reír a pesar de todo—. Además, Nerea me cae genial y estoy deseando que, cuando vuelva, lo celebremos por todo lo alto. Seguro que será un fiestón.

Continuamos hablando unos minutos más, planificando una fiesta de bienvenida para Nerea que no sabemos si algún día podremos celebrar, hasta que Alberto mira el reloj y, apurado, me comunica que tiene guardia y que llega tarde.

En cuanto sale por la puerta siento que la casa se me cae encima ante la perspectiva de quedarme ahí, sola, durante al menos las siguientes veinticuatro horas.

Al principio gestiono la soledad poniendo la televisión a todo volumen, pero a esas horas la mayoría de los programas son muy parecidos al que hacía en mi trabajo así que no dejo de pensar en

ello. Decido poner música, pero al cabo de un rato lo descarto también. Finalmente, a mediodía, pienso en llamar a alguien. Miriam y Jessi no son una opción. Mis antiguas compañeras de carrera tampoco, no quiero que sepan que me han despedido. Por supuesto, ni mi madre ni nadie de mi familia podría hacerme sentir mejor. De hecho, es posible que ni siquiera me respondieran. Finalmente, llego a la dolorosa conclusión de que a la única persona a la que me gustaría llamar es a Nerea. Y ella no está.

Creía que no me quedaban lágrimas, pero me equivocaba. Paso la siguiente media hora llorando a moco tendido, y finalmente pienso en Julia.

Anoche hablamos de todo, nos contamos nuestra vida hasta el más mínimo detalle. Le conté el modo en que mi familia me repudió al enterarse de mi orientación sexual y cómo Nerea y su madre fueron mi segunda familia. Le hablé de la oscura época que pasé el último año de carrera y finalmente le conté lo de Marianela.

Ella era mayor que yo, seis años mayor, arquitecta, preciosa y con un aura sofisticada que me arrolló desde el primer momento. Me ayudó a pagar el Máster en Periodismo Audiovisual y Comunicación Televisiva que cursé mientras hacía de becaria en un estudio de publicidad y marketing digital, y terminé viviendo con ella en su apartamento de lujo en el centro.

Al principio me sentía como una suerte de Cenicienta. Creía que me había tocado la lotería porque Marianela incluso me llevaba a las elitistas fiestas de su gremio como su pareja, y me compraba ropa elegante y joyas. Pero con el tiempo me di cuenta de que, aunque no lo parecía, siempre se las arreglaba para hacerme sentir que le debía mucho más de lo que realmente hacía por mí. Cada minuto que pasaba a su lado me sentía más y más dependiente de ella, débil, insuficiente, poca cosa. Comencé a sentir que era mi dueña, que, sin su permiso, no debería hacer nada. Todo lo que me daba eran regalos por los que debía deshacerme en agradecimientos. Nunca podía pedir nada, nunca hacíamos lo que yo quería hacer. La prioridad siempre debía ser ella porque, al fin y al cabo, si no fuese por ella, yo ni siquiera podría permitirme el aire que respiraba. Llegué a pensar que, si la hacía enfadar y me dejaba, ninguna otra

persona del mundo podría quererme jamás. Y todo se me fue de las manos cuando me di cuenta de que llevaba más de seis meses sin ver a mis amigas.

Por mucho que Nerea me llamase a diario, terminé por no cogerle el teléfono, por si a Marianela no le gustaba que pasara tiempo hablado con ella. Me aislé, o más bien, me aisló. Y luego, un día sin más, dijo que se había cansado de mí y me dejó.

Desde ese momento el amor para mí se convirtió en algo irreal, en solo un espejismo que las personas inseguras creaban para poder ponerle nombre a la atracción y el interés que sentían por otra. Unos lazos temporales, efímeros, que terminaban por desaparecer. Y era entonces, en el momento en que ya no quedaba nada entre dos personas, cuando la palabra «amor» se convertía en una jaula que los aprisionaba.

Entonces, tras haberle explicado mi breve pero retorcida vida amorosa, Julia me contó su historia. Ella se había criado en una familia normal, unida, bien avenida. Siempre supo que le interesaban las mujeres, pero eso no tuvo ninguna importancia, porque sus padres y su hermano mayor, que vivía en otra ciudad, lo aceptaron sin problema. Me contó que, cuando era más joven, quería ser profesora de matemáticas, algo que me dejó perpleja, la verdad. No la veía dando clase a un montón de niños o adolescentes. Pero entonces me explicó que había terminado convirtiéndose en policía por su novia. Se habían conocido en el instituto y habían sido la una para la otra su primer amor. Pero cuando tenían veinte años su novia se fue de viaje con unos amigos y desapareció. Y, aunque a Julia le costó decirlo, tras un par de copas de vino me explicó que esa chica, el amor de su vida, había sido una de las víctimas de un conocido asesino. Al parecer salió en todos los telediarios y prensa, porque fue un caso bastante sonado de crímenes seriales en España, pero yo no tenía ni idea de ese tema y supe que, por mucha curiosidad que sintiera, no lo buscaría. Se notaba que Julia no estaba cómoda, que me lo contaba para explicarme por qué ahora era como era y se dedicaba a lo que se dedicaba. Pero no dio más detalles. Aquello había sucedido hacía casi quince años, y el responsable se encontraba aún en prisión.

—Entiendo por qué no crees en el amor —me dijo unos minutos después, mientras aún asimilaba lo que ella había contado—. Pero me gustaría poder hacerte cambiar de opinión.

No supe cómo reaccionar a esa declaración, me quedé en silencio, y entonces Julia se acercó y me besó. No supe cuánto tiempo estuvimos besándonos en el sofá, pero eventualmente ella se detuvo, me dio las buenas noches y, sin más, se marchó a su habitación, seguida por sus perros. El desconcierto inicial dio paso a un agotamiento tal que, sin darme cuenta, me quedé dormida. Por la mañana, cuando me desperté, era tan tarde que apenas me detuve a intercambiar un puñado de palabras con ella.

Es por eso que decido llamarla.

Unas horas más tarde, cuando ya no estoy segura de poder soportar más la situación, por fin oigo el timbre de la puerta. Abro y encuentro a Julia en el umbral. La abrazo y ella me responde, accediendo al interior de mi apartamento sin dejar de acariciarme el pelo.

—Shhh, ya está —me consuela.

El peso en mi pecho y la sensación de embotamiento comienzan a disiparse.

—No me queda nada, Julia —gimo contra su hombro—. Vuelvo a estar sola.

—No estás sola. Yo estoy aquí —me susurra al oído.

Me alivia que sea Julia quien lo confirme. Me aterraba haber recurrido a ella demasiado pronto, ser demasiado intensa, pedir demasiado… Y sé que ese patrón de pensamiento es alarmantemente similar al que tenía con Marianela, pero no puedo evitarlo.

Mi sofá, mucho menos cómodo y bonito que el de Julia, nos acoge igual que la noche anterior, y comienzo a hablar, a desahogarme. Ella me escucha, paciente, sin dejar de acariciarme el dorso de la mano con los dedos. Todo parece volver a su lugar poco a poco, mis emociones, desbordadas, se van canalizando gracias al poder resiliente de Julia, que parece una roca firme a la que agarrarme, aunque me de miedo.

Justo cuando decido cambiar de tema y proponerle ver una película, o algo así, mi teléfono suena. Son las siete de la tarde y no conozco el número que aparece en la pantalla. Aun así, contesto, con el estómago encogido.

—¿Diga?

—Eh… ¿Eres Rebeca?

—Sí, ¿quién eres?

—Hola, guapa, mira soy Merche, la vecina de Blanca —me dice. La conozco, claro. Es la vecina del piso contiguo a la casa de Blanca y Nerea—. Es que estoy llamando y no me responde nadie. Todos los días le hago un rato compañía a la pobre Blanca, que está hecha polvo por lo de su hija, pero hoy no me abre. ¿Sabes dónde está?

—No, no sé nada. Hace días que no la veo tampoco. ¿No tenías una llave de repuesto?

—¡Ay, hija! Es que me da apuro abrir. ¿Por qué no vienes y entras conmigo?

Lo pienso un instante y miro a Julia que, curiosa, espera a que termine la llamada.

—Bien, voy enseguida.

Julia, como esperaba, decide acompañarme y en poco más de quince minutos, el taxi nos deja frente al edificio de mi amiga. Siento una punzada en el pecho y mis ojos se van, sin querer, al callejón donde encontré el reloj y fui arrestada. Pero no me detengo mucho tiempo en recuerdos amargos ni en malos pensamientos.

Julia y yo subimos al segundo piso donde Merche, nerviosa, nos espera. Entramos de inmediato. El ambiente en el interior de la vivienda es oscuro y polvoriento, las persianas están casi todas cerradas y hay desperdicios de comida y trastos tirados por todas partes. Es comprensible. Imagino que lo último que querrá Blanca mientras espera noticias de su hija, es limpiar.

—¿Blanca? —llamo. Merche me imita, con voz temblorosa.

Ni ella ni yo sabemos qué esperar, simplemente rezamos por no hallar algo terrible. Pero nuestras oraciones no son escuchadas.

Al llegar al dormitorio encontramos el cuerpo de Blanca tendido sobre la cama, pálido como un cadáver, enredada en las sábanas y rodeada de cajas de medicamentos abiertas.

—¡Dios Santo! —jadea Merche. Yo, de nuevo, me quedo paralizada.

Por suerte, Julia reacciona de inmediato. Mientras marca con su móvil el número de emergencias, revisa si Blanca respira. Con una eficiencia pasmosa, da las indicaciones precisas por teléfono y procede a poner a Blanca en el suelo para comenzar a hacerle la reanimación cardiopulmonar. Mientras tanto yo asisto, incapaz, a todo ello, sin dejar de pensar en Nerea.

«Joder, Nerea, lo siento» pienso. Su madre, su única familia, se ha derrumbado y yo no he podido evitarlo. «Tenía que haber estado más atenta, tenía que haberlo sabido…»

CAPÍTULO 26

No sabe cuántas horas lleva ahí encerrada. Su estómago está tan vacío que ya ha dejado de rugir y retorcerse. Tan pronto siente frío y se entierra debajo del edredón, como un calor sofocante que la obliga a tumbarse sobre el suelo. Sobre la cómoda hay seis briks de zumo, lo único que ese cabrón le ha dado para no morir de inanición y, en una esquina de la habitación, un cubo en el que ha podido aliviar sus necesidades. Se siente como un animal enjaulado, como un despojo. No lo entiende, si en su mente delirante ella es su novia, ¿por qué la trata así? ¿Qué tipo de hijo de puta sádico tortura así a la persona a la que quiere solo por llorar?

Cuando consiguió dejar de temblar y se recompuso del susto, en las primeras horas de encierro, se dedicó a buscar en las revistas que le había dado días atrás ideas para ese viaje que él mismo había propuesto. Luego, cuando escuchaba pasos al otro lado de la puerta o el murmullo lejano de la televisión, comenzó a conversar en voz alta, explicando sus planes: un viaje romántico a las montañas del norte, una cabaña en el bosque, bañarse en un lago… Sería romántico y estarían solos. Podría ser su nuevo punto de partida, y empezarían de cero. Eso quería transmitirle, que tenía una nueva y clara disposición. Una mentira, por supuesto. Pero si ella misma no se la creía, al menos en parte, quizá tampoco consiguiera engañarlo, de modo que empezó a imaginarse que realmente era esa chica, la de los vídeos. La novia abnegada que él tanto quería recuperar.

—Lo he entendido, de verdad —decía—. No volverá a pasar. Tal vez solo necesito cambiar un poco de aires para volver a ser yo misma.

Esa mañana, por fin, los pasos se detienen frente a la puerta. Ella aguarda a que él abra, pero es su voz lo primero que atraviesa el

umbral.

—¿Has pensado en lo que te dije? —quiere saber él. No sabe a qué se refiere exactamente.

—He pensado en todo, cariño. Y tienes razón… en todo —dice.

—Solo quiero saber qué piensas, nena —suspira él. Parece realmente preocupado, su voz se rasga, como si estuviera cansado de soportar una pesada carga.

Ella no puede reprimir un acceso de ira, pero sabe que no debe demostrarlo. Cierra los ojos, inspira y se mete en su papel.

—He estado muy confusa, gordo —dice—. Sé que no debería haberte tratado así. No he pensado en tus sentimientos y lo siento.

—No, no has pensado en mí —confirma. Ella se alegra de que estén hablando a través de la puerta, porque así no puede ver su expresión de indignación.

—¿Sabes qué podría ayudarme? —comienza, y tras el sonido de asentimiento de su captor, continúa hablando—. Que me digas qué esperas que haga, porque ya sabes que mi memoria no está bien. No recuerdo las cosas que te gustan y eso, a veces, me hace sentir frustrada y apenada. Tal vez si me dices cómo hacerte feliz, todo sea más sencillo.

Tras un breve silencio, por fin se escucha el chasquido de la cerradura. Él abre y ella se esfuerza por anular cualquier gesto o expresión que pueda delatar el rechazo que siente por ese hombre que la está haciendo sufrir.

—Solo necesito que me quieras, Clara. Eso es todo.

«Eso es muy complicado» piensa ella, pero sonríe.

—Ya lo hago.

Él le devuelve la sonrisa y le tiende una mano. Ella, sin dudar, la coge.

—Vamos, es sábado, toca limpieza.

Se traga el malestar que siente, las imperiosas ganas que tiene de darse una ducha tras estar dos días encerrada, y el hambre voraz que comienza a despertar. Aguanta la debilidad de sus brazos y piernas, de sus músculos entumecidos y se esfuerza por insuflar la poca energía que le queda para limpiar la cocina que, por otra parte,

está limpia. Hace solo dos días que la dejaron como los chorros del oro.

—Me gustó tu idea de la escapada a la montaña —comienza él—. Es un cambio interesante, siempre hemos ido a la playa. ¿Te acuerdas?

Ella piensa en las fotos que él trajo de su antiguo piso, casi todas mostraban parajes costeros. Pero a ella no le gusta la arena ni el mar.

—Sí, por eso pensé que podíamos cambiar de aires. Ya te dije, sería como empezar de cero.

—¿Empezar de cero?

Le asalta el temor de estar enfureciéndole, así que sonríe más y se acerca a él. Le acaricia el brazo mientras dice:

—Sin olvidar quiénes somos, pero con un nuevo comienzo. Así podemos dejar atrás las cosas malas y quedarnos solo con lo bueno, ¿no te parece bien?

Reza para que él no se lo tome mal y, por suerte, él asiente. Parece contento.

—Sí, sí. Me parece genial, nena.

Y entonces sucede. Él la coge de la muñeca, tira de ella para acercarla, y la abraza contra su torso musculoso. Al principio, ella se siente tensa, pero ya ha tomado una decisión sobre eso.

Solo es sexo. Puede hacerlo, no es como si fuese la primera vez que finge con un tío en la cama. Vale, no suele hacerlo, ella se respeta demasiado como para regalarle los oídos a cualquier tipo que tenga la suerte de bajarle las bragas, pero, dadas las circunstancias, es lo único que puede hacer. Y puede hacerlo bien. Será el mejor polvo de la patética vida de ese cabrón.

Se deja besar, esta vez reprimiendo el asco que en realidad siente. Él la empuja contra la encimera, intensificando el beso, y aunque el pomo de un cajón se le ha clavado en la cadera, ella le responde como si lo disfrutara. Entonces él abandona su boca y comienza a besarla en el cuello, momento que ella aprovecha para buscar el cuenco que descansa junto al microondas. Está ahí mismo, al alcance de su mano.

En ese momento, él decide comenzar a desnudarla, y empieza por su sudadera. Tira de ella hacia arriba, le hace daño, pero no se queja. Consigue arrancársela, pero ella la sujeta antes de que caiga al suelo. Con la mano oculta bajo la tela, tantea la encimera hasta dar con el cuenco mientras él, cegado por la lujuria, se centra ahora en quitarle los pantalones. Ella finge un gemido justo en el momento en que alcanza el cuenco y coge las llaves. Las sujeta fuerte en su puño y entonces, con el corazón latiéndole violentamente dentro de las costillas, da el siguiente paso.

—Vamos al dormitorio —propone—. La cama es mucho más cómoda, ¿no crees?

Él la mira con ojos brillantes y asiente. Tira de su mano libre y, en apenas unos segundos, ambos recorren el pasillo y terminan, juntos, sobre el colchón.

La sudadera se encuentra sobre la alfombra, donde ella la ha dejado caer, junto con las llaves.

Él, con otras cosas en la cabeza, no se ha dado cuenta del ligero sonido que ha emitido al caer.

Su plan ha funcionado.

CAPÍTULO 27

Habíamos llegado justo a tiempo. Blanca seguía viva, y aunque se había tragado casi dos cajas de tranquilizantes, tras un lavado de estómago, se recuperaría físicamente. Por desgracia, las heridas emocionales no serían tan sencillas de tratar.

Le habían dado de alta al cabo de poco más de veinticuatro horas con indicaciones para su cuidado que yo debía seguir, ya que no tenía familia a quien hubiéramos podido llamar. Blanca solo tenía a Nerea, y Nerea solo tenía a Blanca. ¿Qué sería de ellas si la otra faltaba? Y en medio estaba yo, que no podía dejarme vencer por la situación.

Había acompañado a Blanca a casa y había tomado la decisión de quedarme con ella el tiempo que fuese necesario para su recuperación. Era lo único que a esas alturas podía hacer por Nerea.

Merche me había asegurado que me echaría una mano, pero, con suerte, se pasa un rato por la mañana y otro por la tarde, sin superar en ninguna de sus visitas la media hora de duración. Aunque, a decir verdad, tampoco resulta tan difícil cuidar de Blanca. Se pasa la mayor parte del día dormitando en su cama. Come poco, llora mucho y no busca conversación ni compañía.

Al principio pensaba que los desvaríos de Blanca se debían a la desorientación por el ingreso y al desequilibrio que su intento de suicidio le ha causado en el cuerpo, pero desde que ha despertado, tras la intervención, parece aturdida. Dice cosas sin sentido, no parece tener muy claro dónde está, qué día es o qué ha ocurrido.

Y en cuanto a mí, no me atrevo a dormir en el cuarto de Nerea. No soy capaz de volver a estar en el espacio que compartimos, sin ella; así que duermo en el sofá.

Han pasado dos días desde el alta. Esa mañana, la primera que Blanca se levanta de la cama por sí sola, se acerca arrastrándose hasta el salón y, pálida como una muerta, me mira.

—¿Qué haces ahí? ¿Por qué no duermes en tu habitación?

Me sorprende. Al principio pienso, con cierto regocijo, que, a pesar de nuestro distanciamiento, Blanca sigue teniéndome el aprecio de antaño. Pero entonces continúa hablando.

—Siempre lo tienes todo hecho una leonera, Nerea. ¿Por qué no recoges un poco?

Me quedo de piedra.

—Blanca, no soy Nerea. Soy Rebeca.

Se vuelve hacia mí, como si hubiera dicho una tontería y, poco a poco, su expresión se va oscureciendo.

—Ya, bueno…

—¿Te encuentras bien? —quiero saber, aunque no es una pregunta muy inteligente.

—Estaría mejor muerta, pero es lo que hay.

Y, sin más, regresa a su habitación y pasa el resto del día encerrada, llorando en silencio. Justo después de comer, o de que yo coma, más bien, la pantalla de mi móvil se ilumina con el número de Julia. Lo cierto es que ha sido un apoyo increíble, tanto salvando la vida de Blanca como durante el ingreso, acompañándome. No hemos hablado de nuestra relación, no le hemos puesto nombre, y apenas nos hemos besado un par de veces, pero siento una calma y una seguridad que nunca antes había sentido en compañía de otra persona. Me gusta mucho, y no quiero cagarla. Aunque… Es verdad que no es el mejor momento para echarse novia, pero las cosas no siempre suceden cuando una querría.

—¿Qué tal estás? —me pregunta en cuanto descuelgo.

—Bueno, esta mañana me ha confundido con Nerea.

—Eso no es bueno.

—No, ¿verdad? —confirmo.

—Quizá deberías llevarla a la consulta y pedir una valoración psiquiátrica. Está sufriendo mucho estrés, es posible que necesite más ayuda de la que tú puedes darle.

—Ya, pero no querrá salir de casa.

—Aun así, no puedes quedarte ahí para siempre, Rebeca.

—Bueno, yo…

No lo había pensado. ¿Qué puedo hacer si Blanca no mejora, o lo que es peor, si empeora? Yo quiero ayudarla, por supuesto, pero también tengo una vida, tengo que buscar trabajo, volver a mi piso, empezar algo con Julia…

Al instante me siento culpable. Yo, yo… solo pienso en mí misma. Pero, ¿y Nerea? Si vuelve, ¿qué pensará de mí, abandonando a su madre cuando más me necesita?

—¿Rebeca?

—Por el momento me quedaré aquí, Julia. Creo que es lo que debo hacer.

Un silencio.

—Claro, como quieras.

No me discute porque empieza a conocerme. Parece saber lo que necesito escuchar en cada momento, y eso me sorprende.

—¿Qué tal tú? —le pregunto. Si no podemos vernos, al menos que sepa que me intereso por ella, igual que ella por mí.

Comienza a hablar de su día, una jornada monótona como otra cualquiera. El timbre de la puerta suena y, distraída, voy a abrir. No presto atención a lo que me dicen a través del telefonillo, pero poco después veo que se trata de un repartidor. Se acerca a la puerta y me mira, parece confuso.

—Un momento, Julia —digo, luego me dirijo a él—. ¿Para quién es el paquete?

—Blanca Molins —dice mientras da un paso atrás para mirar el número de la puerta—. ¿Me he equivocado?

—No, no, es aquí —aseguro.

—Pero tú no eres Blanca.

—No —digo solamente.

—¿Está ella en casa? —insiste.

Al principio pienso que debe ser algo importante y que no puede entregarlo a alguien desconocido, por eso barajo la posibilidad de llamar a Blanca, pero al instante la descarto. No está en condiciones de atender a nadie.

—Ahora mismo solo estoy yo, pero le puedo dejar mis datos.

Él duda, me evalúa y, al final, me entrega el paquete. No es muy grande, menos que cualquier caja de zapatos. Yo lo cojo y él se da media vuelta y se va, sin despedirse. Al final no me ha pedido los datos.

Regreso a mi llamada telefónica.

—¿Quién era? —pregunta Julia.

—Un repartidor un poco raro…

Y entonces, de pronto, reparo en algo. ¿Cómo sabía que yo no era Blanca? ¿Acaso la conoce? Y si es así, ¿por qué era tan importante que recibiera el paquete la propia destinataria? Le explico a Julia la situación y le pregunto si debería abrir el paquete antes que Blanca, por si acaso…

—Yo diría que no —responde Julia, aunque noto en su tono la misma curiosidad que me está matando a mí.

No se lo digo, pero lo abro igualmente mientras ella continúa comentando algo sobre pedir ayuda a alguna asociación u organización no gubernamental para atender a Blanca.

—¡Joder! —exclamo en cuanto veo lo que hay en el interior del paquete.

—¿Qué pasa?

—Es un reloj Fitbit.

—¿Lo has abierto? —protesta, pero acto seguido, hace más preguntas—. ¿Un reloj?

—Es la misma marca y modelo que el que llevaba Nerea cuando desapareció.

—No la toques y llama a la policía, podría tener huellas o ADN.

Por suerte, apenas la he tocado, así que Julia y yo acordamos cortar la llamada y avisar a la policía de inmediato. Me responden en seguida tras marcar el 112. Una operadora con voz agradable me hace preguntas sobre la situación y yo las respondo, sin dejar de recordar el nombre del inspector Vallejo y el caso de Nerea.

—¿Ha visto alguna cosa sospechosa en el paquete?

—No.

—¿Puede decirme qué pone en el remitente?

Lo busco.

—No hay remitente —respondo.

—¿Cómo era el repartidor?

—No sé, un tío normal…

—¿Ha notado algo raro en él?

—Pues… sí.

Sin pararme a pensar, salgo del piso y me asomo al hueco de la escalera. Silencio el teléfono y agudizo el oído para ver si escucho su voz o sus pasos, pero nada. Ha pasado demasiado tiempo, ya ha debido salir del edificio.

Bajo entonces los dos tramos de escaleras hasta el portal y salgo al exterior. Justo en ese momento una furgoneta de la compañía de reparto MCL dobla la esquina de la calle, a unos cincuenta metros.

Vuelvo a llevarme el móvil a la oreja y digo:

—Él repartidor conocía a la madre de Nerea, y sabía que no era yo. Quería verla a ella, hablar con ella —digo a la operadora, que no entiende nada, pero toma nota, espero, de mi sospecha—. Es de la compañía MCL, podría ser él.

Entonces cuelgo y busco un taxi que me lleve al almacén central de la compañía, cuya dirección encuentro tras una rápida búsqueda en el móvil.

¿Y si lo he tenido delante y no me he dado cuenta? Ni siquiera me he fijado bien en su cara, no sé si podría hacer un retrato robot. Pero es él, estoy segura. ¿Cuántos repartidores conocen a los habitantes de las casas a las que llevan sus envíos? ¿Cuántas compañías aceptan envíos sin remitente? Y, por si eso fuese poco, ¿cuántas probabilidad hay de que alguien, quien sea, envíe a Blanca un objeto tan relacionado con el caso de Nerea como es una pulsera Fitbit?

CAPÍTULO 28

Durante el resto de su vida estará condenada a revivir en sus pesadillas lo sucedido durante la última media hora; pero, al menos, ha conseguido tranquilizar a su captor que, satisfecho por un encuentro sexual mediocre, la mira embelesado mientras le acaricia el brazo. Ella, asqueada, se esfuerza por no dejar caer su máscara de abnegación, pintada con una sonrisa falsa, mientras hace acopio de valor para dar el siguiente paso de su plan.

Tiene miedo, claro. Está muy nerviosa porque sabe que, si fracasa, será su final. En su mente ya ha contado varias veces hasta tres, pero no ha conseguido moverse. Las piernas le tiemblan, el latido de su corazón es tan fuerte que teme que él pueda escucharlo.

—Me gustaría quedarme aquí para siempre —dice él, pletórico—. Pero tengo que irme.

—No, espera un poco más —dice ella. Se le está acabando el tiempo.

Él se inclina y la besa brevemente en los labios. No tiene más oportunidades, ahora o nunca.

—¿Puedo ir al baño? —dice—. Necesito orinar.

Él sonríe y asiente. Después de acostarse con él, de engañarlo, esperaba que confiara lo suficiente como para permitirle ir sola al baño, a la habitación de al lado. Por suerte, no se equivocaba.

En cuanto se incorpora, siente ganas de vomitar. Lo que está a punto de hacer podría firmar su sentencia de muerte, pero tampoco hay alternativa. Se agacha y coge la sudadera que antes ha dejado caer.

—Tengo frío —comenta, con una risa nerviosa que podría pasar por coqueta.

De espaldas a él, se pone poco a poco la sudadera, con cuidado de no dejar caer las llaves escondidas entre la tela. Las agarra con fuerza, camina hacia la puerta y en cuanto cruza el umbral, la cierra.

Nerviosa, busca la llave concreta de la habitación, tiene que ser una gruesa. La localiza y, con las manos temblando violentamente, intenta encajarla en la cerradura. Pero es tarde.

Sabía que él no tardaría en reaccionar. Ha saltado de la cama en cuanto ha comprendido las intenciones de la chica y ahora tira del pomo desde el interior. Ella ahoga un grito, tratando de mantener la puerta cerrada.

—¿Qué coño haces? —grita él, furioso.

Ella sujeta la puerta, él intenta abrirla con violencia y así, en un tira y afloja, transcurre un tenso minuto. Ella no podrá evitarlo durante mucho tiempo así que toma una decisión. Necesita una ventaja mínima para poder abrir la puerta principal, por lo que abandona su posición y corre hacia la cocina. Escucha los pasos de su captor a su espalda y reza para que no la alcance. En cuanto entra en la cocina, agarra una silla de madera y la levanta, justo a tiempo para dejarla caer, con fuerza, sobre la cabeza de su perseguidor. Él aúlla como un perro apaleado y ella, sin detenerse a comprobar el resultado de su ataque, huye.

El manojo de llaves tiene tres piezas, una de ellas ya queda descartada, porque es la de la habitación, así que tiene que probar las dos restantes en la puerta principal. No sabe si le dará tiempo, pero ya no hay más opciones. Escoge una de las llaves y la introduce en el bombín. Escucha un gemido procedente de la cocina y comprende que la suerte está echada, si no es esa, todo acaba ahí.

Gira la llave y un fino chasquido le indica que es la correcta, así que empuja la puerta y se dispone a salir. Al otro lado está oscuro, una tenue iluminación, procedente de la farola de la calle, le deja ver que, tras un breve rellano, hay un tramo de escaleras en L. Abajo hay otra puerta cerrada. Probablemente la última llave la abrirá y podrá salir a la calle. Una vez ahí, las posibilidades de escapar aumentarán. Es difícil, pero no imposible.

Adelanta uno de sus pies descalzos, dispuesta a lanzarse hacia el último tramo de su carrera por la libertad, cuando nota el agarre de

una mano fuerte. Grita. No puede permitir que la detenga, no cuando tiene la salida tan cerca. Se sacude, golpea y patalea. Él la coge del brazo, le araña la cara y trata de empujarla contra la pared, pero ella no cede. No puede.

Y entonces, de repente, sus pies pierden apoyo y ella siente la ingravidez a su espalda. Él la sujeta de la manga de la sudadera, evitando que caiga.

Podría volver, dejar que él la sostenga y que la lleve de vuelta a su jaula, pero no. En una fracción de segundo, toma una decisión que quizá ni siquiera lo sea, porque lo único en lo que puede pensar es en que prefiere morir a volver a esa habitación, a volver a los brazos de ese monstruo.

Se agita con fuerza, lanza un grito y cae. Su cuerpo rueda escaleras abajo, se golpea con las esquinas de cada peldaño, con la barandilla y, tras unos segundos se desploma a los pies, justo frente a la puerta que la separa del exterior.

Pero ella ya es libre.

CAPÍTULO 29

El taxi me ha dejado frente a una gran nave, en mitad de un polígono industrial a las afueras de la ciudad. En la parte frontal de la edificación hay un enorme letrero con el nombre de la compañía de reparto, y frente a una entrada de garaje, hay al menos media docena de furgonetas, todas iguales a la que he visto y cuya matrícula no he llegado a leer.

Suspiro. He venido por impulso, pero ahora no tengo muy claro qué debo hacer aquí.

—¿Va a bajar o no, señorita? —quiere saber el taxista, irritado.

—Sí.

Me apeo del vehículo, que sale quemando rueda de vuelta a la ciudad, y me quedo ahí plantada. Se me ocurre una idea, así que localizo el acceso a las oficinas de la compañía, situadas al lado, en una nave más pequeña, y entro.

Varios trabajadores en escritorios de baja calidad se afanan en sus tareas, algunos hablan por teléfono, otros teclean en sus ordenadores y otros van de acá para allá con pequeños paquetes que distribuyen al fondo, en un remolque que, una vez lleno, lleva envíos y albaranes a la zona de furgonetas. Es un ambiente ruidoso y caótico que, por un momento, me resulta agobiante.

—¿Puedo ayudarle en algo? —me pregunta una chica bajita y morena.

—Necesito saber si un repartidor estuvo hace unos días en mi zona.

—¿Esperaba un paquete? —quiere saber ella.

—Mmm, sí —miento.

—¿Me dice el día y la dirección?

Le indico la fecha de la desaparición de Nerea y la dirección, ella la busca en una *tablet*.

—No teníamos ningún envío para esa dirección ese día.

—¿Y hoy?

Vuelve a mirar y, al cabo de unos segundos, niega con la cabeza.

—Tampoco.

—Bien, pues quiero denunciar que uno de sus repartidores me entrega paquetes que no tienen registrados.

—¿Cómo?

Le explico que alguien ha traído hoy un paquete y que sospecho que, el día que Nerea desapareció, también estuvo ahí.

—De acuerdo, señorita, investigaremos qué ha podido pasar y le informaremos.

—No, yo quiero saber quién es ese repartidor —insisto.

—Señorita, no puedo darle esa información, primero debo ver qué ha pasado.

—Usted dígame quién tenía asignada la zona y yo le diré si es el tipo que me ha dado el paquete —insisto.

Ella hace un gesto desagradable, como si estuviera reprimiendo las ganas de mandarme a la mierda. Eso, por alguna razón, me enfurece.

—Mire, no puedo acusar a uno de nuestros trabajadores a la ligera.

No puedo evitarlo. El responsable de lo que le ha sucedido a Nerea podría estar ahí y yo no puedo destaparlo, no puedo agarrarle del cuello con mis propias manos hasta que confiese qué le ha hecho a mi amiga.

—Son unos irresponsables —grito—. Le digo que uno de sus repartidores está acosando a gente y no toman medidas de inmediato. ¡Vaya panda de incompetentes!

—Señorita, váyase de aquí —me pide la chica, perdiendo la paciencia.

—Me voy, pero vendré con la policía —amenazo—. ¡Se os va a caer el pelo!

Tras un par de insultos más, fruto de tanta angustia acumulada, salgo del complejo, seguida por la atenta mirada de un buen puñado

de trabajadores, y me dispongo a buscar algún modo de regresar a casa. En internet pone que hay un autobús que pasa cerca, así que me dirijo hacia allá cuando mi móvil empieza a vibrar con una llamada entrante. Me sorprende que sea Alberto. Él nunca llama.

—Tía, no flipes, ¿vale? —me dice en cuanto descuelgo, sin saludarme siquiera.

—¿Qué pasa?

—Ha llegado un cuerpo custodiado por la policía, ha ido directo a la morgue. He visto el informe y… podría ser Nerea.

—¿Qué?

Mi mundo colapsa. De pronto el sol parece esconderse tras las nubes, a pesar de que el cielo está totalmente despejado, y el mundo pierde los colores.

—No la he visto, no estoy seguro —dice Alberto, tenso—. Pero la descripción dice: mujer de entre veinticinco y treinta años, caucásica, pelo castaño largo… un tatuaje en el costado…

Joder…

Es una flor de loto. Nos hicimos ese tatuaje hace años, en cuanto cumplimos los dieciocho, como reto a nuestros padres y como señal de nuestra amistad. Las flores de loto crecen en entornos hostiles, en lagos fangosos, y aun así se convierten en algo hermoso. Eso queríamos para nosotras mismas: superar las adversidades juntas.

Sin darme cuenta, el autobús llega, y pasa sin mí.

Alberto promete mantenerme informada y cuelga, y yo espero hasta que, una hora más tarde, el siguiente autobús me deja en el centro de la ciudad. Por suerte, el hospital no está lejos, así que camino, como una zombi, hasta allí.

Una vez a las puertas del enorme complejo hospitalario, noto que me falta determinación.

No puedo hacer esto sola. Así que llamo a Julia.

CAPÍTULO 30

Todo se ha ido a la mierda, ¡todo! ¿Por qué ha tenido que pasar algo así? ¿Cómo no se ha dado cuenta de lo que ella pretendía?

La sangre le golpea en las sienes con cada bombeo de su corazón mientras baja, escalón a escalón, en la semioscuridad del rellano. No se atreve a tocarla, joder. ¿Y si está muerta?

Se le corta la respiración cuando por fin, envalentonado, enciende la luz de la planta de abajo y ve el charco de líquido viscoso y carmesí que se está formando bajo la cabeza de la chica.

—Mierda —masculla. El charco ha llegado casi hasta sus pies descalzos y, antes de que le toque, se lanza escaleras arriba para vestirse.

Está tan nervioso que pasea por el piso durante más de cinco minutos, con miles de pensamientos agolpándose en su cerebro, antes de centrarse, buscar ropa y ponérsela.

Ya cubierto, vuelve a asomarse al rellano. El cuerpo sigue ahí, inmóvil. El charco es mucho más grande que antes, ha llegado hasta la puerta y, si no hace nada, podría filtrarse hasta la calle. Es de noche, todavía tiene tiempo, pero debe planear muy bien sus siguientes pasos para que no lo descubran.

Va a la cocina, coge un cubo y lo llena de agua. Agarra el bote de lejía, guantes de goma y una fregona, y comienza a limpiar.

Sigue sin ser capaz de tocarla, así que limpia a su alrededor. Pero también sabe que en algún momento tendrá que cogerla para ocultarla. No puede quedarse ahí, en el recibidor de su casa, para siempre.

Huele a lejía, pero también a sangre. Extiende la mano y da un par de golpecitos en el hombro de la chica. No hay respuesta. Vuelve a zarandearla un poco más fuerte, pero no. No se mueve, no

reacciona. La empuja y le da la vuelta. Tiene el cuello torcido en un ángulo antinatural y los ojos abiertos. Una mueca desencajada distorsiona su bonita cara, y al mirarla siente una pena profunda. Le cierra los ojos.

¿Por qué no ha podido funcionar? No era tan complicado, solo tenía que dejarse querer.

La pena da paso a la rabia y, aprovechando el impulso, la levanta del suelo y la lleva a la parte trasera, al patio. Ahí tiene su coche, un viejo Toyota gris. La envuelve en una lona de recogida de escombros antes de meterla al maletero y termina de limpiar el rellano. Luego busca en su móvil algún lugar tranquilo donde dejarla descansar y termina decantándose por un meandro del río que atraviesa la ciudad. No está lejos y sabe que es un paraje donde no va nadie, lleno de hierba alta y porquería de la que arrastra la corriente. Conduce sin encender las luces, para que nadie lo vea, pero lo más rápido de lo que es capaz. Ha dejado el móvil en casa, por si acaso, y se siente un poco perdido sin él.

Cuando se adentra en el soto lleno de vegetación, enciende por fin la luz. Deben quedar pocas horas para el amanecer, así que debe darse prisa. Entra en coche todo lo que le permite la espesura, pero cuando comienza a resultar complicado avanzar, y teme que las ruedas se atasquen en algún cenagal, se detiene.

La saca del maletero y la arrastra un poco más hacia el río para, finalmente, dejarla entre la maleza. Quiere irse de inmediato, volver a casa y limpiar hasta quedarse sin huellas dactilares. Quemar su ropa y todo lo que ella llegó a tocar para eliminar cualquier vestigio que lo incrimine. Pero también siente que, de alguna manera, debe despedirse.

—Yo… solo quería recuperarla —dice. No llora, detesta que otros lloren, así que él tampoco lo hace. Pero sí le duele. Más de lo que había imaginado—. Quería que tuviésemos una segunda oportunidad, y tú… te parecías tanto a Clara… Siento que haya terminado así.

Se permite un minuto en silencio, un minuto en el que trata de enterrar también la culpa que siente. No gana nada permitiendo que eso lo consuma, debe recomponerse cuanto antes si quiere

conseguir algún día lo que tanto anhela. Así que, cuando por fin consigue calmarse y encontrar la paz suficiente para hacer las paces consigo mismo por sus errores, murmura un escueto «adiós» y regresa a casa.

Aún tiene mucho que hacer y, sobre todo, mucho que preparar. No va a tirar la toalla. Ese primer intento no ha salido bien, pero no va a desanimarse solo por un fracaso. Las cosas que verdaderamente merecen la pena se consiguen con tiempo y esfuerzo, y no suelen tener éxito a la primera. Por eso aprenderá de sus fallos y lo intentará de nuevo. Pronto.

CAPÍTULO 31

La sala de espera del depósito de cadáveres es la más horrible de todas las que alguna vez he pisado, y ni siquiera la presencia de Julia a mi lado consigue aliviar el terror que me produce esperar a que los médicos confirmen la identidad de ese cadáver.

Blanca ha llegado hace unos minutos, acompañada por Merche. Está tan medicada que parece ausente, como si esperase turno en la pescadería y no a descubrir si es su hija la que se encuentra en un nicho refrigerado.

Alberto se ha pasado a saludar, pero al ver mi estado de ánimo, ha preferido no quedarse. Lo conozco, no sería capaz de estar simplemente a mi lado, quieto, esperando, sin parlotear. Él parlotea cuando está nervioso.

Al cabo de tres o cuatro horas, la puerta grisácea de la sala se abre y aparece el inspector Vallejo. Lanza a Julia una mirada llena de tanta curiosidad como desaprobación, pero Julia no baja la cabeza. No está de servicio, así que no tiene nada que justificar.

—Señora Molins —se dirige a Blanca y nos ignora—. No es Nerea.

Sus palabras son como un estallido en mi pecho, como si llevase horas sin poder respirar y, de pronto, el aire fluyese hasta mis doloridos pulmones. Jadeo, pero el aullido de Blanca eclipsa cualquier otro sonido. Vallejo, impertérrito, sigue hablando.

—La autopsia preliminar señala que el cuerpo, aunque ha estado parcialmente sumergido en el agua y eso acelera la descomposición, necesariamente lleva muerto más de 6 meses. El tatuaje se ha preservado gracias a la adipocira, pero está en el brazo, no en el torso. Además, hemos comparado los registros dentales. No es Nerea.

—Entonces, ¿quién es? —pregunta Merche, sujetando a Blanca, que no deja de llorar.

Vallejo no pensaba responder a esa pregunta, estoy segura, pero entonces escuchamos un hondo lamento fuera. Nada más abrir la puerta nos encontramos a una mujer de rodillas en el suelo, junto a un médico y un policía con expresión pétrea. Me suena su cara, y tardo poco en recordar a la mujer que abordó a Julia hace solo unos días, en comisaría, para instarle a que retomasen la investigación por la desaparición de su hija.

Ahí tenemos la respuesta.

El resto de la tarde transcurre como en otra dimensión. Julia nos lleva a todas, a Blanca, Merche y a mí, de vuelta a casa de la primera. Es extraño. Sentimos alivio por que el cadáver no sea el de Nerea, pero, al mismo tiempo, eso nos condena a más incertidumbre, a continuar sin saber qué está pasando.

Como si eso fuese a darnos un consuelo, nos quedamos en el salón con la televisión encendida, esperando a que den las noticias, por si hablan de ese suceso. Me resulta extraño darme cuenta de que, aunque para mí y, sobre todo, para Blanca, lo que acaba de suceder es algo de extrema importancia, para el mundo solo es un titular intrascendente más.

A las nueve y veinte, después de que el informativo vespertino repase toda la actualidad de política, economía y sociedad, llega la crónica de sucesos, y entonces sucede.

—Esta tarde, autoridades han confirmado el hallazgo del cuerpo sin vida de Andrea Ibáñez, la joven de 25 años que permanecía desaparecida desde hace ocho meses —anuncia la presentadora—. El cadáver fue localizado en una zona rural de difícil acceso y, según fuentes cercanas a la investigación, llevaba expuesto a la intemperie al menos seis meses, lo que ha dificultado la recolección de evidencias. La autopsia preliminar ha revelado que la causa de la muerte fue un traumatismo craneoencefálico. Los investigadores sospechan que Andrea pudo haber estado retenida durante un tiempo antes de fallecer, aunque aún no se ha podido determinar con precisión dónde ni en qué condiciones. El caso, que desde un principio estuvo marcado por la ausencia de pistas y testigos,

continúa abierto. Las autoridades piden a cualquier persona con información que se ponga en contacto con los canales oficiales. La familia de Andrea ha pedido respeto en este momento de profundo dolor.

Y eso es todo. Apenas un minuto de discurso, un puñado de imágenes grabadas por un reportero que, seguramente, no dedicó ni media hora al asunto, y paso a otra noticia.

Me siento angustiada, más que antes, si eso es posible. Blanca, por su parte, suspira profundamente, se levanta del sofá y camina, como un alma en pena, hasta su habitación para encerrarse en ella de nuevo.

Merche recuerda, oportuna, que ha olvidado dar de comer a su canario y se marcha. Y Julia y yo nos quedamos ahí, en silencio, hasta que ella lo rompe.

—¿Necesitas que te traiga algo? —pregunta.

Me gustaría pedirle que no se fuera, que se quedara conmigo, pero ni siquiera estoy en mi casa, y ya ha hecho bastante por mí hoy, así que niego con la cabeza.

Recoge su bolso y se dispone a marcharse cuando recuerdo algo.

—¡MCL! —digo.

—¿Qué?

—Tienes que ir a MCL, a la oficina, y pedir los datos del repartidor que estuvo ayer aquí. He ido yo, pero no han querido darme su nombre —explico—. Si es el mismo que estuvo el día que Nerea desapareció, podría ser el secuestrador.

—¿Qué te hace pensar eso?

No le respondo, en lugar de eso, busco el paquete que he abierto esa misma tarde y que contenía el reloj Fitbit. Lo encuentro en la mesa del recibidor y se lo tiendo a Julia.

—Lleva esto a analizar o lo que sea necesario —le indico—. Podría ser una prueba.

—Mierda, Rebeca —masculla—. Esto no se hace así. Si es una prueba, ya está comprometida. Deberías haber llamado a Vallejo en lugar de ir detrás del repartidor.

—Llamé a la policía, pero luego pasó lo del cadáver y… De todos modos, ahora ya está hecho —replico, molesta. Aunque con quien

estoy realmente enfadada es conmigo misma, porque ella tiene razón. No tenía que haber ido corriendo a la nave de MCL ni montar allí el numerito. Tenía que haberme quedado a esperar a la policía. ¿Por qué no pienso antes de dejarme llevar por el impulso? ¿Por qué siempre meto la pata?

Tras un minuto meditándolo, Julia coge el paquete y me mira con intensidad.

—No voy a poder ayudarte más, esto es lo último que hago.

Comprendo que está realmente molesta.

«Muy bien, Rebeca» pienso, con ironía, «Te has superado. Esta te va a mandar a paseo en un tiempo récord. ¿Cómo lo haces para ser tan insoportable?».

Me trago la bilis que genera mi propia sensación de mediocridad y le sonrío como puedo.

—Te lo agradeceré siempre.

Ella chasquea la lengua con fastidio y, sin añadir nada más, se da la vuelta y se marcha.

Me quedo sola de nuevo en el deprimente piso de mi amiga desaparecida, pensando en que pueda acabar como la pobre chica que han encontrado hoy, y luchando por no dejarme vencer por el desánimo.

CAPÍTULO 32
JULIA

El día en que se cumplen dos semanas de la desaparición de Nerea Vega, un cuerpo es hallado en el río, en una zona rural. Se trata de una chica tan parecida a Nerea que saltan todas las alarmas, pero resulta ser una mujer cuya pista se había perdido tiempo atrás. Su caso había pasado por mi mesa hacía ocho meses; sin embargo, tras días de investigación exhaustiva, no encontramos ni un solo cabo suelto del que tirar, por lo que quedó en el montón de casos abiertos pero fríos, condenado a terminar archivado con el tiempo, y a engrosar las listas de las desapariciones no resueltas del departamento.

No es algo habitual. Aunque lleve tiempo y los desenlaces no sean siempre los esperados, la mayoría de casos de este tipo se solucionan. De hecho, las desapariciones no resueltas apenas suponen un 5% del total.

Imagino que, para las familias de esas personas, ser parte de un porcentaje bajo no es, en absoluto, un consuelo.

Normalmente no dejo que esto me afecte, si no hay pistas, no hay mucho que pueda hacer, pero lo que sí me afecta es cuando hay indicios de crimen violento y es ese cabronazo de Vallejo quien me quita el caso, lo resuelve, y se pone la medalla. Como ha pasado con otros, y como espero que pase con Nerea Vega.

Tirando de contactos, he pedido al laboratorio que analice el paquete de la Fitbit con máxima prioridad, y a primera hora han llegado los resultados. No hay nada. Pero eso ya es algo.

Si ese repartidor no fuese el malo, habría huellas suyas en la caja.

Aun así, por mucho que quiera usar esa pista para borrarle al presuntuoso de Vallejo la sonrisa de sus labios de reptil, no puedo saltarme la jerarquía. Por eso, en cuanto puedo, me presento en su despacho consciente de que, si decide hacerme caso, no desaprovechará la oportunidad de echarme un buen rapapolvo y mirarme por encima del hombro.

—¿Qué quieres, Beltrán? Estoy ocupado —dice a modo de saludo.

—Tengo algo que podría ser importante para el caso Vega.

—Ahora mismo no puedo dedicarle tiempo a eso, tenemos a la prensa encima pidiendo más datos sobre Andrea Ibáñez y, si no encontramos al culpable pronto, nos pondrán verdes.

—Ya, pero es que podría estar relacionado.

Vallejo me mira, curioso.

—¿Tú también crees que es obra del mismo tío? ¿Te van las pelis de asesinos en serie? —replica, con ironía. Me pregunto quién más le habrá sugerido que investigue ambos casos como relacionados.

—Mira, ríete si quieres —respondo, cortante—. Pero si no vas a mirarlo tú, deja que yo me ocupe de un posible sospechoso.

Vuelvo a llamar su atención.

—¿Quién?

—Un repartidor.

Lo piensa unos segundos.

—No veo la relación.

—Confía en mí —le pido.

Entonces me mira fijo, y no me gusta lo que veo en sus ojos oscuros.

—¿En ti o en la chica que te estás tirando?

Lo sabía. No es capaz de ver más allá de sus prejuicios. No me respetaba cuando era mi superior, lo que era de esperar, pero tampoco lo hace ahora que estamos al mismo nivel.

—Mira, capullo —le increpo, harta—. Ahora mismo tienes un cadáver sobre tus hombros, si no quieres tener dos, más vale que dejes de creerte el único que sabe cómo encontrar a los malos. Arreglé muchas meteduras de pata tuyas en el pasado, podría contar cosas.

—¿Me estás amenazando? —pregunta.

—Si sirve para salvar la vida de alguien, sí.

Nos retamos con la mirada, como si fuese un juego delirante, durante casi un minuto, hasta que, finalmente, cede.

—Haz lo que quieras.

No añado nada más. Me doy la vuelta y salgo de su despacho sin despedirme. Luego, cojo el coche y me dirijo a las oficinas de MCL donde, solo enseñando mi placa, me dan la información que

necesito. Un nombre que puede cambiarlo todo. Si no es él, volveré a la casilla de salida, habiendo perdido la credibilidad por el camino. Pero yo siempre apuesto a lo grande, y algo me dice que mi jugada es ganadora.

Cuando regreso a comisaría, Rivas, mi compañero, me espera en el despacho.

—Tenemos una nueva desaparición —anuncia, en mal momento.

—¿Puedes ocuparte tú solo? Estoy con algo.

—¿Con qué?

—Nerea Vega —respondo solamente. Él pone los ojos en blanco.

—Eso lo lleva Vallejo.

—Me ha dado permiso.

Sin escuchar sus quejas, me siento en mi escritorio y accedo al ordenador, al Sistema de Información Policial Automatizado. Tecleo el nombre que me ha dado la empleada de la oficina de MCL y, aunque no espero encontrar nada, algo aparece.

Se trata de un atestado policial de hace cuatro años que relata un caso de suicidio en el interior de un domicilio particular. La víctima, Clara Domínguez, de veintiséis años, fue encontrada por su novio en la bañera de su cuarto de baño en el piso que compartían. No había indicios de criminalidad y el nombre del novio aparece solo en el resumen y en la relación de personas, pero hay algo raro. Solo tengo que ordenar las piezas del puzle y descubrir qué esconde.

CAPÍTULO 33
NEREA

Está más nervioso de lo normal, lo noto en sus pasos, más apresurados que de costumbre, y en que deben ser ya casi las ocho y todavía no ha venido a despertarme para obligarme a jugar a las casitas.

Todas las mañanas lo hace, abre la puerta que mantiene bien sellada bajo una llave y dos pestillos, y entra como si nada, anunciando que es viernes, sábado, o cualquier otro puto día de la semana.

Me acerco a la ventana y observo los campos que rodean esa casa, un lugar alejado de la ciudad, pero lo bastante cerca como para que pueda ir y venir del trabajo cada día.

Me pregunto qué lo estará reteniendo hoy, por qué alguien tan obsesivo como él está alterando su rutina, esa que tanto valora. ¿Acaso yo he hecho algo para que me castigue de nuevo con un confinamiento y sin comer?

Repaso mentalmente nuestro último encuentro la noche anterior. Vino a eso de las seis, como siempre, y se empeñó en fingir que organizábamos un viaje, una escapada romántica de fin de semana.

—¿A dónde te gustaría ir, nena? —preguntó.

—¿Qué tal a mi casa? —respondí, tajante—. Te vas a pasar años en prisión por esto, loco hijo de puta. Lo más inteligente sería que me dejases ir, ¿sabes?

Él, como siempre, me ignoró.

—Sí, la playa es la mejor opción. ¿Tarragona? ¿O prefieres el norte? ¿Asturias?

—¿No has aprendido ya que esto no funciona conmigo?

—¿Reservamos un hotel, o prefieres un apartamento?

—¡Qué más da! No vamos a ir —declaro—. Estás *delulu*.

—Vale, pues hecho —dijo, sonriéndome, como un completo psicópata—. Nos quedamos en casa tranquilos, y así ahorramos para construir la piscina.

—Sí, a ver si, con suerte, te ahogas.

Después de eso se quedó un rato en silencio y yo lo miré de reojo. No podía creer que al principio pareciera tan inofensivo, como un cachorrito adorable. Siempre venía a entregarme cartas y paquetes y nos saludaba a mamá y a mí con una afable sonrisa. Además, me resultaba bastante atractivo y se notaba que, a veces, me tonteaba un poco. Podría haberle dicho que sí, si me hubiera pedido una cita, como un tío normal. Pero no quería salir conmigo, al menos no en el sentido tradicional de la palabra. En realidad, tenía otros planes mucho más turbios.

¿Cómo es posible que la gente como él, que no está bien de la cabeza, pueda ir por la vida así, como si nada? Un depredador con aspecto de presa, un lobo con piel de cordero. Y yo había caído en su trampa como una ingenua, eso era lo que más me cabreaba.

—Hoy he ido a ver a tu madre —dijo entonces—. Quería hacerle una foto o algo, para que veas que está bien.

Sabía que mencionar a mi madre o a cualquiera de mis seres queridos era mi *kriptonita* y la usaba sin temblarle el pulso cuando mi rebeldía se le hacía difícil de soportar. También me ofrecía chantajes o recompensas cuando quería algo de mí, como en ese momento.

No respondí, pues de inmediato se me hizo un nudo en la garganta. Él lo notó, y se tomó su revancha.

—No he podido ver a Blanca, pero estaba esa amiga tuya, la morena —añadió, con una sonrisa—. Tal vez ella sea la siguiente en ocupar esta habitación. Ya me estoy cansando de este carácter tuyo.

¿Hablaba de Rebeca? No. No podía permitirlo. Podía hacerme daño a mí, lo soportaría todo, pero no podría soportar que le hiciera esto a mis amigas.

—Está bien, perdona —cedí. A veces tenía que hacerlo.

—¿Crees que me vale con una simple disculpa?

Molesta conmigo misma por haberme pasado de la raya, dejé que me besara. Permitir que él recrease esa psicótica fantasía suya, en la que yo era su novia muerta y vivíamos felices en nuestro nidito de amor, era algo que odiaba, pero a veces no me quedaba más remedio. No si quería mantener ese frágil equilibrio que había

conseguido, entre revelarme y tenerlo contento, para no tentar a la suerte.

Nos besamos durante un rato, pero entonces él decidió comenzar a meterme mano. No era la primera vez que lo intentaba, ir más allá, pero no iba a permitirlo, así que terminé mordiéndole el labio.

Quizá por eso hoy está enfadado y no piensa darme de comer.

Mi estómago ruge y yo me resigno a pasar hambre el resto del día, ya casi debe ser la hora de que se vaya a trabajar, de modo que tendré que esperar hasta que vuelva y se sienta lo bastante animado como para perdonarme.

Entonces, cuando ya he asimilado que no va a entrar. La puerta se abre de golpe, sobresaltándome.

Él entra, me mira a mí y mira alrededor, a la habitación, como si estuviera tomando una decisión. No lleva la comida. No lleva nada.

—¿Qué pasa? —pregunto, confusa y, para qué mentir, un poco asustada.

Él no responde. Se acerca a mí sin dejar de observarme. Me hace retroceder un poco, hasta la ventana. Mi intuición me grita que algo ha cambiado.

—No estás hecha para esto —dice él, casi decepcionado—. No eres como ella.

—¿Qué?

—Me he equivocado también contigo.

No lo entiendo del todo, pero hay algo que sí resulta claro como el agua: ya no le sirvo. Ese amor enfermizo que sentía por mí, si es que alguna vez lo hubo, ya no brilla en sus pupilas. No soy lo que él quería, y me he esforzado por no serlo. Ahora veo mi error. Ahora veo lo estúpida que he sido. Pero es tarde.

—¿Qué vas a hacer? —musito. Un escalofrío helado me recorre la espalda.

Él sonríe. Es una sonrisa rota, como una mueca.

—Es mejor así. Ya no tengo tiempo. Han encontrado a la otra y la policía vendrá pronto. Tengo que borrar mi rastro.

¿Otra, qué otra? ¿Viene la policía?

Me mira una última vez, y no reconozco ni uno solo rasgo en su cara. De pronto es como si se hubiera convertido en una persona

completamente distinta.

Entonces, sin más, se da la vuelta y sale de la habitación, cerrando tras de sí.

Algo me dice que esa puerta no va a volver a abrirse, y un terror paralizante me invade, de la cabeza a los pies. Como último recurso, me lanzo contra la madera y ruego por mi vida.

—No tienes que hacer esto. ¡Déjame salir! —grito—. Por favor, no diré nada.

Pero él no responde, por mucho que repito mis súplicas y golpeo la puerta con los puños, no vuelve. Escucho entonces el sonido de sus pasos en el patio y el rugido del motor de su coche. Se va.

Comienzo a hiperventilar y miles de pensamientos se agolpan en mi cabeza, bloqueándome, como un cuello de botella en el que se quedan atascadas las ideas. Durante varios minutos trato de aplicar todas las técnicas de relajación que he aprendido en mi vida, pero ninguna funciona. La imagen de mi padre se materializa en mi mente y pienso en que, si muero, podré volver con él. Es un pensamiento que me calma durante el tiempo suficiente como para que mi cuerpo reaccione.

¡No, no puedo dejarme vencer así! Mi padre no querría que me reuniese con él tan pronto. Además, mi madre estará esperándome. Y también Rebeca.

Pensar en ellas me mantiene activa y busco maneras de salir de ahí. Tal vez podría desmontar la cama y usar uno de los travesaños de metal para hacer palanca y abrir la puerta. O quizá podría romper la ventana y pedir ayuda a gritos. Tarde o temprano, alguien me escucharía.

Continúo elucubrando hasta que empiezo a olerlo: El humo.

No tardo en distinguir, con terror, las volutas grises que se cuelan por debajo de la puerta. ¡Un incendio!

Intentando no entrar en pánico, vierto lo que queda de mi botella de agua sobre las sábanas de la cama, para luego colocarlas tapando la rendija de la puerta.

¡Joder! ¿Ha sido un accidente, o el puto loco ha pegado fuego a la casa conmigo dentro? Lo comprendo un poco más tarde. «Borrar su rastro» ha dicho. Así es como pensaba asegurarse de eliminar sus

huellas, de no dejar cabos sueltos, especialmente a mí. Porque muerta no puedo delatarle.

Pasan unos minutos y el olor se hace más intenso. Una sábana mojada no bastará para detener las llamas, eso lo tengo claro.

Comienzan a picarme los ojos, y no sé si es por el miedo o por el humo. Paso por varios estados: primero me enfado, grito y maldigo. Luego me quedo paralizada durante minutos y, finalmente, me lanzo hacia la ventana e intento abrirla con todas mis fuerzas. Está atascada, cerrada a cal y canto, como siempre. Trato entonces de romper el cristal. Uso la lámpara, pero esta queda destrozada en un par de impactos. Uso el codo, pero solo me hago daño. Y entonces, mientras tiro como una loca del marco, algo cae al suelo. Es un pequeño trozo de papel.

Toso. La habitación se está llenando poco a poco de humo, y sé que pronto no podré respirar. Me sumiré en un sueño profundo del que, seguramente, jamás despertaré.

Mientras me hago a la idea de que es posible que ese sea el día de mi muerte, cojo el papel y lo despliego. Me sorprende ver frases manuscritas y, al empezar a leerlo, me doy cuenta de que es una carta. La firma una tal Andrea. La «otra».

La leo mientras todavía puedo ver, y entonces descubro algo que no se me había pasado antes por la cabeza: yo no he sido la primera ocupante de esa habitación, ese psicópata ha retenido ahí a más chicas. Esa Andrea es una de ellas y, probablemente, esté muerta.

«Sí, papá», pienso, con tensa resignación. «Lo siento, pero voy a morir».

CAPÍTULO 34
JULIA

Adrián Calpe tenía una vida aparentemente perfecta. Con solo veintiocho años tenía un puesto de jefe de logística en el que cobraba bien, y una novia preciosa a la que amaba profundamente. Acababa de heredar de su abuelo una casa de campo que pensaban arreglar y convertir en un hogar cuando Clara, su novia, se suicidó.

Nunca vio señales de que aquello podía pasar, o no quiso verlas. No comprendía cómo, de la noche a la mañana, su vida había pasado de ser el Paraíso, al Infierno.

Perdió su trabajo y se sumió en una depresión de la que, con el tiempo, pareció haber salido, al menos a ojos de su familia y conocidos. Lo cierto era que no parecía haber razones para preocuparse, ya que Adrián había conseguido un nuevo empleo como repartidor en MCL, ¡y hasta se había apuntado al gimnasio! Pero, a pesar de sus intentos, nada iba a ser como antes. Y eso no podía aceptarlo.

Después de visionar, con ayuda de Rivas, las cámaras de vigilancia de locales cercanos a la casa de Nerea, pudimos localizar una furgoneta de reparto de MCL saliendo de la calle donde se encontró el reloj de Nerea, justo en el momento en que se estimaba su desaparición. No había cámaras más cerca que pudiesen haber captado el momento del secuestro; pero ese indicio era suficiente, una razón para pedir una orden de registro que ya estaba en trámite y que, de un momento a otro, recibiría en mi móvil.

Pero, ¿qué relación tenía entonces el caso de Nerea con el de Andrea Ibáñez?

Había buceado un poco en las redes sociales y, aunque él, Adrián Calpe, no tenía perfiles, a día de hoy hasta el detalle más nimio queda registrado en la red.

Así supe que, en octubre del año anterior, Adrián había encontrado, en el gimnasio, a una chica que parecía perfecta. No solo se parecía físicamente a Clara, sino que también tenía gestos similares y un carácter afable y delicado, como ella. Podría haberle

pedido salir, haber intentado tener una relación nueva, pero eso no era lo que Adrián quería. Él quería a Clara.

Esa chica se llamaba Andrea Ibáñez y había terminado, ocho meses después, en la camilla de la morgue. Podía probarlo con evidencias circunstanciales, como que ambos tenían ficha en el mismo gimnasio en las fechas en que Andrea desapareció, pero sabía que eso no sería suficiente. Tenía que buscar las pruebas definitivas en la casa donde, sospechaba, había tenido lugar el secuestro. Y mi instinto me lo decía. Esa casa era la que Adrián había heredado, en la que pensaba vivir con su novia, y que, casualmente, se encontraba en una zona rural, a escasos dos kilómetros del punto donde apareció Andrea.

Había pasado horas conectando las piezas sueltas: Clara, su suicidio; Andrea, la copia perfecta que resultó no serlo; Nerea, un nuevo intento... No era teoría. Era patrón. Un patrón enfermizo que nos llevaba directo a esa maldita casa.

Por desgracia, de nuevo, todo lo que había averiguado eran meros indicios. Cualquier abogado bien preparado podría haberlos refutado sin problemas en un juicio, así que convencí a Rivas de que, a primera hora de la mañana, me acompañase a inspeccionar la casa. A regañadientes, y consciente de todos los favores que me debía, accedió.

Él es el primero en notar la pequeña columna de humo que asciende desde el lugar al que nos dirigimos y que apenas resulta perceptible a la luz tenue del amanecer.

—¿Es un incendio?

—Espera, es un pueblo, tal vez estén quemando malas hierbas en algún campo —responde él, con cautela. Por si acaso, aprieto el acelerador.

Cuando apenas quedan unos metros para llegar a nuestro destino comprobamos que, efectivamente, la casa que está en llamas, es la que figura en el registro como propiedad de Adrián Calpe.

El calor nos golpea antes de frenar y el humo pica en la garganta. De inmediato, llamamos a los bomberos que llegan en solo cinco minutos, pero, para entonces, lo que al principio parecía un pequeño incendio ya se ha convertido en un infierno de llamas. Una ventana

estalla como un disparo seco y las llamas bailan una danza macabra en el tejado. Rivas retrocede un paso. Yo doy dos hacia delante.

La calle está llena de curiosos y muchos de ellos comentan, con cierto alivio, que el coche del dueño, un Toyota gris, no está, así que no debe haber nadie dentro. Pero yo me temo otra cosa, Nerea podría estar ahí encerrada.

En cuanto el enorme camión cisterna se detiene, los bomberos comienzan a hacer su trabajo, derribando la puerta de entrada para acceder al piso consumido por el fuego, como una coreografía bien ensayada. Me tiembla el cuerpo, la adrenalina fluye a causa de la impotencia. Sé que Nerea Vega está ahí, pero no puedo alcanzarla.

Me acerco al jefe de brigada para comunicarle mi sospecha de que hay todavía alguien en el interior cuando lo escucho a través de la radio de los bomberos.

—Hay una chica.

—¿Está viva? —quiere saber el jefe.

—Está inconsciente.

Contengo la respiración. Por un instante, el mundo entero parece quedarse sin sonido. ¿Y si he llegado tarde? ¿Cómo voy a volver a mirar a Rebeca a la cara?

Entonces vuelvo a oír la voz distorsionada de la radio:

—Procedemos a la extracción.

Me quedo inmóvil, con los puños apretados. Cada minuto parece una hora. Cada chispa que salta del tejado me arranca un año de vida. Pienso en Rebeca. En la madre de Nerea. En todas las veces que estuve a punto de rendirme en este caso.

Un par de minutos más tarde, una ambulancia aparece, haciendo sonar su sirena, justo a tiempo para recoger a la víctima que acaban de rescatar de entre las llamas. No se mueve, el pelo castaño y largo le cubre la cara llena de hollín, y yo temo que esa sea mi pesadilla haciéndose realidad.

Los vecinos no paran de agolparse alrededor del cordón de seguridad y todos observamos, con el corazón en vilo, cómo los sanitarios de la ambulancia atienden a la joven, ya tendida sobre una camilla. Me acerco, ignorando las advertencias de los bomberos, mientras les muestro mi placa.

—¿Está viva? —quiero saber. Miro a la chica inconsciente y, aunque le han puesto una mascarilla de oxígeno, no cabe duda: es Nerea.

—Ha tragado mucho humo, pero sí —me responde una mujer, técnico de emergencias, mientras se dispone a subir la camilla a la ambulancia—. Estará bien.

Poco después la ambulancia se marcha y, aunque los bomberos siguen en su labor de extinguir el incendio, todos los presentes respiramos más tranquilos.

Aliviada, me vuelvo hacia Rivas.

—Llama al juez, necesitamos una orden de búsqueda y captura para Adrián Calpe Rodrigo. Va en un Toyota gris —le ordeno.

Acto seguido cojo el móvil y marco el número de Rebeca. Nunca he sentido tantas ganas de decirle algo a alguien, porque sé que no hay nada que pueda hacerla más feliz. Y quiero que sea feliz.

En cuanto responde a mi llamada, no pierdo ni un segundo.

—La he encontrado.

CAPÍTULO 35

Conduce sin mirar el reloj durante horas y, solo después de haber dejado atrás muchos kilómetros, sus fosas nasales dejan de percibir ese horrible aroma ahumado. «Podría haber sido diferente», piensa, pero ahora todo arde a su espalda. El pasado. La casa. Las mentiras.

Mientras, la autopista se abre frente a él, como una promesa. Al principio la rabia había sido un grito, luego un murmullo, y, tal vez por el poder terapéutico de la carretera, ahora se había convertido en una nada serena, como cuando acabas de terminar algo importante. Como después de limpiar a fondo un piso viejo y desordenado.

Había hecho lo que tenía que hacer.

Esa chica parecía tenerlo todo, pero, de nuevo, las apariencias engañan. Ella tenía que ser Clara, pero no lo consiguió. Le dio muchas oportunidades, pero ella ni siquiera lo intentó. Se resistió desde el principio, le habló con desprecio, con odio. No entendía lo que estaba intentando construir y lo despreció. Merece estar muerta.

Lo único que lamenta es no haberse podido quedar para admirar su obra. Nunca había sido consciente del poder del fuego, el elemento rey, hasta que decidió que era la mejor manera de borrarlo todo. Sin pruebas, no hay errores.

Entonces, el móvil vibra en su bolsillo y lo saca con cuidado. No quiere tener un accidente. En la pantalla brillan cuatro letras: Mamá. No responde, pero en la siguiente hora esa incansable mujer no para de llamarlo.

En cuanto anochece, decide detenerse en un área de servicio. El móvil vibra de nuevo nada más estacionar. Esta vez descuelga.

— Adrián… —la voz de su madre tiembla—. ¿Dónde estás? ¿Qué has hecho?

Él sonríe. ¿De verdad cree que es tan estúpido como para responder?

Cuelga y apaga el móvil. No necesita a nadie de esa antigua vida que está dispuesto a dejar atrás. Sale del coche y mira a su alrededor, luego levanta el brazo y, con toda la fuerza de la que es capaz, lanza el aparato hacia la espesura de una zona boscosa. El móvil cae entre los árboles sin un solo sonido, como si la oscuridad lo reclamara.

Vuelve al coche, se coloca una gorra, solo por si acaso, y coge efectivo de la guantera. El lugar está desierto, ni siquiera hay camiones, y un hombre de mediana edad, gordo y adormilado, hace mero acto de presencia detrás del mostrador de la pequeña tienda.

Adrián usa el baño y compra una botella de agua y un paquete de galletas. Es entonces, cuando va a pagar, que se fija en la televisión situada justo a la izquierda del mostrador. Se trata de pequeño monitor que, encajado entre dos estantes de cajas de tabaco, emite las noticias en silencio. La tensión regresa de golpe al ver su propia cara, la de su foto del DNI, en la pantalla. Es vieja, casi no se le reconoce después de haber perdido peso y ganado músculo y definición. Además, ahora lleva barba y el pelo más corto.

—¿Todo bien? —pregunta el dependiente. No se ha enterado de nada.

Él asiente y paga en efectivo. Monedas exactas. Ni una palabra.

Cuando vuelve al coche, enciende el motor y, por un instante, se pregunta a dónde ir. Pero en realidad no importa. Lo importante no es el destino, porque sabe que Clara está ahí fuera, esperándole. No con ese nombre. No con esa cara. Pero con el alma intacta. Solo tiene que encontrarla.

CAPÍTULO 36
REBECA

Una semana después

En la pantalla de mi móvil reproduzco el vídeo que acaba de mandar Miriam al grupo de WhatsApp. Cuando Nerea despertó, tras unos días recuperándose de la gran cantidad de humo que respiró en aquel incendio, tanto Jessi como Miriam aparecieron en el hospital, deshaciéndose en disculpas, y prometiendo cambiar y ser mejores amigas en el futuro. Así que las perdoné. No lo hice por mí, sino por Nerea. Ahora mismo lo último que necesita es sentir que ha perdido más cosas.

Escucho lo que dice la locutora en el vídeo:

—Fuentes policiales han comunicado que el coche hallado en el pantano de Tres Picos es, efectivamente, el de Adrián Calpe, el joven sospechoso del secuestro de Nerea Vega y del secuestro y asesinato de Andrea Ibáñez. Los restos del vehículo estaban sumergidos y, por el momento, no se ha encontrado el cuerpo del conductor.

—¡Ya estamos de vuelta!

Bloqueo el móvil de inmediato, no quiero que Nerea se abrume con noticias como esta.

Miro a mi amiga y le sonrío. Una amable enfermera empuja la silla de ruedas con la que la ha llevado a hacerse unas pruebas. Todavía sigue ingresada y permanecerá en el hospital al menos una semana más.

—¿Cómo ha ido todo? —quiero saber.

—Bien, ya estoy bien, pero no sé por qué no me quieren dar el alta —protesta mi amiga, siempre tan inquieta.

—Es que te hemos cogido cariño —replica la enfermera, con guasa.

Antes de irse, le coloca un gotero y le recuerda que servirán la comida en un par de horas.

—Ahora en serio, dime cómo te encuentras —le digo, en cuanto estamos solas.

Ella me mira. No hemos tenido muchas oportunidades de estar así, en confidencia, desde que llegó al hospital, ya que Blanca no se ha apartado de su lado hasta hoy, cuando ha tenido que ir a hacer papeleos al juzgado.

—No lo sé —responde, y sé que es sincera—. Pasé dos semanas ahí encerrada, y creo que en ningún momento fui realmente consciente de que mi vida peligraba. Sé que se me fue la pinza, ¿quién no estaría asustada y pensando lo peor en mi lugar? Pero, no sé. Creía que solo estaba un poco loco. Que se daría cuenta de lo que estaba haciendo y me liberaría.

Seguía sorprendiéndome su serenidad.

En cuanto pudo hablar, Nerea les había contado a los investigadores que, aquel lunes fatídico, ese repartidor tan simpático le había llamado al móvil para que recogiera un paquete. Como estaba en el gimnasio, muy cerca, salió sin más a su encuentro. Localizó la furgoneta estacionada en la calle y se acercó. Al principio no lo vio a él, pensó que aún estaba entregando paquetes, pero entonces algo la golpeó en la cabeza, dejándola aturdida. Luego, sin poder evitarlo, se vio arrojada al interior del compartimento de carga del vehículo y llevada a esa habitación. Nadie la vio, no tuvo tiempo de gritar, todo pasó tan rápido… Pero se le cayó el reloj, por suerte.

—Esa manía tuya de pensar lo mejor de las personas, Nerea —comento, a media voz.

Ella carraspea y noto que tiene los ojos enrojecidos.

—De verdad creí que iba a morirme, Rebe. Esa carta era…

Suspiro y la abrazo. No he podido leer la carta de Andrea Ibáñez, que permanece, como es lógico, bajo custodia policial, pero Nerea ha dicho lo bastante como para hacerme una idea de los horrores que esa chica, que no tenía la fuerza mental y el optimismo de mi amiga, tuvo que pasar. No digo nada, y permanecemos así, abrazadas, hasta que ella vuelve a hablar.

—¿Lo han encontrado?

—No —digo. Una media verdad, pues no le hablo de que han encontrado su coche.

—¿Crees que está muerto?

—No lo sé, pero si lo estuviera, ¿no te alegraría?

Ella lo piensa un momento y, al final, niega con la cabeza.

—Nos encerró, nos torturó, hizo que pasáramos miedo y hambre, nos violó y amenazó a nuestras familias —dice, con la voz llena de congoja—. Mató a Andrea y quiso hacer lo mismo conmigo. Quiero que esté vivo para que pague por sus actos.

Asiento.

—Yo también.

Le acaricio el pelo y le cojo de la mano. Las dos lloramos en silencio.

—Gracias por no perder la esperanza —me dice, y siento sus palabras como un cálido abrazo a mi corazón. Toda la preocupación, la angustia y el peligro, todo ha merecido la pena ahora que la he recuperado, que volveremos a estar juntas, como la familia que somos.

—Gracias a ti por volver conmigo.

Y la última sílaba de mi frase queda eclipsada por los pasos y los jadeos de Blanca, que ha regresado a toda prisa de sus gestiones. Sin pararse siquiera a tomar aire, se acerca a la cama de su hija y ocupa mi lugar, velando a Nerea, respondiendo a todas sus necesidades, a veces incluso adelantándose a ellas.

No volveré a tener tiempo a solas con Nerea al menos hasta que Blanca se tranquilice o la reclamen en otro sitio, así que me despido de ellas y salgo del hospital. Es hora, ahora sí, de retomar esa vida que dejé en pausa cuando mi mejor amiga desapareció. Debo afrontar el hecho de que estoy sin trabajo y que, si no encuentro algo pronto, tendré serios problemas financieros. Aunque no todo ha sido malo en estas últimas tres semanas…

Cojo el móvil y llamo a Julia. A esas horas estará trabajando, pero tal vez la pille en un buen momento para hablar y proponerle una cita para cenar esta noche.

—Hola, ¿qué haces? —me pregunta nada más responder al teléfono.

—Nada especial, he pensado en ir a la oficina de empleo a ver si hay algo interesante —digo—. ¿Qué tal tú?

—Caso nuevo, muchas incógnitas… ¿Qué te voy a contar?

—Es viernes, ¿estás libre esta noche?

—Es posible, si nada se complica.

—He pensado en unas hamburguesas, cervezas y un paseo con Rex y Lassie.

Se ríe y el tintineo de su voz me hace sonreír.

—Me parece buen plan —acepta—. ¿A las ocho?

—Ahí estaré.

Cuelgo y decido caminar de vuelta a casa, mirar en internet algunas ofertas de trabajo y esperar que Alberto no esté de guardia para poder tomarnos juntos un café y quejarnos airadamente de la vida en general.

Es entonces, al detenerme en un paso de peatones, con la cabeza perdida en mil pensamientos aleatorios, cuando alguien choca conmigo por el lado. El golpe me desequilibra lo justo para que el móvil se me escape de las manos y caiga al suelo.

—Perdona —murmura una voz.

—¡Joder! —me quejo.

Me agacho de inmediato y compruebo que el móvil está bien, tiene la pantalla aún encendida y suspiro, aliviada. Pero entonces siento un escalofrío y el instinto me empuja a levantar la vista para buscar al dueño de esa voz. De pronto el corazón me late demasiado deprisa, como si anticipase que está a punto de pasar algo. Algo malo.

El hombre ya se está alejando entre la gente. No puedo ver su cara, solo la espalda cubierta por una cazadora con capucha; el paso firme, como si tuviera prisa por desaparecer.

Me quedo un segundo de más mirando y no sé por qué.

Sacudo la cabeza, como si pudiera así quitarle importancia, y cruzo cuando el semáforo se pone en verde.

Ya en la otra acera, el móvil vibra en mi mano. Un mensaje de un número desconocido. Se me seca la boca.

«Hola, Rebeca.»

Número desconocido:
escribiendo…

Número desconocido:
¿Esto era lo que querías?



SOBRE LA AUTORA

Tricia Ross (Zaragoza, 1989) es escritora y licenciada en Psicología. Tras varios años publicando novelas de romance contemporáneo y *new adult*, da un giro hacia el thriller psicológico, un terreno en el que explora con mayor profundidad los límites de la identidad, la obsesión y el control.

Sus historias parten de una premisa sencilla: lo inquietante no está en lo extraordinario, sino en lo que puede ocurrir dentro de una vida aparentemente normal. Quizá por eso —como ocurre con el *true crime*— existe una fascinación inevitable por asomarse a ese lado oscuro, incluso cuando preferiríamos no mirar.

Hasta que olvides tu nombre es su primera incursión en el *thriller* puro.

En su web **www.triciaross.com** podrás encontrar lectura gratuita y enlaces a mis otras novelas.

Si te ha gustado esta historia, comenta en Amazon, comparte en tus redes sociales y recomienda este libro.